

EL LECTOR  
AMERICANO



NUEVO CURSO GRADUAL  
DE LECTURAS

COMPUESTO PARA EL  
USO DE LAS ESCUELAS  
HISPANOAMERICANAS

POR  
JOSÉ ABELARDO NÚÑEZ

NUOVA EDICIÓN CORREGIDA  
REFORMADA

LIBRO SEGUNDO

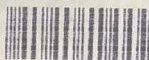
D. APPLETON Y COMPAÑIA

CHICAGO

NEW YORK

LONDON

LL  
1905  
NUÑ



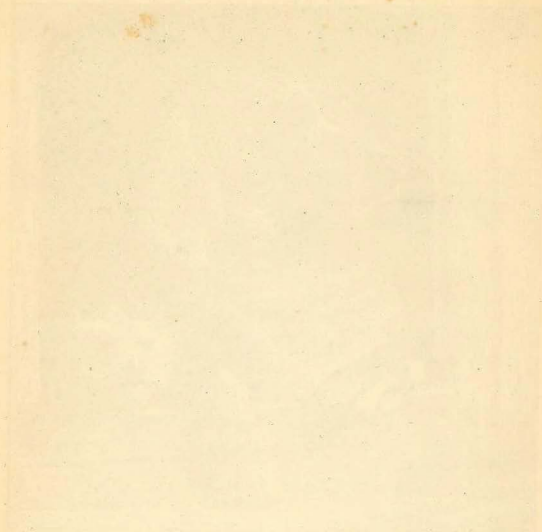
00000699

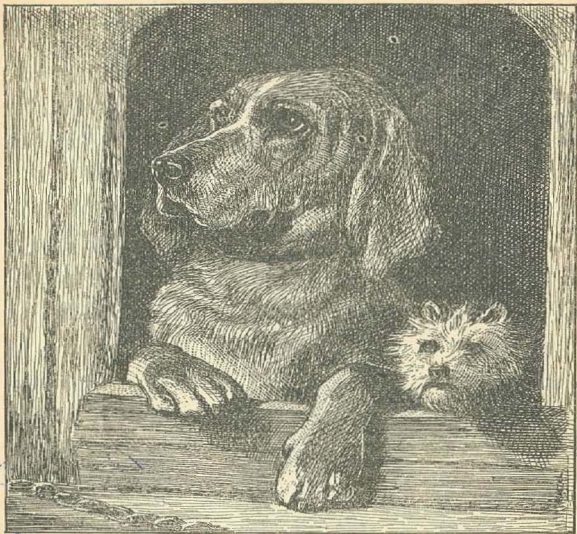


Manual de la



32





780  
BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

EL

Duplicado  
del N: 6664

# LECTOR AMERICANO

NUEVO CURSO GRADUAL DE LECTURAS

COMPUESTO PARA EL

USO DE LAS ESCUELAS HISPANOAMERICANAS

POR

JOSÉ ABELARDO NÚÑEZ

NUEVA EDICIÓN REFORMADA EN 1890.

LIBRO SEGUNDO.

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



NUEVA YORK  
D. APPLETON Y CÍA  
5TH AVENUE, No. 436  
1905

1182179

Biblioteca Nacional de Maestros



887

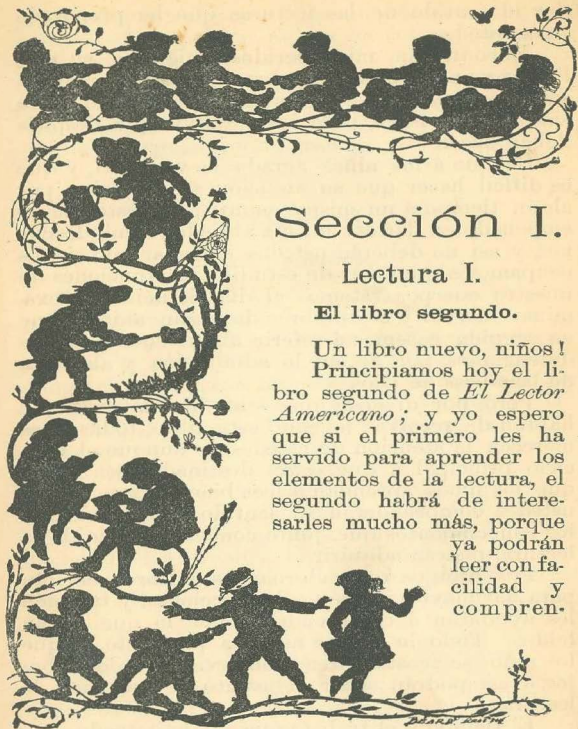
LIBRARY OF THE  
BUREAU OF EDUCATION  
WASHINGTON, D. C.

COPYRIGHT, 1885, 1890,  
By D. APPLETON AND COMPANY.

---

ES PROPIEDAD GARANTIZADA, Y SE PERSEGUIRÁN LAS EDICIONES  
FRAUDULENTAS.

---



# Sección I.

## Lectura I.

### El libro segundo.

Un libro nuevo, niños!  
Principiamos hoy el libro segundo de *El Lector Americano*; y yo espero que si el primero les ha servido para aprender los elementos de la lectura, el segundo habrá de interesarles mucho más, porque ya podrán leer con facilidad y compren-

der el sentido de las lecturas que he preparado para ustedes.

Encontrarán, mis queridos amiguitos, en este libro segundo, lecciones sobre muchas cosas diversas ; pero que todas les serán útiles, no sólo ahora sino más adelante, para los estudios que después deban hacer.

Sé que á los niños agrada la variedad, y que es difícil hacer que su atención se contraiga por algún tiempo á un mismo asunto ; por esto me he empeñado en dar esa misma variedad á mis lecciones, y así no deberán ustedes extrañar que si nos ocupamos alguna vez de estudiar las funciones de nuestro cuerpo, tratemos al día siguiente de examinar la vida y costumbres de algún animal, que en seguida pasemos á referir algún cuento ó nos detengamos, por fin, en la admiración y alabanza de las obras de Dios.

Pero, por diversas que sean las materias que habrán de recorrer leyendo este libro, todas ellas merecen la atención de ustedes ; y aunque el ejercicio principal á que están destinadas sea el de que los niños aprendan á leer bien, yo espero que ustedes comprenderán su sentido y no olvidarán los conocimientos que, junto con el ejercicio de la lectura, podrán adquirir.

Los dibujos que adornan este libro servirán para dar mayor interés á las lecciones, y también les ayudarán á comprender mejor lo que hayan leído. Todo lo que se necesita para esto, es que los niños se acostumbren á observar bien los dibujos, y así podrán saber el asunto de que trata la lectura.

El tiempo y el trabajo que me ha tomado pre-

parar para ustedes este libro, quedarán recompensados si se aprovechan de sus lecciones y estudian en él con aplicación y constancia.

Será mi mejor recompensa saber que mis lecciones han hecho para ustedes agradable y divertido el estudio; porque este es el objeto principal que he perseguido en mi trabajo.

## Lectura II.

### Los Sentidos.

LA MADRE. — Dime, Manuelito, ¿sabes tú para qué te sirven los ojos?

MANUELITO. — Mis ojos ven, mamá, y me sirven para mirar todos los objetos que tienen forma y color: el sol, la luna, las estrellas, los hombres, los animales, los árboles, las piedras, los cerros, las montañas, el campo, el río, los pájaros, las mariposas, etc.

LA MADRE. — ¿Y las orejas?

MANUELITO. — Por medio de ellas oigo y escucho todo lo que produce algún sonido ó algún ruido: el canto de las aves, las campanas, el relincho de los caballos, el ruido del agua, la música, el movimiento del reloj, el ladrido del perro, el canto del gallo y el sonido de un tiro de fusil ó de cañón.

LA MADRE. — ¿Qué sentido es el que te permite gozar del perfume de las flores?

MANUELITO. — El del olfato; por medio de él siento todo lo que tiene algún olor como las flores, las esencias y el agua de olor, etc.

LA MADRE. — ¿Cuál es, hijo mío, el sentido del gusto?

MANUELITO. — Es el que reside en el paladar y en una parte de la lengua. Mi paladar gusta, y puede saborear todo lo que es dulce, amargo, agrio ó desabrido, como el azúcar, el vinagre, el vino, etc., y con su auxilio aprendo á conocer y distinguir el gusto particular de cada una de las cosas que como ó bebo.

LA MADRE. — ¿Y sabes tú, hijo mío, qué es lo que te da el sentido del tacto?

MANUELITO. — Ciertamente, mamá; las manos, y también toda la piel de mi cuerpo que siente las impresiones del frío, del calor, de la humedad y del tiempo seco. Yo siento que el fuego quema, que el agua fría refresca, que los rayos del sol calientan, que las piedras son duras, que la lana es suave, que la nieve es fría y que el espejo es liso.

LA MADRE. — Así pues, hijo mío; son tus sentidos los que te permiten vivir en comunicación con todas las cosas que te rodean, pues no sólo satisfaces con el auxilio de ellos muchas necesidades de la existencia, sino que gozas de los placeres que las bellezas de la creación pueden proporcionarte.

La pérdida de cualquiera de los sentidos es con razón considerada como una gran desgracia, y por esto debemos vivir siempre agradecidos á la bondad y misericordia de Dios que nos concede la salud.



## Lectura III.

Decid siempre la verdad.



Jugaban un día el niño Julio y su amiguito Alberto con un gato, en el cuarto de la madre del primero.

Había sobre la mesa un hermoso vaso azul, que la señora, mamá de Julio, apreciaba mucho. Tratando los niños de pillar al gato, hizo Julio un movimiento rápido, que sacudió la mesa, y el vaso cayó al suelo rompiéndose en muchos pedazos.

Al ver el daño que acababa de hacer, comenzó Julio á llorar amargamente, pensando en el disgusto que daría á su mamá por la falta de cuidado y también en el castigo que podía recibir.

Alberto miró, igualmente asustado, el destrozo

que su amigo acababa de hacer, y para consolarlo dijo:

— No te aflijas; dile á tu mamá que fué el gato el que derribó el vaso.

— No, no; contestó Julio, llorando siempre.

— ¿Y por qué no? repuso su compañero; al gato no lo han de castigar, mientras que á tí . . . eso es diferente . . .

— No lo diré, respondió Julio, porque eso no es la verdad. No me importa que castiguen ó no al gato; pero yo fuí quien rompí el vaso; y aunque mamá me castigue, no diré una mentira. Ella me ha encargado que siempre debo decir la verdad y no quiero aumentar la falta que he cometido, agregando la de una mentira.

Y en efecto, el buen Julio confesó valientemente á su mamá lo que había sucedido; pero no fué castigado *porque dijo la verdad*.

## Lectura IV.

### El agua.

El agua en su estado natural es líquida. Cuando se hiela se convierte en un cuerpo sólido, y en general parece que se dilata y ocupa un espacio mayor, de manera que si no halla lugar para extenderse, rompe las vasijas de barro ó de cristal, dentro de las cuales ha sufrido la alteración de pasar de su estado líquido al de sólido ó lo que es lo mismo, de helarse. Sucede este fenómeno, porque la acción del frío sobre el agua hace desarrollarse en el interior de ésta alguna cantidad de aire, que

como no puede salir fuera del hielo que se ha empezado á formar sólo en la superficie, se reparte en toda la masa, lo que la hace aparecer más grande; esta es también la causa de que el hielo sea más ligero que el agua, y de que flote sobre su superficie.

Hay agua dulce y agua salada. Es agua dulce la de la lluvia, la de los pozos, fuentes, lagos, ríos y arroyos. El agua clara, sin olor, sin sabor y que cuece pronto las legumbres, es la mejor para beber y para el uso de la cocina. El agua del mar es salada y amarga, porque está impregnada de sales.

Un riachuelo puede regar un largo espacio de terrenos estériles, y fecundarlos. Un chorro de agua bien conducido, puede poner en movimiento las ruedas de un molino, los pistones, ruedas y otras muchas máquinas.

Los mares, los lagos y los ríos suministran pescados, mariscos, conchas y otras sustancias útiles, y dan paso á los buques para comunicarnos con los países más remotos.

Hay asimismo manantiales de agua tan caliente, que cuecen un huevo al momento. Hay otros tan llenos de sustancias metálicas y salitrosas, que administradas á los enfermos como bebida ó como baños, según su calidad, reponen la salud más quebrantada.

Á estos manantiales se les da el nombre de aguas minerales, y si son calientes se llaman termales.

## Lectura V.

### El plátano.



El plátano es una de las plantas más útiles y preciosas que se encuentran en la América.

Se produce con la mayor facilidad y casi sin cultivo. Sólo necesita las condiciones del clima que le convienen para su desarrollo.

Las hojas del plátano son muy grandes y del más hermoso color verde; tienen á veces hasta tres metros ó más de largo, y de sesenta á ochenta

centímetros de ancho, y nacen de la planta en la forma de las hojas de una palma.

No se conoce, hijos míos, ningún árbol ó planta que produzca mayor cantidad de fruto, es decir, de sustancia alimenticia, que el plátano, en un espacio igual de terreno. Se calcula que un campo cubierto de plátanos, producirá cien veces más que si hubiera estado sembrado de trigo.

En los países en que crece el plátano, constituye esta fruta uno de los principales alimentos de la gente de los campos, y en verdad que es el más sano y el más barato que puede encontrarse en esas localidades, desempeñando el mismo uso que tiene el pan en otras partes.

Se usa también el plátano secado al sol y preparado de diversas maneras para la comida.

La planta crece con una gran rapidez; más ó menos ocho meses después de haber sido plantada, alcanza su desarrollo, cubriéndose de hermosas hojas, y florece y produce en seguida los inmensos racimos que cargados con su sabroso fruto pueden tomarse, ya maduros, dos meses después.

Al mismo tiempo que crece la planta, aparecen al pie de ella otras más pequeñas, que son las que á su vez producirán más tarde; porque deben saber ustedes que esta planta se agota y perece después de haber dado su fruto.

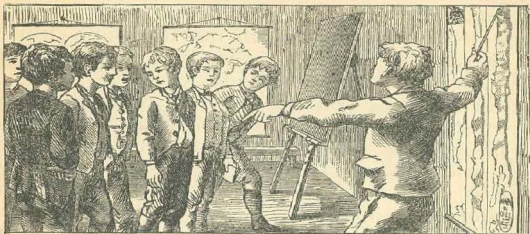
Las hojas, el tallo y las fibras del plátano son también muy útiles y se aprovechan de muchas maneras.

Una pequeña huerta plantada de este precioso vegetal produce lo bastante para alimentar á una familia; y hay varios lugares en que su cultivo hecho en grande escala ocupa á muchos campesinos y produce grandes beneficios á los propietarios.



## Lectura VI.

## Paciencia, trabajo y tiempo.



Había una vez un niño que se llamaba Pablo. Este niño estaba de monitor en una escuela, y lo merecía bien por sus buenas cualidades. Era muy activo y constante para enseñar; le gustaba mucho el orden, la disciplina, y en todo daba el buen ejemplo.

Sin embargo, tenía un gran defecto para ser monitor. Se impacientaba muy fácilmente, y era severo con sus pequeños discípulos, que no comprendían por primera vez las lecciones que él les daba. Entonces, los reprendía severamente, les marcaba malos puntos, ó los expulsaba de la clase.

Esto no era justo, porque cuando un discípulo no comprende, es tal vez porque el monitor no se ha explicado de manera que puedan entenderlo los niños, y el monitor debe entonces hacer otra explicación.

Un día que Pablo había estado más impaciente que de costumbre, el maestro le dijo cuando se

retiraba: Pablo, por tu rigidez con los niños haces olvidar tus buenas cualidades y esto me hace sufrir mucho.

— Pero, señor, respondió Pablo: estos niños no entienden nada; tienen la cabeza dura como huesos de duraznos.

Á estas palabras, el maestro de escuela le respondió severamente:

— Los huesos de duraznos no son duros entre las manos de Dios, porque sabe lo que debe hacer para ablandarlos.

Pablo se avergonzó y no se atrevió á responder; saludó á su maestro y se fué reflexionando en las palabras que acababa de oír.

De pronto, al atravesar un puente, vió en el suelo un hueso de durazno, y como justamente había sido reñido por ese motivo, le dió un puntapié, luego lo recogió, y lo iba á arrojar al medio del río, cuando una vieja que pasaba le dijo:

— No arrojes ese hueso, hijo mío. Hay dentro de él, sin que se conozca, una planta de durazno entera, con hojas, flores y frutos.

Pablo se volvió hacia la buena vieja, y la miró sin comprender lo que quería decirle.

— Pero, señora, preguntó: ¿qué es preciso hacer para ablandar los huesos de duraznos?

Y la buena vieja le respondió:

— “¡Es necesario paciencia, trabajo y tiempo!”

## Lectura VII.

## Los gases del carbón.



Una honrada obrera, llamada Catalina, fué una noche á llevar á sus parroquianos la ropa que había lavado.

Acostó á sus dos niños, apagó la lámpara, y partió muy tranquila, creyendo á sus hijos dormidos. Pero, cuál sería el espanto cuando á su vuelta creyó divisar una débil luz en su casa. Temiendo alguna novedad, apresura el paso y abre con mano trémula la puerta . . . Un vapor sofocante la hace presentir su desgracia. Abre la ventana para dar aire, enciende la lámpara y se precipita hacia la cuna de su hijita ; pero da un grito y cae sin conocimiento . . .

Acuden los vecinos, y un triste espectáculo se ofrece á su vista : la niñita estaba muerta en su cuna, y su hermanito, que sin duda había intentado arrastrarse hacia la puerta para huir, yacía tendido en un rincón del aposento.

El pequeño Sebastián se había levantado mientras su madre estaba ausente y había encendido la lámpara. Como encontrase ya preparada para el día siguiente la estufa en que su madre calentaba las planchas, la había encendido, porque sintió frío á causa de estar en camisa. Todavía ardía un resto de carbón.

El vapor del carbón había corrompido rápidamente el aire del aposento, que estaba bien cerrado, y los desgraciados niños habían muerto asfixiados, casi al mismo tiempo que la lámpara se apagaba por sí sola.

No había consuelo para la infeliz madre cuando volvió en sí.

El ejemplo de esta espantosa desgracia es una terrible lección para vosotros, hijos míos, á fin de que nunca aprovechéis la ausencia de vuestros padres para hacer lo que os ha sido prohibido, porque la menor imprudencia puede costaros la vida. Desconfiad sobre todo del gas *ácido carbónico*, que se desprende del carbón y que es mortífero no sólo para los hombres sino aún para los animales.

No debe jamás encenderse carbón dentro de las habitaciones ó en lugares cubiertos, sino al aire libre, donde las emanaciones venenosas á nadie pueden dañar.

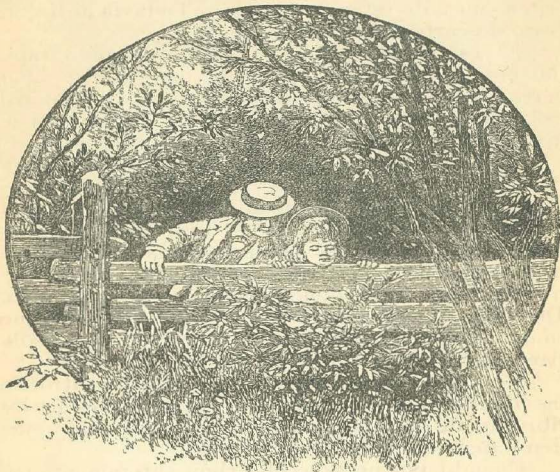
Cuando, por no estar el carbón enteramente encendido, se siente el mal olor que despide el gas ácido carbónico, es conveniente abrir en el acto todas las puertas y ventanas á fin de renovar el aire.



## Lectura VIII.

## Los nidos de pájaros.

## I.



Esteban y su hermanita Clara habían ido á pasar la temporada de verano á la casa de campo de su tío el señor Jiménez.

Los niños se alegraron mucho de aquel paseo, y para gozar de las bellezas de la estación, hacían frecuentes excursiones al bosque donde recogían flores silvestres y hermosas frutas que traían á la casa.



Cierto día que habían salido muy de mañana á hacer su paseo de costumbre, se detuvo de repente Clarita, al pasar junto á una cerca, y exclamó con alegría.

— ¡Mira, Esteban! Qué precioso nidito el que acabo de encontrar en esa planta! Tiene cinco hermosos huevitos. Cuánto me alegraría de poderlo llevar á casa y mostrárselo á nuestro buen tío!

Esteban se acercó al lugar donde se había detenido su hermanita, y admiró como ella el hermoso nido; pero en seguida le dijo:

— Es verdad que ese nido es uno de los más delicados y hermosos que he visto. Pero tú no sabes que en él se encuentra una familia entera de pajaritos. Además, tiene un dueño: la avecita que ha puesto esos huevos, y que acaso no esté lejos de aquí.

Si le arrebatáramos su nido, sería como robarle su casa y su familia. La avecita quedaría sola; y tal vez se moriría de pesar.

¿Qué dirías tú si un mal hombre entrara un día en casa de algún pobre, destruyera su habitación y se llevara sus hijos, dejándolos después abandonados en cualquiera parte . . . ?

— Oh! eso sería horrible, contestó Clarita afi-gida. Ese hombre sería muy cruel . . .

— Pues bien, replicó Esteban; las aves sufren también aunque no lo puedan demostrar como los seres racionales; y por lo mismo que son tan cari-ñosas con sus hijuelos y se toman tanto trabajo para construir sus nidos y para alimentar á sus polluelos hasta que pueden volar por sí solos, de-bemos suponer cuánto pesar les causará el que les arrebaten sus nidos.

Te prometo que en algunos días más, volveremos á pasear por esta parte del bosque, y entonces espero que podrás ver, en vez de los huevecillos que ahora han llamado tanto tu atención, los nuevos pajaritos que de ellos han de salir.

## Lectura IX.

### El fin y los medios.

Un hombre sentado á la orilla de un río deja caer al agua un anzuelo y sigue con atención todos los movimientos de la cuerda, con el *fin* de pescar algunos peces. Al lado de él, se ve una mujer que sumerge de tiempo en tiempo en el agua algunas piezas de ropa. ¿Con qué *fin* hace eso aquella mujer?

Pepito divisó un nido arriba de un árbol y se subió inmediatamente á tomarlo; pero una de las ramas del árbol se rompió y Pepito cayó al suelo rompiéndose un brazo. Yo pregunto: ¿con qué *fin* se trepó Pepito á ese árbol? ¿Fué acaso con el fin de caerse y de romperse el brazo?

El niño fué llevado á su casa, vino el médico y le hizo tomar muchos remedios. ¿Con qué *fin* se le daban esas medicinas al pobre Pepito?

Carlos quería comerse una lindísima pera madura que estaba colgando de un peral, en el jardín de su padre. Sacudió el árbol, pero la pera no cayó. Procuró en seguida treparse al peral, pero no pudo conseguirlo. Entonces fué á buscar un palo largo con el cual golpeó la rama en que estaba la pera, hasta que ésta cayó á sus pies.

Carlos se sirvió de tres *medios* distintos para alcanzar el *fin* que se proponía, que era apoderarse de la pera : primero sacudió el peral, después trató de subirse á él y por último hizo caer la fruta por medio de un golpe con el palo.

Así pues, se llama *medio* el procedimiento que se emplea para llegar al *fin* que deseamos obtener.

Después de los ejemplos anteriores, con ayuda de los cuales habrán ustedes comprendido que cosa es el *fin* y los *medios*, confío que podrán contestar á las preguntas siguientes :

¿Cuál es el mejor medio de instruirse y de estar contento con su suerte ?

¿Cuál es el mejor medio de evitar las enfermedades, el fastidio, los castigos y los pesares ?

¿Cuál es el medio de merecer la estimación de los demás, de evitar los accidentes desagradables, de llegar pronto á un lugar distante, de conservar en buen estado la ropa, de saber cuál es el largo y alto de una mesa ?

Los niños deben acostumbrarse á pensar y reflexionar sobre las diversas cosas que observan á su alrededor. Así podrán aprender muchas nociones importantes, y evitarán tal vez algunos de los accidentes tan comunes en la niñez.

## Lectura X.

### La lana, el algodón y el lino.

ALBERTO. — Papá, nuestro preceptor nos ha dicho en la escuela que el Señor había creado á Adán y á Eva sin sentir necesidades de nin-

guna clase, y gozando de todo sin trabajar ni sufrir.

EL PADRE.—Así fué, hijo mío; pero también debes saber que por su desobediencia, quedó después el hombre sujeto á todas las desgracias y miserias que tenemos que soportar en el mundo. Ha sufrido el hambre y el frío, ha tenido que trabajar la tierra para hacerle producir lo necesario para alimentarse, y á fin de librarse de la intemperie y del frío, le ha sido preciso construir casas y hacerse vestidos.

Tú has visto esquila las ovejas ¿no es verdad? Pues bien, esa lana sirve para diferentes usos. Con ella se hacen los colchones de nuestras camas, y después de haberla cardado é hilado, se tejen las frazadas, y principalmente el paño y otros géneros que sirven para hacer nuestros vestidos.

El tintorero da color á los paños con ciertas sustancias que se sacan de raíces, de cortezas de árboles, ó de los minerales. Se hace también uso del pequeño insecto llamado cochinilla para teñir de color encarnado los paños que sirven para el traje de los militares.

El algodón sirve también para hacer diversas clases de vestidos; se obtiene este precioso producto de un arbusto que crece en los países cálidos. Este arbolito produce una especie de fruta del tamaño de una manzana común, que cuando está madura, se abre por sí sola y arroja afuera un copo blanco muy suave al tacto. Se recoje el algodón y haciéndolo hilar, lo mismo que la lana, se tejen los géneros blancos y los pintados de diversos colores. Mezclando la lana y el algodón se



obtienen también muchos tejidos baratos y de uso frecuente en todas partes.

Los géneros de hilo se hacen con la estopa que proviene de la planta del lino, después de haberla preparado convenientemente. El tejido es lo mismo que el del algodón, pero como las manos de los obreros ennegrecen el lienzo durante el trabajo, se acostumbra á extenderlo al aire, porque espuesto sucesivamente á la acción del rocío y del sol, se va blanqueando poco á poco.

Hay también otros muchos medios de obtener este mismo resultado en menos tiempo, y el más conocido es el de emplear una sustancia llamada *cloro* que limpia y deja el lienzo completamente blanco.

En muchas partes la gente pobre de los campos, usan mucho el género de hilo para su ropa, porque es muy durable y más barato, puesto que ellos mismos lo hilan y tejen. Esta es una ocupación muy entretenida para las mujeres en las largas noches de invierno.

## Lectura XI.

### Nuestro cuerpo.

Conviene que sepan, amados niños, que el cuerpecito de cada uno de ustedes, es una de las máquinas más admirables y maravillosas que es posible encontrar.

Ustedes se ven unos á otros, se miran á cada momento, se tocan y se sienten; corren, saltan, gritan, y sin embargo estoy seguro que nunca ha



brán pensado en la manera como todos esos actos, que ustedes han querido ejecutar, han sido obedecidos inmediatamente por su cuerpo.

Veamos por un momento lo que nosotros somos. Tenemos en nuestro cuerpo una cabeza, dos brazos y dos piernas. En el extremo de nuestros brazos se encuentran las manos, que nos son de tanta utilidad en cada momento de la vida; y de la misma manera, al fin de las piernas se encuentran nuestros pies, no menos útiles que las manos.

Nuestra cabeza está cubierta por hermosos cabellos que la abrigan y protejen de la intemperie; y nuestra cara tiene facciones, es decir, formas, órganos y aberturas que se llaman: la frente, las mejillas, la barba, los ojos, la nariz y la boca.

La cabeza está sostenida por el cuello. Á ambos lados de éste se encuentran los hombros, de los cuales parten los brazos. Entre los dos hombros tenemos: en la parte de atrás, la espalda, y más abajo la cintura; en la parte de adelante, el pecho y el vientre.

Las piernas están unidas al muslo por las rodillas, de la misma manera que el antebrazo está unido al brazo por el codo. Llamamos tobillo á la parte que une el pie á la pierna; y muñeca al punto en que la mano se junta al antebrazo.

Tanto los brazos como las piernas están dotados de nervios y músculos sumamente fuertes; pero al mismo tiempo de una extraordinaria elasticidad.

La parte superior del cuerpo, ó lo que es lo mismo, el *pecho*, comprende: el *corazón*, que hace circular la sangre por todo el cuerpo, lanzándola á

las extremidades, por medio de *las arterias* y haciéndola refluir incesantemente hacia él por conducto de *las venas*, hasta que la muerte viene á interrumpir este movimiento continuo; comprende también los *dos pulmones*, órganos principales de *la respiración*, á los cuales entra, por la *aspiración*, el aire que debe servir para ciertos cambios en la composición de la sangre.

La parte inferior del cuerpo contiene el estómago, en el cual el hombre digiere los alimentos que toma para sostener su vida, y el *higado* que encierra la *bilis*, con la ayuda de la cual se efectúa en el interior de nuestro cuerpo la descomposición de los alimentos.

## Lectura XII.

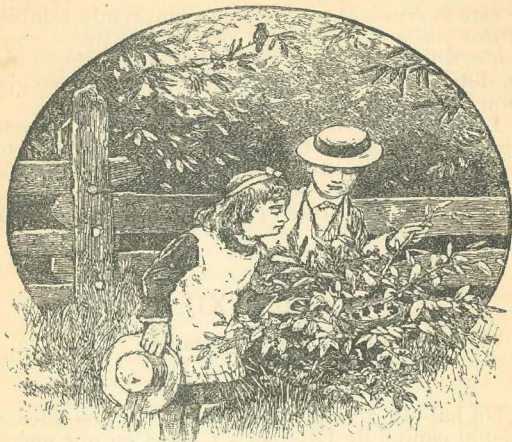
### Los nidos de pájaros.

#### II.

No habrán olvidado ustedes, amiguitos míos, el paseo al campo de Esteban y Clarita en que encontraron un hermoso nido de pajaritos; y así les diré lo que después vieron aquellos niños.

Apenas había pasado una semana, cuando Esteban, cumpliendo con su promesa, llevó a su hermanita á pasear al lugar del bosque que ya conocían. Sólomente en esta vez tomó Esteban otro camino, así que de pronto dió Clarita un grito de asombro al encontrarse frente al nido y al ver, en vez de los huevitos, varios delicados pichoncitos que piaban débilmente, y que abrían sus piquitos como pidiendo que les diera de comer.

— Qué hermosos pajaritos ! exclamó la niña, y qué bien hiciste Esteban en no permitirme que lle-



vara el nido, porque sin quererlo habría dado muerte á estas tiernas avecitas !

Esteban, por toda respuesta, se sonrió mirando cariñosamente á su hermana ; y en seguida, sacando de su bolsillo algunos pedazos de pan, le dijo :

— Sabía bien que tú encontrarías razón en la advertencia que te hice en nuestro paseo anterior ; pero ya que por esa causa, hemos venido á conocer á esta pequeña familia, es preciso que hagamos también algo por ella. Á este fin he traído algu-

nos pedazos de pan, que no daremos á los polluelos, porque aun no pueden ellos comer por sí solos; pero que dejaremos cerca de esta planta á fin de que la madre pueda tomar las migajas, que con su propio pico dará á comer á sus hijitos.

Desde aquel día, los dos niños fueron á visitar con frecuencia el nidito, llevando siempre alguna comida para los pajaritos. Estos parecían ya más fuertes, y su cuerpecito comenzaba á cubrirse de bellas y delicadas plumas. Habituándose además á ver á los niños con tanta frecuencia, piaban alegremente cuando ellos se acercaban al nido; y la madre volaba sin desconfianza alrededor de sus cabezas, ocupada siempre de buscar el alimento de sus hijuelos.

Aquellos paseos fueron una de las más agradables diversiones, que Esteban y Clara tuvieron durante su temporada de campo.

El señor Jiménez, que amaba tiernamente á sus sobrinos, se complacía al oírlos hablar del nido y de los nuevos pajaritos, y aprobando la conducta de Esteban, no dejó de aprovechar la oportunidad para recomendar á Clarita que siguiera siempre los consejos de su hermano mayor.

## Lectura XIII.

### La Geografía.

Queridos niños: voy á hablarles de la geografía en esta lección, porque es un estudio que ustedes han de hacer más adelante y que, estoy seguro, les ha de divertir é interesar mucho.



Ustedes saben ya que la tierra es un inmenso globo, poblado de habitantes en muchas partes; y así como la ciudad en que nosotros vivimos no es la única que hay en nuestro país, sino que en él se encuentran muchas otras poblaciones; así también, fuera de los límites de esta nación, se encuentran otros muchos países y pueblos que no hablan la misma lengua que nosotros, que no tienen nuestras mismas costumbres; pero que sienten las mismas necesidades y obedecen á los mismos deberes.

El mundo está dividido en grandes porciones que se encuentran separadas unas de otras por mares muy extensos que se llaman *océanos*, y estas porciones ó *continentes* encierran muchos países separados entre sí, unas veces por *cordilleras* ó *montañas*, otras veces por *mares* ó *ríos*.

Por medio de la geografía, podemos nosotros conocer todos los demás países que hay en el mundo, y saber cómo están divididos, quiénes los gobiernan, cuáles son las costumbres de sus habitantes, en qué se ocupan, etc., porque los viajeros que han visitado esos lugares han escrito libros en que se encuentran esas noticias. Además, en esas relaciones podemos aprender muchas cosas que después nos serán de grande utilidad, como la situación de los otros países, los nombres de sus ciudades, de sus ríos y puertos; los productos que se encuentran en las diversas partes del globo, y en fin los acontecimientos más notables que han sucedido en cada nación.

Para estudiar la geografía se hace uso de unos *globos* y de *mapas* que se llaman geográficos, en los que se encuentran marcados todos los continentes,



las islas, los mares, los ríos, los montes y todos los accidentes más notables de cada país.

Finalmente, por medio de la geografía podemos prepararnos para un estudio muy interesante y útil que es la *historia*, es decir, el conocimiento de los sucesos más notables que han ocurrido en las diversas naciones, libremente realizados por los hombres.

## Lectura XIV.

### El pobre ciego.



Conocí una vez á un pobre viejo, antiguo soldado, que quedó ciego á consecuencia de las heridas recibidas en la guerra.

La vida de aquel pobre hombre había sido una continuada serie de desgracias ; de tal manera, que llegó á encontrarse en una edad muy avanzada, teniendo por únicos compañeros una pequeña nietecita, huérfana de padre y de madre, y un viejo perro que le servía de guía.

Vivía este buen anciano retirado en una pobre

y humilde casita situada en las afueras de la ciudad, y apenas alcanzaba con su escasa pensión de soldado retirado á vivir pobremente.

Sin embargo, la bondad de Dios quiso alegrar los últimos días de aquel pobre hombre, concediéndole la compañía de un verdadero ángel.

Era éste la pequeña nietecita del ciego, que por su carácter dócil, suave y cariñoso lo hacía feliz, y era la única luz que alumbraba las tinieblas en que vivía el desgraciado ciego.

Á pesar de que fué muy doloroso para él separarse, aunque fuera por poco tiempo todos los días, de su nietecita, la envió desde pequeña á la escuela, donde ésta, por su aplicación y buena conducta, hizo los más rápidos progresos.

De esta manera, el sacrificio que nuestro buen ciego hacía al separarse de su única compañera, le fué pronto recompensado con el placer que ella le procuró tan luego como pudo leer.

¡Qué alegría fué entónces la de aquel pobre hombre que, á pesar de su humilde condición, había recibido en los años de su juventud alguna instrucción, cuando pudo oír á su querida nietecita leerle los libros que traía de la escuela, y más tarde los periódicos que algún vecino caritativo solía prestarle!

Aseguro á ustedes que era un espectáculo tierno y conmovedor, el de ver por las tardes, sentado á la puerta de su pobre cabaña á aquel ciego, con su cara surcada de arrugas, sus cabellos blancos y su espalda doblada por el peso de los años y de los pesares, oyendo, con un placer que se manifestaba á pesar de la falta de expresión que tiene la cara de los ciegos, la lectura de su

nietecita sentada á su lado en un banquillo. Completaba este cuadro, el perro fiel que era el compañero y el guía del pobre ciego, y que jamás se apartaba de su lado.

La niña creció con el tiempo en virtudes, rodeando de cariños y de cuidados los últimos años de su desgraciado abuelo, hasta el día en que Dios puso término á su vida.

## Lectura XV.

### El niño egoísta.



Yo conocí una vez á un niño que se llamaba . . . pero, prefiero no decir á ustedes su nombre, porque temo que van á descubrir quien es . . .

Aquel niño tenía un defecto feo; muy feo . . . Era un niño egoísta.

¿Saben ustedes lo que significa, ser egoísta? Es posible que muchos lo ignoren; pero á fin de que lo comprendan, y sobre todo de que eviten incurrir en ese mismo defecto, quiero contarles esta vez lo que era aquel niño.

Siempre que recibía algún nuevo juguete, era

seguro oírle decir. — Esto *es mío*, y yo solo podré jugar con mis juguetes; no quiero que nadie los toque.

Si su hermanita quería hacer uso de alguno de los juguetes de nuestro egoísta, éste gritaba al punto. — No, no! no quiero que los toques; los necesito yo!

Tenía un caballito de madera, una carretita, una caja con soldaditos de plomo, pelotas de diversos tamaños y muchos otros hermosos juguetes; pero como siempre estaba temiendo que los demás fueran á tomar sus cosas, pocos niños querían jugar con él.

Era bonito verlo cuando se juntaba con sus hermanos ó con otros compañeros, porque entonces vigilaba sus juguetes con más atención que la que un gato pone para acechar á una rata; y bastaba que algún niño se acercara á ellos, para que él se pusiera á gritar como un desesperado: *Nóo, nóo! eso es m-ío . . .!*

Ahora, si llegaba á recibir algunos dulces ó frutas, jamás pensaba en compartir nada con sus discípulos y se contentaba con decir: *ésto es mío*; me lo han dado para mí y por eso me lo comeré yo solo.

Como ustedes comprenderán, nadie quería al niño egoísta, y lo que es peor, parecía que él se amaba demasiado á sí mismo y que *ésto* le impedía sentir cariño por los demás. Sin duda creía que todo el mundo había sido hecho para él solo.

Entre tanto, su vida no podía menos de ser triste, porque el egoísta no tiene amigos y la amistad es un afecto sin el cual no se puede vivir.

No me atreví á decir al principio como se lla-

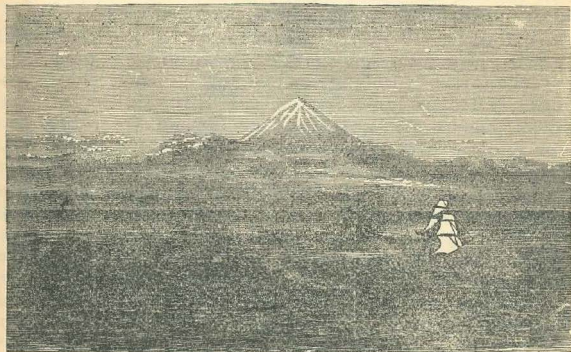


maba este niño egoísta ; pero si hubieramos de darle algún nombre yo le pondría *Don Todo-para-mí*.

Ah ! queridos niños, sed unidos y afectuosos con vuestros compañeros de escuela ! Si sólo tenéis un dulce ó una fruta, dad un pedazo á alguno de vuestros amiguitos y estoy seguro que comeréis con mas gusto vuestra parte.

## Lectura XVI.

### El mar.



— Yo desearía saber lo que es el mar ; dijo un día un niño á su padre. ¿ Ha estado usted alguna vez en el mar ?

— Sí, contestó el padre.



—¿Y, á qué se parece, papá?

—Oh! es tan grande, tan inmenso, replicó el padre, que no encuentro nada que se le parezca. Si te dijera que, para formarte una idea del mar, debías suponer que todo lo que tus ojos alcanzan á ver estuviera cubierto por las aguas, no tendrías sino una extensión muy reducida en comparación de la del mar. Un año entero no bastaría á un bunque para recorrer el mar.

Las aguas del mar jamás están tranquilas. Suben y bajan constantemente, tanto durante el día como durante la noche, y cuando sopla el viento con fuerza, las olas se levantan á mayor altura que la de cualquiera de las casas de nuestro pueblo.

El agua del mar es salada y no se puede beber. Los buques de que se sirven los hombres para cruzar el mar, son más grandes que la casa de la escuela, y llevan unos palos, tan altos como la torre de la iglesia, en los cuales se colocan las velas, que son unos grandes pedazos de un lienzo grueso y muy fuerte. El viento, que sopla en el mar por lo general con más fuerza que en tierra, infla estas velas, y al empujarlas pone en movimiento al buque.

Pero á veces el viento en el mar es tan fuerte que agita de una manera terrible las aguas, y levanta olas tan grandes que sacuden y golpean á los grandes buques, como si fueran botes ó pequeñas canoas. Muchas veces esos buques se sumergen en las aguas, y se ahogan los marineros y demás gente que va á bordo.

En el mar se encuentra toda clase de peces: unos muy grandes como las ballenas y los tiburones, y otros muy pequeños como las sardinias. Al-

gunos peces no se comen ; pero dan otros productos valiosos. Por ejemplo ; de las ballenas se saca un excelente aceite y esperma que sirven para las lámparas y para muchos otros usos, y también sus huesos se aprovechan de diferentes maneras.

Otros peces sirven para el alimento del hombre, y para tomarlos ó *pescarlos* en las aguas, se sirven los hombres dedicados á este oficio, que se llaman pescadores, de redes de cáñamo ó de anzuelos.

Yo te llevaré conmigo algún día, concluyó el padre, á la orilla del mar é iremos á pescar.

## Lectura XVII.

### Como refresca el calor del sol.

En un ardiente día de varano, salieron varios niños á dar un paseo por el campo.

La naturaleza toda se encontraba en aquella estación, engalanada con el esplendor de sus más hermosas producciones. Los árboles ostentaban su verde follaje y sus hermosos frutos, las flores tapizaban el campo luciendo sus variados colores, y las yerbas y los trigos, que principiaban á ponerse amarillos bajo los ardientes rayos del sol, se mecían suavemente á impulsos de una ligera brisa.

En medio de aquel risueño paisaje, se entregaron los niños con entusiasmo á diversos juegos, y se divertieron grandemente.

Cuando ya se cansaron de correr por el campo y las arboledas, su estómago les advirtió que era tiempo de comer algo. Se sentaron entonces sobre

la yerba, y se repartieron como buenos amigos las provisiones que cada uno había llevado.

Uno de los niños, llamado Ramón, sacó de su bolsa, entre otras cosas, una botella de barro llena de limonada.

La sed que todos sentían con el calor de aquel día, hizo que la botella fuera recibida con entusiasmo; pero el ardor del sol había calentado tanto la bebida, que el primer niño que la probó declaró que no se podía beber aquel líquido tibio.

— No tengan ustedes cuidado, dijo Ramón, porque en pocos momentos podremos refrescar nuestra limonada.

Y diciendo ésto, el ingenioso niño tomó su pañuelo, lo empapó en agua, envolvió con él la botella, y espuso ésta al viento y al sol.

Los demás niños lo miraban sorprendidos, sin comprender qué era lo que Ramón pretendía hacer. Al cabo de poco rato, vieron que el paño mojado principiaba á humear y no tardó en secarse. Ramón lo mojó de nuevo, y después de haber repetido algunas veces esta operación, ofreció á sus compañeros una bebida bastante fresca.

Los niños no pudieron comprender como se podía refrescar el agua por medio del calor del sol. — Ramón no lo comprendía tampoco; todo lo que pudo decirles, fué que así lo había visto hacer á unos campesinos que trabajaban en la propiedad de su padre.

Otro de los niños recordó entonces, que él también había visto refrescar las sandías y melones, poniendo estas frutas al sol; pero observó la particularidad, de que sólo la parte de arriba quedaba

fresca, mientras que la que estaba en contacto con la tierra, permanecía siempre caliente.

Este fenómeno se explica así: el calor del sol hizo evaporar el agua contenida en el paño que cubría la botella. Siempre que un líquido se evapora, sustrae, es decir, quita el calor á los cuerpos que lo rodean. El calor de la bebida encerrada en la botella de Ramón, pasó al paño mojado en que éste la envolvió y así aceleró la evaporación del agua. Si el paño hubiese estado mojado en éter, la evaporación habría sido mucho más rápida, y talvez habrían encontrado los niños pedazos de hielo dentro de la botella.

## Lectura XVIII.

### Los huesos.

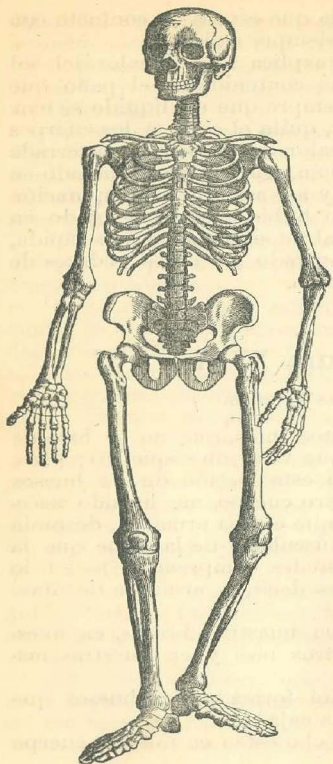
Yo espero, amiguitos míos, que no se han de asustar ustedes, porque vean un esqueleto; pero, debiendo hablarles en esta lección de los huesos que tenemos en nuestro cuerpo, me ha sido necesario presentarles lo que es esa armazón, desnuda y despojada de los músculos y de la carne que la cubre, á fin de que ustedes comprendan mejor lo que son los huesos; es decir, la armazón de nuestro cuerpo.

Tenemos huesos en nuestros brazos, en nuestras piernas, en nuestros pies y en nuestras manos.

Nuestra cabeza está formada por huesos que tienen la forma de una caja.

La espalda y el pecho están en nuestro cuerpo





protegidos por una serie de huesos arqueados que se llaman costillas.

El apoyo principal de nuestro cuerpo se encuentra en las caderas, grandes huesos colocados más abajo de la cintura, y sostenidos por una cadena de huesecitos, llamados vértebras, que bajan desde la cabeza y pasan por el medio de nuestra espalda.

La *columna vertebral* ó espinazo formada por estos huesecitos, es la que nos permite mantenernos derechos; porque sin ella nuestro cuerpo se torcería de un lado ó de otro como una muñeca de lana. Sin embargo, no olvidaremos que hay niños que tienen la mala costumbre de doblar su cuerpo hacia adelante, lo que es muy



perjudicial á la salud y aun puede ocasionar enfermedades del pecho. Por esto les recomiendo á ustedes, que se acostumbren á llevar siempre su cuerpo derecho.

Ya ven, pues, queridos niños, que así como una casa se construye sobre una armazón de madera ó de otro material, la armazón de nuestro cuerpo está formada por esa sustancia, dura y liviana al mismo tiempo, que se llama hueso, sin la cual nuestro cuerpo no podría tener la resistencia y la fuerza que necesita el hombre para el trabajo.

Los huesos de un anciano son mucho más frágiles y delicados que los de un niño; y á la verdad que si no fuera por la elasticidad y vigor del cuerpo en la infancia, no se comprendería como tienen los niños sus huesos sanos cuando reciben tantos golpes en sus juegos ó travesuras. Si las personas de edad fueran tan imprudentes, sería de temer que los médicos tuvieran que curar fracturas de huesos en todas las casas.

Los huesos de la cabeza de una persona ya crecida están bien unidos y forman una sola pieza; pero no sucede lo mismo en los niños, y á esto se debe que cuando un niño cae ó recibe algún golpe en la cabeza, no se quiebren los huesos, porque estando todavía separados, tienen más elasticidad para resistir el golpe.

La estructura y organización del cuerpo humano prueban de una manera verdaderamente admirable la previsión y la sabiduría del Creador.

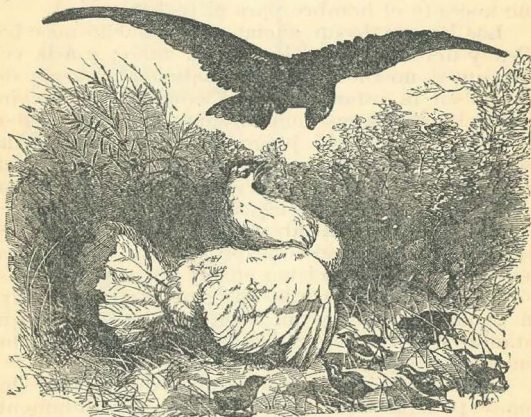
Por la parte exterior, tenemos dos ojos para poder ver los objetos; dos oídos para percibir los sonidos; una nariz para sentir los olores, y una len-

gua para hablar y también poder gustar de los alimentos.

En la parte interior del cuerpo, tenemos los huesos que sostienen y dan firmeza á sus diversos miembros.

## Lectura XIX.

### El gavilán y la gallina.



Entre las aves de rapiña hay pocas más voraces que el gavilán. Parece que jamás se satisface, porque á poco de haber hecho estragos en algún gallinero, matando y arrebatando las aves, se le

ve volar alrededor del mismo lugar acechando nuevamente á sus víctimas.

El gavián persigue principalmente á los pollitos nuevos, y es el enemigo más temido por las gallinas.

Pero, entonces es cuando se ve el ejemplo más notable que ofrecen estas últimas aves, del amor y cariño que tienen por sus hijuelos.

Todos los niños han podido notar que así como el gallo es valiente y aun amigo de pelear, la gallina es uno de los animales más tímidos é inofensivos. Pero, cuando esta ave es madre y tiene que proteger á sus hijos, no es posible ver sin admiración como se transforma repentinamente en una pequeña furia, y como defiende valerosamente á su cría. En estos casos no sólo hace frente al gavián, su más terrible enemigo, que la ataca generalmente volando, sino también á los gatos, á los lagartos y aún á las serpientes.

El combate entre una gallina con cría y el gavián, es un espectáculo notable, que creo habrán ustedes tenido ocasión de ver más de una vez.

La gallina conoce que la fuerza de su enemigo consiste principalmente en la agilidad y rapidez de su vuelo, y por esto, en cuanto lo ve acercarse, llama á sus polluelos que trata de cubrir extendiendo las alas para formarles con ellas como un escudo, y busca refugio contra su terrible adversario, escondiéndose debajo de algunas plantas. El gavián por su parte, conoce la resistencia que la valerosa madre le opondrá antes de dejarle tomar sus hijuelos, y por esto jamás baja á tierra ni hace frente á la gallina.

En este combate, no pocas veces sufre la ga-

lina la cruel pérdida de alguno de sus hijos ; pero muchas también saca el gavilán fuertes picotazos en la desesperada defensa que la cariñosa madre hace de su familia.

El ejemplo que algunas aves nos dan del amor y afección que tienen por los suyos es, hijos míos, una constante advertencia que Dios pone delante de nosotros, para recordarnos nuestros deberes en la vida.

## Lectura XX.

### El verdadero y el falso valor.

El pequeño Guillermo se paseaba un día con su padre por las calles de su pueblo, cuando dos perrillos sucios y flacos corrieron tras de él, ladrando de tal manera, que cualquiera hubiera creído que iban á morderlo.

Volviéndose Guillermo repetidas veces, los obligó á detenerse ; pero tan pronto como dejaba de mirarlos, corrían de nuevo los perrillos ladrándole constantemente, como si fueran á morderle los talones.

Esto duró hasta que llegaron á la puerta de una casa, al lado de la cual se veía un enorme perro mastín, que se calentaba al sol. Guillermo tuvo miedo del animal, y pasó al lado de él estrechándose contra su padre ; pero el perro no hizo el menor movimiento, ni pareció fijarse en el niño.

Más adelante encontraron una manada de gansos, que extendieron hacia ellos su largo pescuezo, abriendo el pico y las alas. Parecía que iban á atacarles ; pero Guillermo no se asustó, y más bien



se rió al ver los movimientos tan sin gracia de aquellos animales.

Por último, encontraron varias vacas y caballos, y Guillermo experimentó de nuevo algún temor á la vista de aquellos grandes animales; pero éstos continuaron tranquilamente su marcha contentándose con tomar algunas de las yerbas que encontraban en el camino.

— Papá, dijo entonces Guillermo, ¿por qué es que aquel perro grande y estos animales que acabamos de encontrar, han permanecido tranquilos cuando nos han visto, mientras que los perrillos no han cesado de ladrarme?

— Así sucede en efecto, hijo mío, contestó el padre; que los que son más pequeños y más débiles, parecen los más inclinados á provocar á los demás. Se esfuerzan de esta manera en aparentar valor, y en el fondo no son otra cosa que cobardes.

Los animales grandes, que tienen la conciencia de su fuerza, no sospechan en los demás la intención de atacarlos. Y como no temen ninguna agresión, permanecen tranquilos porque están seguros de que pueden defenderse, si alguien quiere hacerles daño.

Así sucede también con algunos hombres, que son débiles y al mismo tiempo cobardes por carácter. Hacen mucho ruido, y creen que porque gritan y desafían á todo el mundo, seran considerados como valientes. Pero este es un error porque esos aires generalmente no encubren sino la cobardía.

El que tiene un carácter verdaderamente elevado es tranquilo y apacible. No teme las injurias y á nadie ataca; más bien no hace caso de



las pequeñas ofensas. Está siempre más dispuesto á perdonar una injuria, que á conservar rencor.

## Lectura XXI.

### Nuestras manos.

Nosotros tenemos dos manos ; la mano izquierda y la mano derecha. Cada una de nuestras manos tiene cinco dedos.

El más corto de ellos se llama el dedo *pulgar* ; pero, aunque sea el más corto, es sin embargo el más útil de todos, puesto que siempre necesitamos servirnos de él para tomar los objetos. Ustedes habrán tenido ocasión de notar esto todas las veces que se hayan maltratado ó herido ese dedo, á causa de los accidentes tan comunes en la niñez. Y en efecto, si cualquiera de nosotros pretendiera tomar algún objeto, haciendo sólo uso de los cuatro dedos mayores de su mano, veríamos en el acto que no es posible hacerlo, sino de una manera muy imperfecta.

El quinto dedo, llamado comunmente *meñique* porque es el más pequeño de los cuatro restantes, es también un auxiliar importante del dedo pulgar, porque, aunque no tiene la fuerza de aquel, lo afirma y sostiene. Esto pueden observarlo ustedes en muchos de los ejercicios de gimnástica que harán más adelante ; principalmente tirando de alguna cuerda, ó procurando subir por ella.

El dedo que sigue al pulgar ha recibido el nombre de *índice* ó de indicador, por cuanto nos servimos de él para señalar ó apuntar los obje-

tos, extendiéndolo hacia la parte que queremos indicar.

Nuestro dedo mayor se llama *medio*, y también ha recibido los nombres de cordial y dedo del corazón.

Por último, se conoce con el nombre de dedo *anular* al que está antes del meñique, y se le ha llamado así porque es donde se coloca ordinariamente el anillo.

La mano derecha tiene naturalmente más facilidad que la izquierda para todos los usos en que necesitamos servirnos de nuestras manos. Sin embargo, no debemos creer por esto que la izquierda sea inútil, pues no sólo ayuda en todo y á cada momento á su compañera, sino que puede en muchas ocasiones desempeñar funciones tan importantes como las de la mano derecha.

Es verdad que se considera como una falta á la buena educación, servirse delante de gentes de la mano izquierda para pasar ó recibir algún objeto; y conviene por esto que los niños eviten cuidadosamente de incurrir en esta distracción. Pero no deben ustedes olvidar, que la mano izquierda necesita ser educada como la derecha, y que mientras mayor habilidad se le logre dar, mejores servicios podrá prestarnos en muchas ocasiones de la vida; principalmente cuando por alguna desgracia ó accidente no podamos servirnos de la mano derecha.

## Lectura XXII.

## El pato.



Se encuentran dos clases de patos: los patos domésticos y los silvestres.

Todos ustedes conocen esta hermosa ave que se cría con tanta facilidad, que se reproduce abundantemente y que nos procura una comida tan agradable.

Los patos silvestres van generalmente á pasar el invierno á los países de climas más templados, donde encuentran con facilidad abundante alimento en los insectos acuáticos, pequeños peces, ranas y plantas de toda especie que crecen en el agua.

Estas aves hacen por lo regular su nido en alguna planta acuática alta y aislada, en medio de una laguna, y la hembra pone de diez á dieciocho huevos.

El pato silvestre es extremadamente ágil, y hace uso de la rapidez de sus movimientos y de una notable malicia, para evitar los tiros del cazador. Por esta razón los cazadores necesitan usar de muchas estratagemas para poder sorprenderlos.

El pato doméstico es una de las aves de corral que con más facilidad puede alimentarse, porque no sólo vive de granos, sino que también come las yerbas tiernas, los gusanillos y los muchos animalitos que se crían en el agua.

Los huevos de la hembra son poco mayores que el de una gallina, y hay muchas personas que los aprecian tanto como aquellos, y aun los prefieren.

En el estado de domesticidad, si se alimenta bien á la hembra y se tiene cuidado de irle quitando los huevos á medida que los pone, como se hace con los gallinas, pueden reunirse hasta cuarenta.

Con frecuencia se hace en muchas partes que una gallina empolle estos huevos; y entonces, como ustedes habrán tenido ocasión de observarlo, se nota el curioso ejemplo del cariño, que aquella ave manifiesta por su cría, cuando los patitos siguiendo su instinto natural se lanzan al agua apenas salidos del cascarón. La pobre madre, que se ve obligada á permanecer en la orilla, manifiesta con ese motivo la mayor inquietud: corre de un lado á otro y no se tranquiliza hasta que no ve volver á sus hijuelos que cobija amorosamente bajo sus alas.

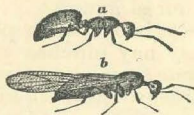
Sin embargo, luego que los patitos han crecido,

y que no necesitan ya de la protección de la madre, se nota que la gallina que los ha criado no se ocupa más de ellos.

Así sucede en la vida; y más de una vez tendrán, hijos míos, que observarlo en las familias en que por desgracia no hay la unión ni el amor con que Dios nos manda protegernos los unos á los otros!

## Lectura XXIII.

### Las hormigas.



Entre estos curiosos animales se encuentran tres especies distintas: los machos, las hembras, y las *obreras*, que no tienen sexo. Los machos son los más pequeños, y se distinguen principalmente por cuatro alas transparentes; las hembras tienen igual número; pero son mucho más grandes. Las obreras se conocen en que nunca tienen alas. Estas últimas son las encargadas de construir la habitación y cuidar de los huevos y de los hijuelos.

Ya saben ustedes como están dispuestos los hormigueros: sus pequeñas entradas conducen á una cavidad subterránea de diez á quince centímetros de profundidad, y ya podrán figurarse que trabajo no costará su construcción á estos insectos; sólo pueden arrancar á la vez una pequeña par-



tícula de tierra, y sacarla afuera con ayuda de una especie de trompita que tienen en la cabeza; pero el número y reunión de las obreras compensan lo que les falta de fuerza y magnitud, y para no estorbarse cuidan de salir por una puerta y entrar por la otra.

Estos grandes trabajos tienen por objeto preparar una habitación cómoda á los hijuelos que han de nacer, y á la sociedad entera que se retira á ella durante el invierno. Mas no crean, como tantas veces se ha dicho, que viven de las provisiones que han acopiado en los hermosos días del verano: la hormiga no necesita tener esta provisión, porque entorpecida por el frío, permanece como muerta en su cueva hasta el momento en que la primavera la llama de nuevo á la vida. Las semillas, los pedazos de fruta ó de carne que se les ve acarrear algunas veces con tanto trabajo y paciencia, sólo son para satisfacer las necesidades del día.

Sin duda habrán visto ustedes en los hormigueros, lo que se llaman huevós de hormiga; pero deben saber que aquellos no son huevos, sino gusanos blancos; los huevos son tan pequeños que apenas se distinguen, y pudiera creerse que eran azúcar en polvo.

Al cabo de algunos días salen de ellos unos gusanitos que crecen muy aprisa, hasta hacerse mayores que las hormigas. Las obreras, como ya he dicho, son las que cuidan de estos gusanillos. Cerca del medio día, en los días serenos del verano, los sacan á la puerta del hormiguero para hacerles sentir la influencia del aire, y cuando pasa la fuerza del calor, los vuelven á lo interior del hormiguero.

Los alimentan con mucho cuidado, y si las provisiones están escasas, se privan ellas de comer por darles todo á los hijuelos.

Luego que el gusano adquiere todo su crecimiento, se cambia en *ninfa*, y en este estado de inmovilidad, espera su transformación en hormiga, lo que no se verifica hasta la primavera, permaneciendo en la forma de ninfa durante todo el invierno. Los machos sólo sirven en una estación, y mueren al fin del otoño.

## Lectura XXIV.

### Los mineros y las minas.



— Oh ! qué feo es ese hombre negro que viene al encuentro de nosotros ; tengo miedo, papá . . .

— Ese hombre no es feo porque está negro,

hijo mío, ni hay por qué tener miedo de él. Se ha puesto así trabajando.

Es un minero, un obrero que trabaja en una mina de carbón.

Mira; que contento parece! Goza al recibir los rayos de este hermoso sol, después de una noche de muchos días.

—¿Tánto tiempo están los mineros bajo la tierra, papá?

—Sí, hijo mío. Por lo general trabajan así durante una semana y no salen de la mina ni para comer y dormir, pues reciben sus alimentos y duermen en el fondo de la mina.

—Pero aquello debe estar siempre muy oscuro, y no sé cómo pueden respirar . . .



—Cada minero lleva una linternita que ilumina sus pasos, y hay además grandes máquinas que renuevan el aire y lo conservan fresco.

Sin embargo, el trabajo del minero es muy duro y penoso; y en lugar de tener miedo á uno de esos valientes trabajadores, es preciso por el

contrario mirarlos con cariño, porque sin el esfuerzo con que ellos trabajan en las minas, careceríamos nosotros de muchas cosas que necesitamos en cada momento de la vida.

—Papá; ¿y cómo se ha formado el carbón en el interior de la tierra?

—Sólo podré contestar, hijo mío, á tu pregunta de una manera general, pues únicamente cuando hayas avanzado mucho más en tus estudios podrás darte cuenta cabal de ese admirable fenómeno, que desde ahora ha llamado tu atención.

¿Recuerdas los cerrillos y hermosos valles que hemos visto algunas veces, en nuestros paseos por el campo?

Pues bien; hace mucho, muchísimo tiempo que habrías visto en esos mismos lugares montañas muy altas y espantosos precipicios, formados por los hundimientos de la tierra. Como se encontraba ésta cubierta de bosques, y hacía al mismo tiempo un calor extraordinario, las lluvias eran muy frecuentes, todo lo cual dió lugar á muchas alteraciones en la formación de la tierra.

Con motivo de los hundimientos de la superficie, se precipitaron en estas aberturas bosques enteros, y fueron cubiertos en seguida por muchas capas de piedras y tierra. Y después de muchos siglos se transformaron así los árboles y plantas en carbón.

En nuestro país tenemos grandes depósitos de esta sustancia tan importante para el progreso de la industria.



## Lectura XXV.

## El faro.



¿ Saben ustedes, niños, lo que es un faro ?

El faro es un edificio muy elevado, que generalmente tiene la forma de una torre, con una gran linterna en la parte más alta. Esta linterna se enciende todas las noches, y como su luz recibe considerable aumento con la ayuda de cristales y de grandes reflectores, puede ser vista á una distancia considerable, y guiar de esta manera á los navegantes durante la noche.

Los faros se colocan generalmente en las rocas más elevadas, cerca de la orilla del mar, ó en los puntos en que hay mayores peligros para los



buques, á fin de que se guarden de acercarse á esos lugares.

Hay hombres, encargados de cuidar los faros, que viven en ellos y encienden todas las noches aquella luz, teniendo la mayor vigilancia á fin de que jamás se apaguen.

Hay faros que tienen una luz fija; pero como á veces, en la oscuridad de la noche, podrían los marinos confundirla con la de alguna estrella, se ha inventado un mecanismo para interrumpir la luz, de manera que sólo se ve aparecer á cada minuto, por ejemplo, ó cada dos minutos. También hay faros en que por medio de cristales de diversos colores, se da á la luz ya el color verde, ya el rojo ú otros, con lo que los navegantes á gran distancia pueden ver con más facilidad el faro.

Nuestro grabado representa un faro colocado en un paraje de costa, que es peligroso por las corrientes y escollos. Por eso vemos á lo lejos un buque, arrastrado tal vez por esas corrientes, que está en peligro de naufragar. Pero, unos hombres generosos y valientes han salido de la costa en un gran bote salva-vidas, y reman con vigor para llegar pronto al buque y socorrer á sus tripulantes, que acaso estarían perdidos sin ese oportuno auxilio.

## Lectura XXVI.

**El aseo es el mejor adorno.**

La señora de Lemos era una distinguida protectora de las escuelas en el pueblo de . . . y

acostumbraba, en sus frecuentes visitas á los establecimientos de educación, ofrecer á las alumnas más aprovechadas, algunos premios que les servían de estímulo para empeñarse en el cumplimiento de sus deberes.

Cierto día, que había llevado la generosa señora gran número de hermosos objetos para distribuirlos entre las alumnas de una escuela, reservó una preciosísima muñeca que dijo destinaría á la niña que fuera la más aseada, entre todas las alumnas.

Todas estas principiaron á mirarse unas á otras, creyendo cada cual ser la más limpia y la mejor puesta. Pero, la una notó que su vestido estaba lleno de manchas; la otro lo tenía desgarrado; ésta llevaba los cabellos en desorden; la de más allá tenía las manos sucias; otras, por último, no tenían su cara muy limpia, ni tampoco su vestidos ni su calzado estaban en orden.

Entre las alumnas de la escuela había una niña llamada Inés, cuya madre era muy pobre, así que la pobrecilla tenía un solo vestidito que se ponía todos los días para ir á la escuela. Pero su madre, que era una mujer industriosa y trabajadora, la había acostumbrado desde pequeña, á ser aseada y á cuidar de su ropa; de manera que, aunque el vestido de Inés estaba muy usado y no le faltaban algunos remiendos, la niña se conservaba tan limpia que, á pesar de su pobre traje, no pudo menos de fijarse en ella la atención de la señora de Lemos. Notó además la buena señora que la cara y las manos de la pobre Inésita estaban perfectamente limpias y sus cabellos bien peinados.

Llamó en consecuencia á su lado á Inés, y dándole la codiciada muñeca, dijo á las alumnas:



— Muchas de ustedes tienen mejores y más adornados vestidos que esta pobrecita; pero ella cuida más del suyo y está más aseadita, de manera que apesar de su sencillo traje, se ve mejor que las otras. Esto les probará que el verdadero mérito no está en llevar vestidos ricos ni de lujo, y que uno sencillo, pero limpio, así como el aseo de la persona, son el mejor adorno para una niña.

## Lectura XXVII.

## Los conejos de Felipe.



Felipe y Jorge eran dos niños, hijos de una viuda tan pobre, que apenas lograba con su trabajo ganar lo más indispensable para la vida.

No había podido enviar á sus hijos á la escuela, porque su pobreza no le permitía comprarles la ropa necesaria.

Felipe, el mayor de los niños, que era un buen muchacho dócil y obediente á su madre, deseaba poder ayudarla y mejorar su triste condición.

Como Felipe era también un niño atento y servicial, cierto día que desempeñó con mucha diligencia un encargo de un vecino, le obsequió éste con un par de conejos blancos.

Felipe volvió á su casa muy contento, y mostró



á su madre y á su hermano Jorge, el hermoso regalo que acababa de recibir.

Desde aquel día, los dos niños se dedicaron á cuidar con tanto cariño á sus conejitos, que estos crecieron muy mansos. Poco tiempo después, la hembra tuvo varios conejitos, también blancos, y poco á poco fué aumentando considerablemente la cría.

El cariño con que los niños criaban estos conejos, pues desde pequeñitos los habían acostumbrado á ser mansos y á recibir de sus manos todos los días el alimento, fué una circunstancia muy favorable para los hijos de la pobre viuda.

En efecto, Felipe que era un muchacho vivo é inteligente, se resolvió á vender algunos de sus conejos para procurarse de esta manera algo con que ayudar á su madre.

Comunicó su proyecto á Jorge, quien lo aprobó, y una buena mañana se fueron ambos niños á la plaza del mercado, llevando cuatro de sus más hermosos conejos blancos.

Se sentaron cerca de una esquina y dejaron vagar libremente á los conejos, esperando que su buena suerte les enviara algún comprador.

Por fortuna, la docilidad y mansedumbre de los animalitos, atrajo pronto la atención de los pasantes, y en poco tiempo pudo el buen Felipe venderlos, recibiendo en cambio algunas monedas que corrió á llevar á su madre.

Lágrimas de alegría corrieron aquel día por las mejillas de la pobre viuda, que en el fondo de su corazón, dió gracias á Dios por haberle dado tan buenos hijos.



## Lectura XXVIII.

## La vida de las plantas.

Ustedes ven crecer á su alrededor los árboles y las plantas; pero temo que pocos se habrán cuidado de preguntarse qué cosa es la vida de las plantas.

Sin embargo, hijos míos, en todo lo que observamos acerca de la manera como crecen, se desarrollan, se reproducen y propagan las plantas, hay tantos y tan admirables fenómenos, como los que se pueden ver en la vida de todos los seres organizados.

Tomad una semilla cualquiera; una haba, por ejemplo. Preparad un poco de tierra en una cajita y plantad esa semilla, humedeciendo la tierra ligeramente. Al cabo de pocos días, la semilla se ha hinchado y se ha puesto tan blanda como si estuviera cocida. En seguida, aparece un brotecito que crece poco á poco y que, con una fuerza extraordinaria para su tamaño, rompe la tierra que lo cubre y sale á la superficie, tomando la forma de dos delicadas y tiernas hojitas.

Al mismo tiempo, y por el otro extremo de la semilla, aparecen otros varios brotes que son como hilitos blancos. Esta es la raíz de la planta.

La raíz penetra en la tierra y toma de ella el jugo, la humedad y todos los demás elementos que la planta necesita para vivir. Estas diversas sustancias suben por el tallo de la planta hasta llegar



á las hojas; en ellas reciben del aire la parte que les falta, y forman entonces la savia que es, como la sangre del cuerpo humano, la sangre que da vida á las plantas.

Este admirable fenómeno se opera por medio de las hojas, que son los verdaderos pulmones por donde las plantas respiran el aire. Ustedes se habrán fijado en que la superficie de la parte de abajo de una hoja cualquiera, es distinta de la parte de arriba, pero estoy seguro que poco habrán pensado en la causa de esta diferencia. Pues bien, hijos míos; deben saber que las plantas absorben el aire por la parte de abajo de sus hojas, es decir, *aspiran*; y *respiran*, ó arrojan el aire que contiene su tallo, por medio de la parte superior de sus hojas.

Cuando en el invierno, los árboles y plantas están despojados de sus hojas, viven en una especie de adormecimiento ó de sueño, y entonces la savia permanece en la raíz á la que da alimento á fin de conservar la vida del árbol.

Á la llegada de la primavera, y con los primeros calores, vuelve la savia á subir y á repartirse por todas las ramas de los árboles y en todas las plantas, de manera que pronto vemos aparecer primero los brotes, después las hojas y por último las flores y los frutos, todos los cuales viven de la savia.

## Lectura XXIX.

Los niños no deben pelear . . . !



Triste cosa es ver á dos niños que pelean y se dan de golpes.

Pelear es sólo propio de la gente vulgar y de mal carácter, que no sabe dominarse y recurre por esto á la fuerza bruta.

El primer deber de un niño es el de ser bueno, amable y cariñoso con sus amigos y compañeros; y estoy seguro que ustedes mismos habrán tenido muchas veces ocasión de observar, que todos aquellos que poseen esas cualidades, son generalmente queridos por los demás, y nunca se ven comprometidos en riñas ni en desórdenes.

Alfredo y Tomás asistían á la misma escuela y vivían en el mismo barrio. Siempre habían sido buenos amigos; pero esto se debía principal-

mente al buen carácter de Alfredo, por cuanto Tomás era un niño muy voluntarioso, que en todo trataba de imponer su voluntad á los demás.

El padre de Tomás, que era un honrado comerciante, trabajaba por dominar las malas inclinaciones del carácter de su hijo; pero aunque lo había castigado varias veces, siempre mostraba este niño un espíritu provocador y pendenciero.

Cierto día que Alberto y Tomás volvían de la escuela, se trabó entre los dos una acalorada discusión, en medio de la cual se encolerizó Tomás de tal manera, que repentinamente dió un bofetón en medio de la cara á su amigo.

Alberto, á pesar de su carácter apacible, era un niño delicado, y sentiéndose ofendido de esa manera, rechazó tan vigorosamente al pendenciero, que no habría tenido para éste un resultado favorable su provocación, si no se hubiera interpuesto inmediatamente entre ambos un caballero que pasaba en aquel momento.

—¡ Los niños no deben pelear! les dijo el caballero. Los niños deben ser buenos amigos y generosos entre sí, tanto para perdonarse mutuamente sus defectos, cuanto para compartir todo lo que tengan. Los que en la escuela son provocadores y pendencieros, tendrán que sufrir muchos desagradados en la vida, cuando lleguen á grandes.

¡ Los niños no deben pelear!



## Lectura XXX.

## Los ojos.

Tenemos dos ojos; en ellos se halla lo blanco que llamamos *córnea opaca*, en medio de la cual se encuentra el *iris* azul ó negro que determina el color del ojo, y en éste un pequeño punto redondo, que parece negro, llamada *pupila*. Alrededor de los ojos, hay párpados superiores é inferiores que cerramos para proteger los ojos y para darles descanso mientras estamos durmiendo.

Los párpados están guarnecidos de pequeñas hebras de pelo á las que damos el nombre de pestañas, que impiden que el polvo entre en nuestros ojos haciéndolos sufrir. Los ojos están colocados debajo de la frente, un poco hundidos, para preservarlos así mucho mejor, de todo lo que pudiera herirlos. Dios nos ha dado los ojos para ver; y efectivamente, con el auxilio de ellos podemos ver el cielo, las estrellas, el campo, el fuego, los árboles, las flores, el río, los animales, las personas y los colores. La facultad de ver es lo que se llama el *sentido de la vista*, y nuestros ojos son los órganos de este sentido.

Los ojos nos sirven ya para ocuparnos de los trabajos de la vida diaria, ya para guiarnos adonde nos plazca ir. Nuestros ojos nos sirven en una palabra para todo, y cuando una persona pierde la facultad de la vista, se dice que ha quedado ciega.

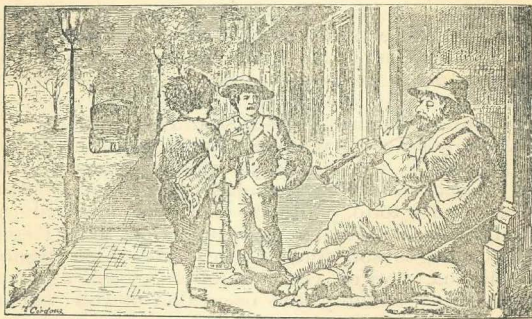
Los ciegos son unos desgraciados bien dignos de lástima, porque como nada ven, para ellos la vida es una noche y una oscuridad eterna: saben que mil peligros los amenazan por todas partes, y



sin embargo, no pueden precaverse de ellos; así los vemos con los brazos extendidos hacia adelante buscando á su alrededor alguna cosa que pueda guiarlos.

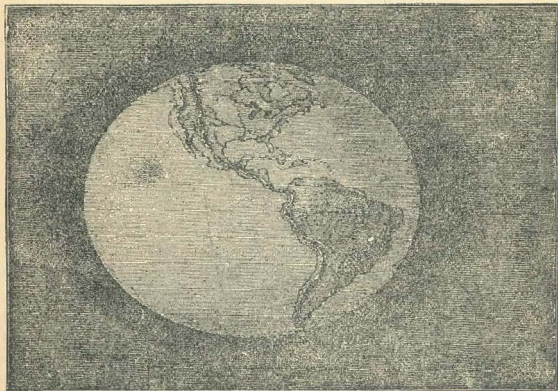
Siendo incapaces de defenderse por sí mismos de tantos obstáculos y peligros, buscan algún niño y las más veces un perro, que con su natural instinto y proverbial fidelidad, los protege y los guía.

Se ve á menudo en las calles, pobres ancianos ciegos que piden limosna. Sólo un mal niño, mis queridos amiguitos, podría burlarse de ellos, porque eso es una crueldad; por el contrario, debemos en todo caso socorrerlos si tienen necesidad de nosotros, y tengamos siempre presente que el buen Dios ama á los que ayudan á los desgraciados y que Jesucristo, cuando estuvo en el mundo, curaba á los ciegos y consolaba á los afijidos.



## Lectura XXXI.

## La América.



Hemos hablado, queridos niños, en algunas lecciones anteriores, acerca de la Geografía, ó sea el conocimiento del mundo que habitamos.

Hoy aprenderemos algunas nociones relativas á la América, que es el gran continente donde se encuentra nuestro país.

La América se divide en dos grandes porciones llamadas América del Norte (ó Septentrional) y América del Sur (ó Meridional), y ambas se encuentran unidas por el istmo de Panamá. Esta

gran division comprende la América Central y las Antillas.

Deben ustedes notar que la América es el continente más grande que hay en el mundo, porque se extiende desde el polo norte hasta el polo sur. Hacia el lado del oriente, baña las costas de la América, el Grande Océano Atlántico, y por el lado del poniente el Océano Pacífico.

La grande extensión de la América, de norte á sur, es la causa de la diversidad de clima de los distintos países que se encuentran en este continente. Así, en los que se hallan más al norte, como el Canadá y los Estados Unidos de Norte América, lo mismo que en la Patagonia y Tierra del Fuego en el extremo sur, se experimentan fuertes fríos y nieves durante el invierno; mientras que en el imperio del Brasil y en el Ecuador, que se encuentran en el centro, hace generalmente mucho calor.

El efecto más notable de esta diferencia en el clima, es la gran diversidad en las producciones de la América; lo que no sólo constituye su riqueza actual, sino que asegurará el grandioso porvenir que tiene en el mundo.

La bondad y munificencia de Dios, han derramado á manos llenas en el suelo de la virgen América, todos los tesoros del mundo. En ella se encuentran desde las piedras preciosas hasta los metales más comunes; los animales más raros; los pájaros de más vistoso plumaje y por último una vegetación incomparable por la riqueza de sus frutos y la excelencia de sus productos.

Los ríos más caudalosos del universo, y las montañas más elevadas que haya creado la mano

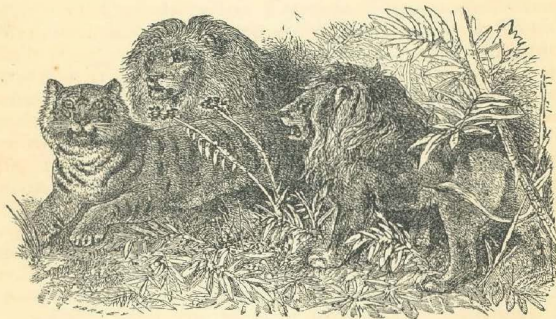
del Hacedor, atraviesan en todas direcciones el Continente Americano.

El estudio de la Geografía nos dará á conocer, más adelante, la división de los diferentes países que se encuentran tanto en la América del Norte como en la del Sur; y espero que ustedes lo harán con todo el empeño é interés que, como americanos, deben sentir por la gran Patria Americana.

# Sección II.

## Lectura I.

### Los animales feroces.



Los animales feroces han recibido también el nombre de *carnívoros*, que quiere decir comedores de carne. Entre estos se cuenta el gato y el perro, que eran antes animales salvajes; pero que se han domesticado. Los animales que necesitan comer carne para vivir, *cazan* los animales que vienen á ser su presa, su alimento. Por esto los carnívoros



tienen las cualidades necesarias para ser buenos cazadores: vista penetrante para ver á mucha distancia y durante la noche; olfato muy fino para seguir la pista á la caza; mucha agilidad para correrla; garras para tomarla, y finalmente dientes largos é incisivos para despedazar y comer la carne cruda. Así, pues, cada vez que encontremos un animal armado de esta manera, lo clasificaremos entre los carnívoros.

Observemos el tigre, por ejemplo, que se parece al gato; pero qué gato! . . . tan alto como cualquiera de ustedes y de un largo proporcionado á la altura; cabeza grande, hocico enorme, y los dientes caninos tan largos como vuestro dedo meñique; ojos brillantes como los de un gato alzado; patas ágiles y vigorosas con las que puede treparse á los árboles ó saltar sobre el animal que ha acechado, y armadas de enormes garras que alarga cuando necesita herir con ellas; pero que al andar lleva comunmente recogidas para no gastarlas; el pelo corto y grueso, rayado á grandes listas negras. Por cierto que aún cuando vieran ustedes á este animal tendido tranquilamente, pasándose la pata por sus largos bigotes, ni más ni menos que si fuera un gatito, no se les ocurriría la idea de jugar con él; y harían bien, porque este carnívoro es un animal extremadamente feroz.

El león, como van ustedes á verlo, es de la misma familia del tigre. Es tan largo como éste, pero un poco más alto. Tiene tantas fuerzas, que carga con un buey como un gavilán con un pollo. El león no tiene el cuerpo señalado con rayas como el tigre; pero su cabeza y cuello están cubiertos de una larga y espesa melena, de color general-

mente rojo, que le da un aspecto terrible; la leona no tiene melena. Ustedes encontrarán que el león se parece todavía menos á un gato; pero es preciso fijarse bien: las patas, las garras, los dientes, son siempre iguales á los del gato.

Estos animales tan terribles viven siempre en el fondo de los grandes bosques ó en los desiertos de países cálidos, en el Asia ó el Africa; en los lugares de clima templado no existen.

Los carnívoros feroces más comunes en los lugares templados ó en los países fríos, son el lobo y el zorro. Se parecen ambos de tal manera al perro, que si no fuera por su aspecto feroz, sería de tomar un lobo por un mastín flaco y el zorro por un perrillo cualquiera. Estos animales viven en los bosques y cazan de noche. El zorro arrasa los gallineros y el lobo ataca á los rebaños. Las garras de estos carnívoros no son tan agudas como las de los gatos y tampoco son de las que el animal puede alargar ó esconder según su voluntad.



## Lectura II.

## Dios creador.



En una hermosa tarde de verano salió el buen anciano Simón á dar su paseo de costumbre, y como al volver á casa lo recibieron sus nietecillos, que jugaban cerca de la puerta, preguntándole que historias les referiría aquella noche, él les habló de esta manera:

— Hoy no tendremos historias, pero hablaremos de cosas más útiles y que todos ustedes deben saber. Veamos, Luisita, tú que tan aficionada eres á las buenas peras, ¿te has cuidado alguna vez de pensar quien habrá hecho las peras y las manzanas?

Luisita quedó sorprendida al oír tal pregunta; en seguida miró á sus hermanos, y como viera

que en ellos se manifestaba igual sorpresa, respondió:

— En verdad, abuelito, que no había pensado en ello . . .

— No te gustarán por eso menos, golosilla, dijo el amable anciano; pero, pasemos á otra cosa. ¿ Podría alguno de ustedes decirme, quién ha hecho el pan que comen todos los días ?

— ¡ Oh ! eso lo sabe todo el mundo, interrumpió Perico; el pan lo hace el panadero.

— Muy bien, hijo mío. ¿ Y con qué materias hace el panadero ese pan ?

— Con agua y harina.

— Perfectamente; pero sepamos todavía ¿ quién habrá hecho el agua ?

Perico volvió á quedar callado. El buen Simón sonrió cariñosamente, y paseando una mirada por el grupo de niños que se estrechaban para oír sus palabras, les dijo:

— El agua que brota de los manantiales, que corre por el arroyo y que después formará el río; el mar extenso y profundo, las montañas, los árboles, el sol, la luna, no pueden haberse creado por sí solos; ¿ no es verdad ? El panadero hace el pan con el agua que recoge del arroyo y con la harina que le entrega el molinero; pero, ni podría hacer el trigo que ha producido esa harina, ni se atrevería á pensar en fabricar el agua en caso que llegase á faltarle.

Es, pues, necesario que averigüemos quién ha podido ser al autor de tales obras; pero, ante todo, miremos á nuestro alrededor.

Las flores del campo brotan sin que nadie las cultive; los árboles crecen, se desarrollan y forman



el bosque sin que el labrador se haya cuidado de ello. ¿Quién sembró esas semillas, quién las regó, quién desplega y hace crecer esas hermosas hojas verdes que no podría fabricar el artista más hábil, y por fin las flores y las sabrosas frutas? ¿Cómo saca la rosa de la tierra oscura ese hermoso color de carmín, y el lirio su blancura admirable?

El día sigue á la noche; cuando desaparece la luz del sol sobreviene la obscuridad, y entonces la luna y las estrellas alumbran con su suave luz al mundo. ¿Por qué es ésto? ¿quién mueve los astros que desaparecen á nuestra vista para volver nuevamente trayéndonos su mismo calor, su misma luz, su misma admirable hermosura?

Es Dios, hijos míos, el autor de todas estas maravillas. Él es quien las ha creado de la nada, quien las conserva, quien las dirige y quien gobierna todo lo que existe en el universo.

Todo ha sido creado por Él; la tierra, el cielo y cuanto ellos encierran: en el cielo, los astros; en la tierra, las plantas, los animales, nosotros mismos. Todo lo ha sacado de la nada; es decir, antes que Dios crease el mundo, nada existía.

El panadero necesita tener harina y agua para hacer el pan; Dios de nada necesita. Todo lo hace por su sóla voluntad, y basta que quiera una cosa para que en el momento exista. Sacar de esta manera todas las cosas de la nada por su sola voluntad es lo que se llama *crear*. Los hombres hacen sus obras; Dios *crea* las suyas.



## Lectura III.

## La circulación de la sangre.

Veamos un poco, mis queridos niños, algo de nosotros mismos. ¿No es verdad que después de ocuparnos de las cosas que nos rodean, conviene que nos detengamos un momento para averiguar algunas de las que cada uno de nosotros tiene, y que tal vez por esto mismo no nos llaman mucho la atención?

Hagamos la prueba; apoyen todos ligeramente el dedo pulgar en la muñeca de la mano, en las sienes, ó á cada lado del cuello, debajo de las orejas. ¿No sienten alguna cosa que palpita, que se mueve?

Junten todos sus dos manos cruzando los dedos tan juntos como sea posible, ¿no sienten la misma palpitación, el mismo movimiento siempre uniforme y regular?

Es la sangre, hijos míos, que circula en el cuerpo de todos nosotros, como también en el de todos los animales.

La sangre es de color rojo, y sale del corazón de donde es lanzada, por los movimientos de este órgano, á un sin número de pequeños conductos llamados *arterias* que se encuentran en nuestro cuerpo, que suben hasta nuestra cabeza, se extienden por los brazos y bajan por las piernas llevando la sangre, que conserva la vida, hasta las extremidades de los pies y de las manos.

Pero cuando cada hilito de sangre ha llegado por su arteria hasta la extremidad que debía alcanzar, va algo perdido, porque ha ido dejando

todo lo que tenía de fortificante en las partes del cuerpo que debía alimentar; así, ya no es roja la sangre en ese momento; es casi negra. Entonces vuelve por otros pequeños conductos, llamados *venas*, que la llevan al corazón, de donde pasa á los pulmones para purificarse y volver á ser útil para la vida. Las venas son esos conductitos, esas líneas que se ven de un azul oscuro, bajo el cútis, cuando uno está muy acalorado; las venas parecen azules porque son transparentes y dejan ver el color oscuro de la sangre de que están llenas cuando vuelven al corazón.

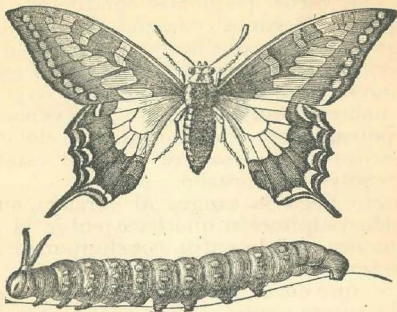
Cuando llega la sangre al corazón, sufre éste una fuerte palpitación que hace subir la sangre á los pulmones, donde entra constantemente el aire que respiramos. Una parte de este aire se une á la sangre, que en el acto vuelve á quedar roja y renovada enteramente. Baja entonces al corazón por un nuevo conducto; el corazón vuelve á dar otro latido, otra palpitación, y reparte la sangre nueva y roja á las arterias que la llevan por todo el cuerpo, como les dije al principio.

Y este admirable movimiento se sucede así sin descansar durante toda nuestra vida.

En el acto que él cesa, sobreviene la muerte.

## Lectura IV.

## El gusano y la mariposa.



Una mañana de verano, cuando el sol comenzaba á derramar sus rayos sobre los campos, y los pájaros cantaban alegremente en la enramada, iba un verde gusanillo, arrastrándose por un sombrío sendero, en busca de su alimento cotidiano. Tenía este hermoso insecto sobre el lomo fajas de brillantes colores, y manchas redondas á cada lado, con muchas patitas que movía lentamente.

Al mismo tiempo, un pajarito salió de la maleza, también en busca de alimento, y á haber visto al gusanillo hubiera podido satisfacer en un momento su apetito matutino; pero como el insecto no ignoraba que tenía á la vista un enemigo, no hizo movimiento que llamase su atención y se mantuvo inmóvil hasta que lo vió salir volando. Torció entonces su camino hacia un árbol viejo, á

cuyo pie estaban esparcidas algunas hojas; y sin duda eran éstas el alimento que había estado buscando el gusanillo, pues inmediatamente se detuvo sobre ellas y empezó á comerlas.

Por muchos días permaneció allí el animalito, contento con su alimento y calentado por los rayos del sol; pero al fin abandonó el árbol y estuvo vagando por todas partes hasta que tropezó con un viejo poste todo lleno de agujeros. En él se puso á fabricar su habitación, y la hizo tan perfecta como la que la araña construye para sí, con tanta paciencia é industria.

Todo el día estuvo el gusanillo colocando sus hilos de seda uno á uno, y antes de amanecer ya tenía concluida una casa en la que quedó encerrado.

Era esta habitación larga y angosta, cerrada por ambos extremos, y estaba pendiente del carcomido poste por unos pocos y delgados hilos: no tenía puertas ni ventanas, y nadie hubiera podido adivinar cómo se había metido, ni cómo podría salir de ella aquel animalito.

Pasó cerca de un mes encerrado en su escondrijo sin salir á buscar alimento ni calentarse al sol: pero en un día muy ardiente, hubo un pequeño movimiento en el interior de la casita, y sus paredes empezaron á crujir y á abrirse poco á poco.

Roto uno de los extremos salió, no el verde gusanillo, sino un insecto de graciosas formas, con las alas salpicadas de bellísimos colores. Permaneció un instante sobre el poste para calentarse, y abriendo después sus dos brillantes alas, voló á través de los campos hasta llegar á un jardín, donde se puso á revolotear entre las flores.

Pero, ¿qué se hizo del verde gusanillo? Se había transformado en una bella mariposa, gozando en este cambio de una vida más libre y más feliz.

De la misma manera el hombre, que arrastra sobre la tierra una mísera existencia, dejará en ella el cuerpo que aprisiona el alma, y ésta al fin, volará al cielo para disfrutar eternamente de Dios, su creador!

## Lectura V.

### Las buenas obras.

Una buena anciana tenía cuatro nietecitas, de las que la mayor no pasaba de doce años, contando la menor apenas seis.

Cuando llegó el día del cumpleaños de la abuelita, las niñas le llevaron sus regalos, yendo á saludarla y presentar los sinceros votos que hacían por su felicidad. La abuela, después que hubieron concluido, las besó tiernamente á todas dando á cada una, como por recompensa, una moneda de veinte centavos.

— Hoy es día de regocijo, les dijo: tomen para que compren ustedes lo que quieran y se entretengan bastante.

Las niñas no se lo hicieron repetir, y locas de contento salieron á dar un paseo por la ciudad, deteniéndose en cada una de las tiendas, y deseando todos los objetos y juguetes que en ellas veían.

En la tarde, cuando hubieron regresado del paseo, la anciana les preguntó el uso que cada una había hecho de su dinero. Yo no lo he gastado



todavía, mi buena mamá, respondió la mayor que se llamaba María; he guardado mis veinte centavos para ponerlos en mi alcancía y cuando haya logrado reunir más dinero, me compraré un bonito vestido.

— Bien hecho; dijo la abuela, eso es pensar en el porvenir y es una prudente economía.

— Yo, mamá, saltó Rosalía, que era más pequeña, he comprado una muñeca muy bonita y algunos caramelos; pero estaban tan malos, que los he arrojado.

— No mucho, señorita; respondió Laura, la segunda de las hermanas; estaban muy lejos de ser tan malos; la prueba es que yo los he recogido y me he arreglado bien con ellos, por lo que no he querido comprar otros.

— Pues entonces, hija mía, ¿qué has hecho de tu dinero? le preguntó su abuela.

— Ah! mi querida mamita, he tenido una buena idea; he querido hacer productivo mi dinero; he comprado un ciento de plumas para venderlas mañana en la escuela á las demás niñas, y de esta manera mis veinte centavos se aumentarán por lo menos hasta cincuenta.

— ¡Vaya una previsión! replicó la buena anciana, moviendo á un lado y otro la cabeza; pero esta previsión no es natural ni conforme con tu poca edad. ¡Dios te preserve, Laura, de esa afición al comercio, pues te conduciría de seguro á la avaricia! Pero, añadió volviéndose á aquella de las niñas que no había hablado todavía, nada me dices tú de lo que has hecho con tu dinero, querida Inés.

Entonces Inés, con una sencillez encantadora

dijo: yo, mamá, he llevado mis veinte centavos á la pobre Catalina que se halla enferma y es tan desgraciada; ella no los quería recibir; pero yo se los dejé sobre su cama y luego me escapé para que no me los pudiese devolver.

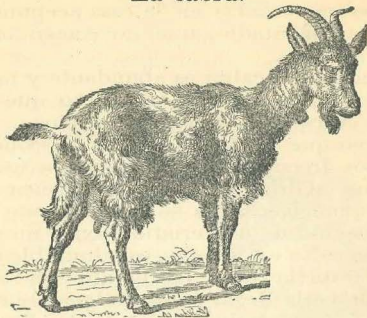
— Y bien, hijas mías, preguntó la abuela, decíme ahora ¿quién de vosotras os parece que ha empleado mejor su dinero? — Inés, mamá, Inés, exclamaron á un tiempo todas las niñas, excepto la misma Inés, que guardaba silencio mientras esto sucedía. Entonces la virtuosa anciana la abrazó, besándola con lágrimas de ternura y gozo, y como para terminar esta lección, les habló así:

Haced, hijas mías, que la caridad reine siempre en vuestros tiernos corazones, y que vuestra mano esté dispuesta en todo tiempo para repartir beneficios á aquellos más desgraciados que vosotras.



## Lectura VI.

## La cabra.



La cabra es uno de los animales más útiles al hombre. Es mansa, á pesar de la viveza de su carácter y de que, cuando se siente atacada, se defiende con valor.

La cabra se acostumbra con facilidad en todos los climas, y resiste aun á los mas fríos.

Es sumamente viva y ágil; y al revés de la oveja, sabe huir del peligro como también defenderse. Tampoco teme atacar, y cuando embiste, se puede notar la fuerza extraordinaria de sus cuernos y de su cabeza.

Parece que la cabra tiene un gusto especial por los lugares altos, porque como ustedes lo habrán notado, siempre sube á las peñas más elevadas, y esto con una agilidad y una intrepidez que sorprende.

Este animal es tanto más precioso para el hombre, cuanto que se alimenta con muy poca cosa. Come de toda clase de yerbas, y aun se ve que las cabras criadas en la casa aceptan los alimentos condimentados, que no comen otros animales domésticos.

La leche de la cabra es abundante y muy sana, pudiendo hacerse de ella un queso que es muy apetecido entre los pastores de rebaños.

No creo que sea para ustedes desconocido alguno de los frecuentes casos en que se usa de una cabra como nodriza de los niños recién nacidos. En efecto, muchas veces se apela á este recurso, cuando la salud de una criatura exige un alimento sustancioso. En estos casos, es admirable el cariño que manifiesta la cabra por el niño que cría, y es muy común verla llegar apresuradamente á la cuna del tierno infante, cada vez que lo oye llorar, como pudiera hacerlo la más afectuosa de las nodrizas.

La piel de la cabra es usada para distintos objetos, y la del cabrito nuevo se emplea principalmente, después de curtida, para la fabricaci6n de los guantes, que por esto se llaman de cabritilla.

Al macho se le llama cabrío; está armado de fuertes cuernos, y tiene además barbas largas bajo la quijada.

En algunas partes del Asia, principalmente en las montañas del Tibet, se encuentra una clase especial de cabras cuyo cuerpo está cubierto de una lana blanca, tan suave y fina como la seda, con la cual se hacen tejidos muy valiosos.

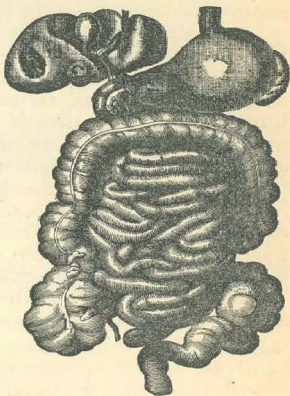
## Lectura VII.

## El estómago.

Más abajo del corazón y al frente de nuestro cuerpo hay una especie de bolsa que se llama *estómago*.

Al estómago es á donde bajan los alimentos que pasan de nuestra boca á la garganta: el estómago recibe estos alimentos, les da calor *cociéndolos*, por decirlo así, y por último los *descompone* haciéndolos pasar á los intestinos. De aquí salen las partes nutritivas de los alimentos por medio de un *canal*, y juntándose con la sangre negra suben otra vez al corazón y á los pulmones, para volver á formar la sangre roja y nueva que ha de circular por nuestras venas y arterias de la manera que ya hemos visto en otra lección.

Cuando se comen frutas que no están maduras, sufre el estómago, porque funciona con dificultad; así también, cuando se come con exceso, se fatiga el estómago, como un obrero á quien hubiesen cargado con un trabajo pesado. Por eso se ve que los niños golosos, que han comido hasta





hartarse, se enferman y se ponen pálidos, viéndose obligados á vomitar con gran trabajo para lanzar los alimentos que el estómago no ha podido descomponer.

Como nuestro estómago, lo mismo que el corazón y los pulmones, es un órgano indispensable para poder vivir, Dios lo ha colocado en un lugar apropósito para preservarlo de los accidentes, así como los relojeros tienen el cuidado de encerrar entre dos cajas de un metal sólido las delicadas ruedecitas que mueven los relojes.

Así pues, todos nosotros tenemos el corazón, los pulmones y el estómago encerrados separadamente en una tela muy fina donde nada puede tocarlos. Además, fuera de esta tela hay algunos huesos arqueados que se llaman *costillas* sobre los que está la carne, y finalmente la *piel* sensible que cubre los brazos, las piernas y todo nuestro cuerpo.

Ahora bien, ¿quién les parece á ustedes que ha podido arreglar con tanta perfección todas estas cosas, en el cuerpo de Adán, el primer hombre, y después en el nuestro y en el de todos los hombres que han existido y existen en el mundo?

Ha sido Dios. ¡Ah! ¡cuán maravillosamente sabe Dios hacer todo lo que hace!

## Lectura VIII.

### Fuera de la escuela.

Temo que nada de bueno están haciendo esos muchachos.

¿Por qué se encuentran en el medio del bos.

que conversando tan descuidadamente, á la hora en que todos los niños están en la escuela?



En efecto; esos niños han dejado de ir hoy á clase. Han preferido, como verdaderos holgazanes que son, ir á correr por los campos y perder inútilmente su tiempo, á oír las lecciones de su buen maestro, participando de los alegres juegos de sus compañeros de escuela.

Por desgracia, hay entre ellos un muchacho de malas inclinaciones, que es el que arrastra á los otros dos á esa vida de holgazanería y de mala conducta.

Simón, que es el muchacho que vemos á la izquierda, perdió á su madre cuando era muy pequeño, y siendo hijo único, quedó soló á cargo de su padre, hombre desgraciadamente muy vicioso, y que por esta causa se preocupaba bien poco de la educación de su hijo.

De esta manera fué como creció el pequeño Simón, sin oír jamás un buen consejo y sin conocer otra educación que los golpes, que su rudo padre solía aplicarle por todo correctivo.

Cuando fué enviado á la escuela, su maestro pudo difícilmente dominar los malos hábitos que ya habían echado raíces en el carácter de aquel niño. Pero, lo peor de todo, fué el daño que su mal ejemplo hizo en algunos de sus compañeros, que tuvieron la debilidad de seguir sus consejos.

Simón faltaba con frecuencia á la escuela; pero siempre trataba de arrastrar á cometer esta falta á otros niños, y por esto es que lo vemos, acompañado de dos de sus condiscípulos, pasando las horas de estudio, tendidos sobre la yerba, al pie de un árbol.

¡Qué grande error es el de esos desgraciados niños si se consideran más contentos, porque vagan libremente en los campos, que si estuvieran en la escuela! Semejante idea sólo prueba su profunda ignorancia, porque en ninguna parte puede un niño ser más feliz que en la escuela, donde, si es verdad que se trabaja en las horas de clase, en cambio se juega con tanto gusto y tan alegremente durante el recreo. Allí, las horas pasan rápidamente, y cuando han concluido las clases, vuelve el buen niño á su casa con el corazón tranquilo y contento, porque ha cumplido con su deber.

Ahora, ¿creen ustedes que esos desgraciados muchachos, arrastrados por Simón á faltar á la escuela, se presentarán ante sus padres con tranquilidad y sin sentir el remordimiento de la falta que han cometido?

## Lectura IX.

### El leñador y su mujer.

(Cuento.)



Un señor inmensamente rico, se extravió en un bosque mientras cazaba. Cuando hacía los esfuerzos posibles para hallar el camino, oyó dos voces y acercándose vió á un leñador y su mujer, que cortaban leña. La mujer, que no debía estar muy satisfecha con su suerte, decía :

— Es preciso confesar que nuestra madre Eva fué bien golosa comiéndose la manzana. Si no hubiese desobedecido los mandatos del Señor, no



nos veríamos en la necesidad de trabajar todos los días para vivir.

Su marido contestó :

— Si Eva fué una golosa, en cambio Adán fué un mentecato por acceder á lo que ella le pedía. Si yo estuviese en su lugar y tú quisiéses obligarme á comer el fruto prohibido, en vez de ser condescendiente, te daría una fuerte paliza.

El cazador se divirtió mucho oyendo aquella conversación y después de reflexionar un momento, se presentó á ellos y les dijo :

— ¡ Pobres gentes ! ¿ Parece que pasáis muy mala vida ?

— Sí señor, le contestaron, trabajamos como negros durante todo el día, y aun así apenas podemos ganar lo necesario para comer.

— Venid conmigo; les dijo el rico caballero, y os mantendré con mucho regalo sin que tengáis que trabajar.

Los leñadores, llenos de gozo, siguieron á su bienhechor, y llegaron pronto á los lujosos aposentos que éste les destinó en su palacio. Una vez instalados, les dió hermosos trajes, un magnífico carruaje para pasearse, criados con librea y todos los días abundancia de guisados exquisitos en la mesa.

Al cabo de un mes, les sirvieron mayor número de platos; y en medio de la mesa colocaron los criados una fuente muy bien tapada.

Apenas la mujer la vió, llena de curiosidad, quiso saber lo que contenía; pero uno de los criados le dijo que el amo de la casa había prohibido que tocaran aquella fuente, y que tampoco quería que nadie supiese el contenido.



Tan pronto como los criados salieron, el marido vió que su esposa no comía y estaba triste. Preguntóle la causa, y ella le contestó que el amo era un tirano excitando su curiosidad, y que ella no estaría satisfecha ni comería hasta saber el contenido de la misteriosa fuente. El marido no quiso disgustarla por tan poca cosa, y para que quedara satisfecha, destapó la fuente, de la cual se escapó un ratón.

Corrieron los dos para cogerlo; pero el ligero animal se metió en un agujero, y desapareció en el momento en que el dueño de la casa entraba al comedor.

De una mirada comprendió todo lo que había sucedido, y entonces dirigiéndose al leñador, le dijo:

—¿ Sois vos el que decíais que en el puesto de Adán hubiérais dado una paliza á Eva, para enseñarla á no ser golosa? Pues bien, pronto habéis cambiado de parecer. Y vos (continuó dirigiéndose á la mujer) disfrutábais como Eva de una infinidad de cosas buenas, y no os han parecido bastante: habéis querido comer del plato que os había prohibido. Id, desgraciados; volved á trabajar al bosque, y no echéis tanto en cara á nuestros primeros padres su pecado, puesto que habéis cometido una tontería igual á la que ellos cometieron.

## Lectura X.

## El reloj.



¿Para qué sirven los relojes?

Sirven para marcar la hora del día ó de la noche. Por medio del reloj sabemos cuando debemos levantarnos, el momento en que hemos de estar en la escuela, la hora para volver á casa y el tiempo que, por la noche, es necesario dedicar al estudio de nuestras lecciones. antes de retirarnos á dormir.

En otros tiempos no había relojes, y sólo se conocía la hora observando la marcha del sol; pero por este medio era imposible medir el tiempo durante la noche ó en los días nublados.

Los relojes son, pues, como un amigo que á toda hora y momento nos está recordando que el tiempo marcha, que ha llegado la hora de cumplir con nuestras obligaciones y que no debemos perder un solo momento de nuestra vida.

El padre de Carolina había traído un reloj nuevo á su casa, y como Adela, su hermanita menor, miraba con grande atención aquel nuevo mueble, cuyo uso no comprendía, le dijo Carolina:

—“Por medio de este reloj que papá acaba de traer, podremos en adelante conocer las diversas horas del día.

Yo te explicaré lo que significan esos numeros que ves alrededor de la esfera del reloj:

I	quiere decir la una
II	— — las dos
III	— — las tres
IV	— — las cuatro
V	— — las cinco
VI	— — las seis
VII	— — las siete
VIII	— — las ocho
IX	— — las nueve
X	— — las diez
XI	— — las once
XII	— — las doce

Tanto en el día como en la noche.

La aguja más corta marca las horas y se llama *horario*, la más larga señala los minutos y se llama *minutero*. Cada hora tiene sesenta minutos.

El horario tarda una hora cabal en pasar de un número á otro: de I á II ó de II á III, mientras que el minuterero da en este mismo tiempo una vuelta completa á toda la esfera del reloj, y sólo tarda cinco minutos en hacer el camino que su compañero recorre en una hora.

Cuando el reloj da la hora, el minuterero está siempre en las XII y el horario en el número que indica la hora que es, como, II, V, VIII, XI; según el tiempo del día ó de la noche.

Así, por ejemplo, á las tres en punto, el horario marcará el número III y el minuterero estará fijo en el número XII.

Cuando el minuterero llega al número III ha pasado ya un cuarto de hora, cuando marca el VI va corrida media hora y por último, al llegar al número IX, sabemos que ha avanzado tres cuartos de hora.

También se hace esta cuenta por minutos y tú la aprenderás más tarde.

Ahora sólo deseo que no olvides lo que te he dicho para que conozcas las horas, porque es muy útil saberlo."

Si mis buenos amiguitos han leído con atención esta Lectura, desearía yo que me dijeran qué hora es:

con el horario en las	III	y el minuterero en las	VI
—	—	VII	—
—	—	V	—
—	—	IX	—
—	—	VIII	—
			IX
			III
			XII
			VI

## Lectura XI

## El pan.

LUCÍA. — Mamá, ¿ con qué objeto se amasa la harina para hacer el pan? ¿ No bastaría mezclarla con agua?

LA MADRE. — No, hija mía; no basta mezclar el agua y la harina, como tú dices para tener pan. Es necesario amasar esta composición agregándole levadura y sal, para que todo se mezcle bien. La sal da buen gusto al pan, haciéndolo más nutritivo y fácil de digerir; también con el auxilio de la sal absorbe la harina mayor cantidad de agua y da un volúmen considerable.

Y la levadura ¿ sabes tú lo que es?

LUCÍA. — Creo que debe ser una masa muy agria que un día tuve la curiosidad de probar y que me pareció muy mala.

LA MADRE. — Sí, es la masa que se deja avinagrar de una hornada á otra; la levadura sirve para hacer levantar, es decir, fermentar la masa. Por medio de ella se producen una infinidad de agujeritos que contribuyen á hacer más liviano el pan.

En lugar de esta clase de levadura, se emplea también con preferencia la levadura de la cerveza. Ésta se forma con una espuma espesa que, durante la fermentación del mosto ó caldo de la cerveza, sube á la superficie del líquido y se escapa por los agujeros de los barriles. Los cerveceros la recojen, la secan y la venden á los panaderos ó pasteleros.

Después de colocar la levadura en la artesa



se echa un poco de harina y se mezcla bien; en seguida se agrega agua y harina, y despedazando la masa se toman pedazos pequeños que se soban sucesivamente arrojándolos á un lado y otro de la artesa, hasta que repetido muchas veces este ejercicio, queda la masa suave y perfectamente deshecha la harina.

LUCÍA. — Pero, es muy trabajoso el amasar ¿no es verdad, mamá? Yo la veo á usted muy agitada siempre que tiene que amasar.

LA MADRE. — Es verdad, Lucía; y por eso es que se han inventado máquinas y aparatos movidos con mucha facilidad, por medio de los cuales se hace la masa con mucha prontitud y casi sin trabajo.

Sin embargo, como estas máquinas sólo pueden servir en las panaderías donde se hacen grandes cantidades de pan, en otras partes, y sobre todo en los campos, es necesario amasar á mano.

Cuando está preparado el pan en la forma que te he dicho, se coloca en canastos cubiertos con un paño cerca del fuego, porque con el auxilio del calor, se produce una nueva fermentación que hace hincharse la masa.

Entonces se da á la masa la forma que se quiere, y se colocan los panecillos en grandes palas de madera, con cuyo auxilio los pone el panadero en el horno y los saca á las pocas horas perfectamente cocidos.

LUCÍA. — Muy bien, pero, ¿con qué objeto hacen esas rayas y esas hendiduras que se ven en el pan . . . ?

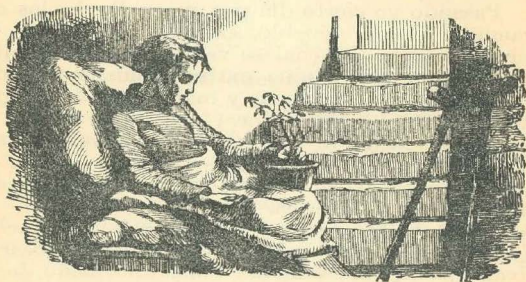
LA MADRE. — Eso es con el fin de que salga el aire que tiene la masa, y que de otra manera se

escaparía por los lados rompiendo y cambiando la forma del pan.

Es preciso cuidarse mucho de comer pan caliente porque su digestión es muy difícil, y á veces puede ocasionar una enfermedad al estómago. Por el contrario, el pan que ya se ha enfriado es más nutritivo y se digiere mucho mejor.

## Lectura XII.

### Aprovechad bien el tiempo.



Os he hablado más de una vez, amiguitos míos, de la importancia del tiempo, y de cuan necesario es acostumbrarse desde la infancia á saberlo aprovechar.

Por esto quiero referiros el buen ejemplo que me dió una vez un niño.

Se llamaba Ricardo, y jamás conocí un chico

más simpático, ni de mejores disposiciones. Desde su más tierna infancia, había demostrado un espíritu de actividad que le hacía estar siempre buscando algo en que ocuparse. Por esta misma causa, tenía una habilidad natural para ejecutar toda clase de trabajos.

Él hacía carretitas para sus hermanas menores; él les arreglaba ó componía sus muñecas y juguetes; él daba cuerda á los relojes de su casa, y todo, todo lo hacía bien.

Al mismo tiempo tenía un carácter muy alegre y juguetón, y á esta causa debió el desgraciado accidente que me hizo conocerlo.

Pasando yo cierto día por una calle de los extramuros de un pueblo, encontré un grupo de gente en medio del cual se veía sobre una camilla improvisada, á un niño extremadamente pálido, con sus ropas desgarradas y manchadas de sangre, que daba gemidos de dolor.

Al acercarme al grupo, supe que aquel niño, que era Ricardo, había tenido la imprudencia de subir á un árbol muy alto de donde había caído, quebrándose una pierna.

El semblante suave y simpático del muchacho, y la desgracia que había sufrido, me interesaron vivamente por él; y habiéndome informado de su casa, fuí á verlo pocos días después.

Estaba aun bastante pálido; pero lo encontré sentando en un banco del jardín, ocupado afanosamente en limpiar una planta colocada en una pequeña maceta. Después de preguntarle qué clase de curación había recibido y de contarme Ricardo cuan dolorosa había sido la operación de restablecer la fractura, le manifesté lo que me sor-

prendía ver, que estando enfermo, se ocupara de cuidar y limpiar las flores.

— ¡ Ah! señor, me contestó Ricardo; yo nunca he sabido estar ocioso y siempre he tenido la costumbre de ocuparme en algo. Precisamente pensaba hoy que lo más fatal para mí, en el desgraciado accidente que he sufrido, sería que no podría ocuparme sino de muy pocas cosas!

El niño de quien os he hablado, fué más tarde el jefe de una importante empresa que hizo grandes bienes al progreso de su país, y vivió amado y bendecido de todos.

## Lectura XIII.

### El domingo.

JUAN. — Mamá, ¿por qué no se trabaja en el domingo como en los demás días?

LA MADRE. — Porque Dios nos lo ha prohibido en sus santos mandamientos.

El Señor nos ha dejado toda la semana para que podamos ocuparnos de los negocios y atender á todas nuestras necesidades, como también á las de aquellos que están á nuestro cargo. Pero Él se ha reservado el día domingo, que ha querido se consagre á alabarlo y á bendecirlo por sus beneficios.

JUAN. — Pero, qué ¿no es necesario rezar todos los días?

LA MADRE. — Sí, ciertamente; pero sobre todo el domingo. Además, Dios sabe muy bien que no podemos trabajar todos los días y que tenemos ne-



cesidad de descansar; por esto es que nos ordena dejar todo trabajo el día domingo, á lo menos el trabajo que no sea indispensable para la vida. En otro tiempo era prohibido hasta preparar la comida el día domingo, y había necesidad de dejarla hecha desde el sábado. Ahora se permiten esos trabajos que, como te he dicho, son indispensables para la vida; pero los que se ocupan el día domingo de trabajos que no tienen ese carácter, hacen mal y desobedecen á Dios.

JUAN. — Sin embargo, yo he visto una vez trabajar en día domingo al tío Severo, que papá dice es un hombre muy honrado.

LA MADRE. — Es posible; cuando se trata de un trabajo tan urgente que no se pueda dejar para el día siguiente. Así, cuando se teme que sobrevenga una lluvia y hay cosechas que guardar, ó cuando por la mucha sequedad es indispensable hacer algún trabajo para regar los campos, es permitido ocuparse, aun en día de fiesta, de esos trabajos sin ofender á Dios. Pero, siempre que esto no sea indispensable, es necesario abstenerse de todo trabajo el domingo.

JUAN. — ¿Y qué hace uno los domingos, cuando es grande?

LA MADRE. — Se hace lo que me ves hacer; lo que haces tú mismo. Primero se va á la iglesia á oír la misa y rezar, dando gracias á Dios por los beneficios que recibimos de su Divina Providencia y pidiéndole nos conceda su gracia y alivie á los que sufren, á los que están enfermos, á los pobres que se encuentran lejos de su país y de sus familias. En seguida, puede uno ocuparse de cosas que no son trabajo sino distracciones; se visita á



los vecinos ó á las personas que están en desgracia y necesitan consuelos. Después de dar un paseo, se forma alguna pequeña diversión de familia y finalmente conviene recogerse más temprano que los otros días.

Principalmente, debes guardarte bien de imitar á esos muchachos que andan por las calles y caminos, corriendo, gritando ó haciendo burla á todos los que encuentran, ó á esos mozos que van á las fondas á jugar y beber para embriagarse y reñir las más veces.

Huye, hijo mío, de la sociedad de todos aquellos á quienes veas conducirse así. Es necesario compadecer á los que se conducen mal, no despreciarlos ni aborrecerlos; pero sí evitar su trato para no adquirir sus defectos y malas costumbres. Cuando te sea posible, préstales algún servicio; hazlo de buena voluntad; pero sin mezclarte con ellos.

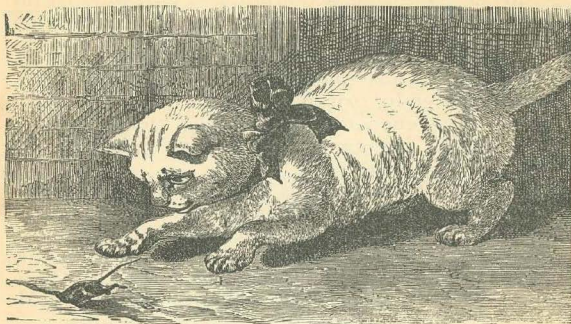
Las malas compañías han perdido á muchos niños que en un principio fueron piadosos y buenos, y que después se han perdido haciendo la vergüenza y la desesperación de sus familias, cuando pudieron haber sido su consuelo y amparo.

## Lectura XIV.

### El gato.

Este animal, tan común en todas partes, difiere ligeramente del gato salvaje; el hombre lo ha domesticado, haciéndole variar de instintos. En las selvas es uno de los animales más destructores, ataca con especialidad á las aves, cogiéndolas por

sorpreza ; mas luego que se domestica se aficiona al hombre y le es útil, persiguiendo en las casas



una multitud de animales dañinos y muy particularmente los ratones, á los cuales acecha, á veces un día entero, hasta apoderarse de alguno con el cual juguetea un rato hasta que se cansa y lo mata.

El gato es de color vario ; los hay negros, blancos, cenizos, amarillos, veteados, etc. ; la cualidad que en él predomina es la *limpieza*, hasta el punto de ser considerado por los naturalistas como el más aseado de los animales ; busca los muebles más mullidos, blandos y limpios para reposar, nunca toca inmundicias y hasta entierra su propio excremento. Tiene siempre la piel tan limpia y seca, que si se le frota con fuerza se desprenden de ella chispas eléctricas. Aunque pertenece á la clase de las fieras, está tan domesticado,

que en todas partes se le ve vivir con otros animales en la mejor armonía.

La hembra es muy amante y cariñosa con sus hijitos, los cuida con maternal solícitud y los esconde del macho que es propenso á devorar su prole. Estos hijuelos llegan á su completo desarrollo á los diez y ocho meses, y viven de nueve á diez años.

Aunque menos que otros animales, el gato da pruebas de afecto al que lo trata bien.

## Lectura XV.

### La virtud.

Tú eres ahora un niño, pero luego serás grande; entrarás en la sociedad de los hombres, y debes saber cumplir tus deberes para con tus padres, para con los superiores y para con los demás. Para que puedas desempeñar bien estas sagradas obligaciones, has de ejercitarte en la sumisión al maestro; debes abrir tu corazón al amor y gratitud que los hijos bien nacidos sienten por sus padres; debes acostumbrarte á ser amistoso y servicial para con tus discípulos, y caritativo con los pobres que sufren. Si te conduces así desde tus más tiernos años, no te será difícil vivir dignamente entre los hombres, y ganarte su aprecio y la reputación de hombre honrado.

Te llamarán virtuoso, si tu ánimo se educa con tanta nobleza que logre vencer las pasiones; si sabes, no sólo dejar de hacer el mal á tus semejantes, sino también prestarles útiles servicios, y

especialmente á aquellos que te hubiesen causado algún daño. Es un hombre virtuoso el que, sin ser rico, divide su pan, su ropa y su casa con el pobre, y el que, por salvar los intereses ó la persona de otro, se expone á un evidente peligro.

Conservar la pureza del corazón, no juzgar con mal espíritu las acciones de los demás y estar siempre dispuesto á ser tolerante con los defectos y faltas del prójimo, son cualidades que contribuyen en gran manera á formar el carácter del hombre virtuoso.

Caridad para el pobre y el desgraciado, bondad y perdón para el culpable.

Hijo mío, tú estás obligado á ser honrado; y si quieres gozar de los más puros deleites del alma, si quieres que resuenen en tus oídos las dulces alabanzas y las bendiciones de los hombres, si quieres finalmente honrar á tu Patria, honrar tu nombre y el de tus padres, sé virtuoso!

## Lectura XVI.

### La niña caprichosa.

Nada hay que haga tan simpática y amable á una niña, como la dulzura de carácter.

Por desgracia, no comprendía esto Inés, que se dejaba llevar amenudo de sus caprichos, y se encolerizaba si no podía satisfacerlos.

Cuando era muy pequeña, su mamá la había tratado siempre con tanta bondad, que Inés se acostumbó á que en todo se le diera gusto; y de aquí



provenía su facilidad en irritarse, cuando de alguna manera se sentía contrariada.



Junto con su crecimiento, se manifestó en esta niñita cada día más notable su carácter caprichoso, de tal manera, que su mamá creyó indispensable corregirla severamente de tan feo defecto.

Sucedió que cierto día fué invitada la mamá de Inés á un paseo al campo, á donde debían asistir otras varias familias, y reunirse por consiguiente muchas niñitas y niños.

Inés estaba contentísima pensando en lo mucho que se divertiría en aquel paseo.

Al tiempo de vestirse, insistió en que le habían de poner un vestido blanco adornado con cintas rosadas. Su mamá le hizo ver que aquel traje



no sería el más propio para jugar y correr por el campo, donde con facilidad podría mancharlo ó romperlo. En consecuencia, indicó otro vestido que podía usar por aquel día.

Inés experimentó tal impaciencia al verse contrariada de esta manera, que se quitó violentamente el vestido que ya tenía puesto, despedazando al mismo tiempo los hermosos lazos de cinta con que estaba adornado, y se fué á sentar á un rincón de la pieza sin decir una palabra.

Al ver aquella extraña conducta, la mamá de la niña comprendió que necesitaba castigarla con severidad; así fué, que en el acto le ordenó se pusiera el traje más ordinario que tenía para usar en la casa, y en vez de llevarla á paseo, la condenó á pasar todo el día en la cocina.

Cuando la pobre niñita quedó sola en la cocina, sin otra compañía que la de su gatito, lloró amargamente y se arrepintió mucho de la falta que había cometido.

Aquel castigo influyó felizmente de una manera notable en un cambio de su carácter, porque desde ese día procuró ser más dócil, y dominar la incomodidad que sentía cuando no podía satisfacer sus caprichos.

## Lectura XVII.

### La lluvia.

Si en un cuarto bien cerrado, se coloca sobre el fuego un tiesto lleno de agua, se ve elevarse bien pronto de la superficie del agua un vapor

azulado. Cuando hierve el agua, este vapor se eleva más espeso. Luego el cuarto se llena con él, y si se continúa manteniendo el fuego, toda el agua encerrada en el tiesto se convierte en vapor.

Este vapor, entre tanto, toca las paredes, las piedras, el hierro de las cerraduras, los vidrios de las ventanas, y estos cuerpos lo enfrían. Este enfriamiento debe producir un efecto contrario al que había causado el calor. El calor había cambiado el agua en vapor, el frío cambia el vapor en agua. Esto último se ve principalmente en los vidrios; primeramente se oscurecen, después se forman pequeñas gotitas, y finalmente, estas gotitas se reúnen, y corren pequeños arroyitos á lo largo de los vidrios. Si se pudiese recoger toda el agua que proviene de este vapor, se encontraría una cantidad igual á la que se había puesto en el fuego.

En esto tienen, hijos míos, una imágen en pequeño de lo que pasa en la atmósfera y en la tierra. El agua en el fuego, es el Océano calentado por el sol; el vapor, son las nubes: el agua que corre sobre el vidrio de las ventanas, hé ahí los arroyos, los esteros, los ríos. Es necesario que ustedes sepan que á medida que uno se eleva por el aire, la temperatura se pone más y más fría. Aprenderán, cuando estudien geografía, que las cimas de las más elevadas montañas están cubiertas de hielo y de nieves eternas. Por esto es que las cordilleras, que son las montañas más elevadas de la América, porque tienen más de cuatro mil metros sobre el nivel del mar, tienen su cima enteramente blanca con la nieve, aun en verano. Al pie de ellas el calor es sofocante; pero, á medida que se sube, el

calor disminuye, y se llega á una región en que los árboles no pueden echar raíces, en que la naturaleza está muerta, en que mares de hielo, masas enormes de nieve están acumuladas desde muchos siglos.

El calor del sol reduce á vapor las aguas del mar. Este vapor se eleva al aire y llega bien pronto á una altura en que hace frío: ahí, experimentan un primer enfriamiento; se acumulan, y nos presentan esas grandes y bellas masas que toman tan diversas formas, y que llamamos nubes.

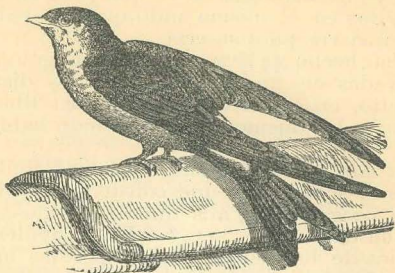
Después estas nubes, columpiadas en los aires por el viento, se enfrían repentinamente, se cambian en agua y se deshacen en lluvia. Aquellas nubes que son arrastradas á la cima de las elevadas montañas, quedan en ellas en forma de nieve, y producen los hielos. Estas nieves y estas lluvias eternas, dan nacimiento á las fuentes y alimentan los arroyos, los esteros y los ríos, que llevan al mar las aguas que han salido de ella. Son reducidas de nuevo á vapor para principiar el mismo viaje, sin que pueda tener fin este admirable fenómeno, mientras existan el sol y la tierra, tales como son.

## Lectura XVIII. .

### Las golondrinas.

Yo conozco algunos malos niños que se divierten en coger vivos á los pajarillos para atormentarlos, quebrándoles las alas ó atándoles un hilo para dejarlos volar por un momento y luego hacerlos caes de nuevo. Eso manifiesta siempre un mal

corazón, porque sólo así puede alguien encontrar placer en atormentar á las avecitas del cielo, que



Dios ha puesto en el mundo para que alegren los campos y los bosques con sus dulces cantos.

Las golondrinas son unas avecitas muy hermosas y delicadas, que todos ustedes conocen bien. Ellas son los huéspedes de nuestras casas, donde van á buscar refugio, ya bajo un tejado, ya en un hueco cualquiera de la pared.

La golondrina no puede vivir en jaula. Vive volando: come, bebe, se baña y hasta da el alimento á sus polluelos volando. Ya se eleva á lo más alto en los aires, ya se arrastra casi tocando la tierra de donde toma los escarabajos y otros insectos que hacen daño á las cosechas.

Todos los años, cuando comienzan á sentirse los primeros fríos de otoño, se reúnen las golondrinas en grandes bandadas y se van á los países cálidos, de donde no vuelven hasta que han pasado los fríos y principia la primavera.



¡ Cosa singular ! su instinto las lleva siempre á los mismos lugares donde han pasado los años anteriores, y muchas veces se ve que vuelven á poner sus huevitos en el mismo nido que les había servido ya una vez para su cría.

Se ha hecho la experiencia con golondrinas, que llevadas en una jaula á grandes distancias, han vuelto, en cuanto recobraban su libertad, á aparecer en los mismos lugares donde habían sido criadas.

Otra cosa que sorprende en estas lindas ave-cillas, es la solidez con que construyen sus nidos. Ustedes preguntarán, mis queridos niños, ¿ quién les ha enseñado eso . . . ? La Providencia, el buen Dios de los cielos que vela por las necesidades de todos los seres de la creación, hasta del último insectillo que se arrastra por el suelo, ha dado esa ciencia á las golondrinas sin que tengan necesidad de estudios para adquirirla. Las más jóvenes no toman lecciones de sus madres ; y sin embargo los nidos de las golondrinas se ven hoy, como se vieron hace mil años, contruidos de la misma manera y con los mismos materiales.

Todos los nidos tienen una abertura, hecha en la parte superior de ese curioso edificio. El interior está adornado con plumitas muy suaves y delicadas recogidas en los campos ó gallineros, ó con hilachas de lana ó pedacitos de paja. La madre calienta sus huevecillos, sin abandonarlos un instante, y mientras tanto el macho se ocupa en buscar el alimento para la familia.

Cuando los polluelos comienzan á romper el cascarón, sale también la madre, pero siempre sin alejarse mucho del nido, á buscar el grano más



delicado para sus tiernos hijos, y cuando principian á ensayar el vuelo, los acompaña y sostiene con maternal solicitud.

## Lectura XIX.

### Honradez.

Lo que hayas recibido de tus padres por tu buena conducta y lo que adquieras con tu trabajo, será tuyo; lo demás no te pertenece, y serías un ladrón si usurpases los bienes de otro con la violencia ó con el engaño. Además, si fuera lícito poner la mano en la propiedad ajena, por igual razón sería lícito á los demás apoderarse de lo tuyo. En tal caso, nadie tendría seguridad de poseer sus bienes ni el fruto de su trabajo. Los más fuertes asesinarían á los más débiles para apoderarse de todos sus bienes, y los hombres vivirían en continuas zozobras y pleitos; pero las leyes y los tribunales de los hombres, reunidos en sociedad, han evitado estos graves desórdenes. Prohíben las leyes que nadie se apropie lo que es de otro; los tribunales hacen justicia á todos, castigan con multas, con prisiones y hasta con la muerte á los que violan las leyes.

No es permitido tomar una fruta ó una flor del jardín de otro, y ni aun podrías hacerlo en tu casa sin el permiso de tus padres, que son dueños de todo porque lo adquirieron con su trabajo.

No sólo se llama robo lo que se toma á otro indebidamente, sino que se comete la misma falta reteniendo lo que se ha encontrado, si se descubre

quien es su dueño. Así, pues, si encuentras una cosa, ó si alguien te da lo que sabes de cierto que pertenece á otro, debes devolverlo al momento.

Llegarás á ser un día agricultor ó comerciante y tendrás tú mismo que vender y comprar: conviene pues, que grabes desde ahora en tu memoria estos sanos principios, y que sepas que son verdaderos delitos los fraudes que se hacen en las compras, ventas y cambios. Roba al comprador el que vendiéndole alguna cosa, lo engaña en el peso, en la medida ó en la calidad; roba el comerciante, el administrador, el dependiente ó cualquier otro que habiendo causado algún daño, no lo repara al instante.

Los vicios de la ociosidad, de la embriaguez y del juego conducen al hombre á la miseria; y si el que se ve privado del dinero indispensable para atender á sus necesidades, se entrega al robo ó á la estafa, tendrá un fin muy desgraciado.

## Lectura XX.

### Los animales.

Los animales han sido creados para el placer y uso del hombre, jefe de todos, porque es el único racional. Ellos sienten y sufren lo mismo que aquel y por eso nunca debemos maltratarlos: y sí compadecerlos y cuidarlos con todo el cariño que merecen; así se acostumbrará nuestro corazón al bien, y siendo buenos para con los animales, seremos mejores para con nuestros prójimos.

Recuerda, hijo mío, las dos sublimes máximas

del célebre Bernardino de St. Pierre que dicen: la 1.<sup>a</sup> “No es la violencia y la astucia las que han



domesticado los animales, sino los beneficios que el hombre les ha hecho”; y la 2.<sup>a</sup> “No inspiréis jamás á los niños afición á las experiencias crueles; si son bárbaros hacia los animales inocentes, no tardarán en serlo para con los hombres. Antes de asesinar á sus conciudadanos, Calígula se había ejercitado en matar moscas. *La moral del hombre con el hombre principia por la del niño con los insectos.*”

Al contemplar el sublime espectáculo que presenta la vida animal, cuyos interesantes pormenores revelan el divino origen de todo lo creado.

eleva tu espíritu á Dios y manifiéstale tu gratitud por los beneficios que á manos llenas ha derramado sobre la especie humana. En cada uno de los animales que vas á conocer, en todas las acciones de su vida, descubrirás alguna prueba evidente de la sabiduría y la infinita bondad del que dándonoslo todo, sólo nos pide en cambio que lo amemos sobre todas las cosas. Y ¿cómo no amarlo, cuando ese sentimiento ennoblece nuestro corazón y es la fuente de nuestras más puras afecciones, del amor de padre y madre, del de hijo y hermano, del de esposa y prójimo; cuando, por último, constituye la más inestimable prenda que puede llegar á poseer el hombre, la rutilante estrella que nos guía por el camino del bien y que nos conduce al cielo, donde toda virtud encuentra su recompensa?

## Lectura XXI.

### Como se trabaja sin capital.

Blas era un excelente muchacho; activo y de buena voluntad para con todo el mundo.

Su padre había muerto, y su madre estaba muy pobre.

Blas tenía además una hermanita, de edad de seis años, que él amaba tiernamente.

El niño veía que su pobre madre trabajaba constantemente, y que á pesar de esto, no tenía muchas veces con que alimentar, sino de una manera muy escasa, á su pequeña familia; así que no pensaba sino en encontrar algún trabajo á fin de ayudar á su madre y hermanita.



Cierto día que el buen Blas andaba por la calle pensando en estas cosas, encontró á un caballero



que buscaba con mucha ansiedad una cartera que había perdido. Blas que, como hemos dicho, era un muchacho activo y servicial, se puso en el acto á buscar la cartera perdida, y tuvo la suerte de encontrarla. El caballero le dió un peso fuerte en recompensa de este servicio.

Blas podía haber guardado para sí la cartera de aquel caballero, que estaba llena de dinero, porque nadie lo había visto en el momento de encontrarla; pero él era un muchacho honrado y sus buenos padres le habían enseñado que jamás debía tomar lo ajeno y que aún, si se llegaba á encontrar alguna cosa que pareciera no tener dueño, debía hacer siempre lo posible por averiguar á quien pertenecía, á fin de restituirla.

Dios premió, por otra parte, su honradez; por



que el peso fuerte que recibió del caballero, fué el origen de la fortuna de aquel buen niño. Con aquella pequeña suma compró una caja, tres cepillos y betún ó unto de zapatos, y se colocó en una esquina de la calle, diciendo á los pasantes que no llevaban su calzado limpio :

— ¿ Quiere usted que le limpie sus botas, señor ?

Como era Blas un muchacho atento y cortés, los caballeros comenzaron pronto á fijarse en él.

El primer día alcanzó á ganar medio peso, y ustedes no podrán jamás concebir la alegría con que aquel buen muchacho dió esa noche á su madre el dinero, fruto de sus primeros trabajos.

La desgraciada viuda lo abrazó llorando y le dijo :

“ Eres un buen hijo, mi querido Blas. Yo apenas podía ganar lo suficiente para mantenerte á tí y á tu hermanita ; pero si tú vienes en mi ayuda, Dios te premiará, y podremos ya vivir más tranquilos.”

Así fué, en efecto, porque Blas siguió trabajando asiduamente ; y como, obedeciendo á los consejos de su madre, asistía á la escuela nocturna, pudo hacer su educación, y algún tiempo después se colocó en un almacén de comercio.

De esta manera, amigos míos, comprenderán ustedes como aquel pobre niño, que no tuvo otro principio que el de un humilde limpiabotas, llegó á ser un día un comerciante rico, y pudo rodear á su madre de toda clase de comodidades y dar á su hermanita una excelente educación.

## Lectura XXII.

## Marcelo.

Yo conocí una vez á un niño que se llamaba Marcelo.

No tenía padre ni madre, y se había criado al lado de su abuela que lo quería mucho; pero la buena señora tenía un carácter tan débil, que jamás se resolvía á corregir los defectos de aquel niño.

Así fué, que desde la edad de seis años, se acostumbró el pequeño Marcelo á introducirse furtivamente en los huertos y jardines de los vecinos, donde tomaba frutas que se comía á escondidas.

Los vecinos se quejaron á la abuela, y ésta tuvo mucho pesar de saber la mala conducta de su nietecito; pero sólo le dirigió una suave amonestación, diciéndole que esperaba que con el tiempo se corregiría.

Esto fué todo; pero la buena señora se equivocaba, porque lejos de corregirse Marcelo, se vió que su funesta inclinación á tomar lo ajeno aumentaba con los años.

Cuando llegó á tener doce años, se juntó con otros malos muchachos del pueblo, que se ocupaban en robar durante la noche los huevos y gallinas de las casas vecinas, que uno de ellos llevaba después á vender al mercado. Como era de esperarse, llegó un día en que Marcelo y sus compañeros fueron sorprendidos y llevados delante del juez, quien los condenó á prisión.

La pobre abuela murió de pesar y vergüenza al ver condenado á prisión á su nieto, que tanto

amaba, y que había esperado sería el único apoyo de su vejez.

Con todo, no pudo dejar de reconocer que ella tenía, en mucha parte, la culpa de su desgracia, porque si hubiera corregido severamente á su nieto desde la infancia, no habría vuelto á cometer las mismas faltas.

Entretanto, Marcelo, que se encontró sólo y sin apoyo alguno en el mundo, continuó frecuentando las mismas malas compañías que lo habían arrastrado á la cárcel por la primera vez.

Los cariñosos y saludables consejos de su bondadosa abuela volvían con frecuencia á su memoria, y su conciencia le recordaba siempre que debía detenerse en el camino extraviado que seguía; pero sus malas inclinaciones, y sobre todo los funestos consejos de sus compañeros, le hacían olvidar todo; y de esta manera continuó aquel desgraciado su criminal carrera, yendo por fin á morir sólo y abandonado de todos en un hospital . . .

Recordad, hijos míos, este triste ejemplo, y no os quejéis nunca de que vuestros padres os castiguen. Por el contrario, acordaos de que es su cariño y el interés que tienen por vuestro bien lo que les obliga á castigar vuestros defectos, á fin de que no volváis á repetir las mismas faltas y de que éstas no os conduzcan algún día al triste fin que tuvo el pobre Marcelo.

## Lectura XXIII.

## Crueldad con los pajarillos.



¡Qué crueles son esos muchachos!

¿Por qué quieren matar á ese pobre pajarito?

Él no les ha hecho ningún daño; y sin embargo, esos dos malos niños se encarnizan en su persecución, á fin de matarlo á pedradas y á palos.

¿No es verdad que es necesario tener un mal corazón para maltratar de esa manera á un pobre animalito tan inofensivo?

Desgraciadamente hay, hijos míos, muchos niños, que sin darse cuenta de lo que hacen, y sin pensar en que todos los animales tienen sensibilidad, se complacen en martirizarlos ó en matarlos.



Imaginense ustedes que esa pobre avecita, que ven en la lámina de esta lectura, tenga su nido con sus hijuelos, cerca del lugar en que la han encontrado los muchachos que la persiguen. Es indudable que muerta ella, perecerán también de hambre esos pajarillos, porque no tendrán quien les lleve el alimento todos los días como lo hacía su madre, y ellos no podrán volar por sí solos para buscarlo.

De esta manera, se ve que el daño que cometen esos niños es mucho mayor, porque no destruyen una sólo vida sino una familia entera; y ya podrán ustedes suponer, que si todos los niños hicieran lo mismo, se acabarían las aves en nuestro país.

El cuidado y la protección á las aves no sólo es un deber de humanidad, sino también una necesidad para su conservación, porque prestan muchos servicios útiles. Los pájaros destruyen muchos de los insectos que hacen daño á las plantas y á los árboles, y por esto hay muchos países en que se les dispensa una protección especial.

En Nueva York apareció una vez una plaga de insectos en los árboles de los paseos públicos. Los árboles se secaban rápidamente; y sólo se pudo poner remedio á este mal, trayendo de otros lugares gran cantidad de pajaritos, que se habituaron á vivir en esos árboles, porque les colocaron en ellos unas casitas de madera para sus nidos, y además les daban de comer todos los días.

En muchos lugares de Europa se castiga con multa, y aun con otras penas, á todo el que tira una pedrada á un pájaro ó que de cualquiera manera lo maltrata; y en Venecia hay una gran can-



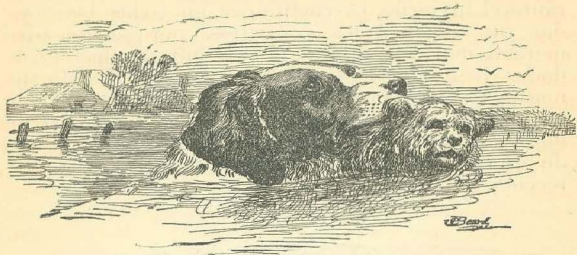
tividad de palomas, cuyo alimento diario es pagado con el dinero que todos los años se destina á este fin por la ciudad.

Además, en los países en que cae nieve durante el invierno, es costumbre en todas las casas dar de comer á los pajarillos, porque de otra manera morirían de hambre; y hay muchas sociedades de hombres de buen corazón, que sólo tienen por objeto proteger y alimentar á las aves de los campos que, cuando éstos están cubiertos de nieve, no pueden encontrar las semillas ó yerbas de que se mantienen, y perecerían sin esa protección.



## Lectura XXIV.

## El perro.



He aquí uno de los animales más notables; todas sus cualidades lo hacen superior á los demás animales; ninguno más leal, activo y obediente; es el amigo del hombre y merece el mejor tratamiento de su parte; su gran sagacidad, valor y feroces instintos, en el estado salvaje, hacen de él un formidable enemigo de los demás animales; pero en la vida doméstica, toda su ambición se reduce á ser útil y agradar al hombre; constitúyese en esclavo suyo, se le acerca con tímido respeto, y humildemente pone á sus pies la fuerza, el valor y demás cualidades útiles con que la Providencia lo ha dotado; espera siempre sus órdenes y parece pendiente de sus miradas, á las cuales obedece con asombrosa sagacidad; por lo regular no acomete al hombre sino cuando cree amenazados los intereses ó la persona de su dueño.

Constante en sus afecciones y sumamente agradecido, nunca hace traición á su amo, y si alguna vez lo ve enojado, trata de ablandarlo á fuerza de humildad; cuando lo dedican á custodiar la casa, parece orgulloso del cargo que desempeña, y como fiel centinela, antes muere que abandonar su puesto. El hombre ha dividido con él el imperio del mundo; los rebaños y manadas que necesitan de la protección humana obedecen á su voz más prontamente que á la del pastor; él los custodia y guía sin dejarlos salir de ciertos límites, y los enemigos de aquellos son sus propios enemigos. Ningún animal posee un olfato más desarrollado, lo que, unido á su fuerza y dulzura, le ha valido ser nuestro aliado contra los demás animales.

El perro habita todos los países; sus especies y variedades son numerosas; lo mismo debe decirse de su color y tamaño. Se alimenta de sus



tancias vegetales y animales; pero prefiere estas últimas.

Con frecuencia se le ve desempeñar nobles encargos: en el *Monte San Bernardo*, salva la vida de muchos seres humanos expuestos á perecer entre el hielo; en Terranova y otros puntos arranca á las olas los infelices náufragos; en una palabra, puede decirse que casi siempre se sacrifica por el hombre; su *abnegación* no tiene otro límite que la muerte; es el tipo de la *fidelidad* y de la *gratitud*, de la *constancia*, de la *obediencia* y de la *humildad*.

## Lectura XXV.

### La llama.

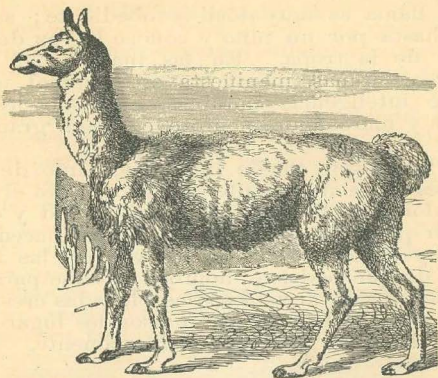
Hay en América muchas regiones montañosas y desiertas en que los viajes y el transporte de mercaderías son muy penosos. No hay en ellas árboles ni agua, excepto á grandes distancias. Hace generalmente mucho calor; y además el suelo está cubierto de arena ó de un polvo fino, que se levanta con el paso de los animales y hace la marcha muy fatigosa.

Pero la sabia providencia de Dios, que en todas partes se nos manifiesta de una manera tan evidente, ha colocado en esas regiones un animal verdaderamente precioso, que parece criado expresamente para vivir y prestar en ellas los servicios que ningún otro podría desempeñar.

Este animal es la llama, amigos míos; que hace en la América del Sur el mismo oficio que el camello en los desiertos del África.



La llama es un animal utilísimo, porque no sólo sirve como bestia de carga y produce una



lana, que aunque algo inferior á la de la oveja es mucho más abundante, sino que hasta con su carne procura alimento á los habitantes de los países en que se encuentra. Además el cuero, que es poco menor que el de un caballo, sirve también para muchos usos.

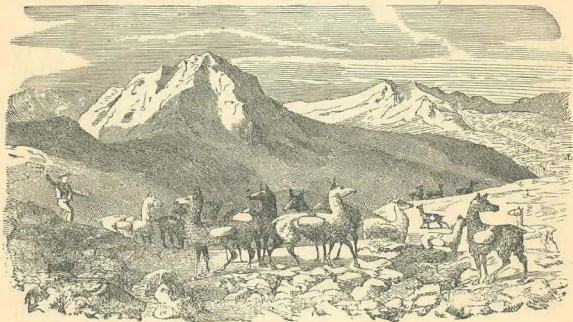
Pero, lo que hace á este animal muy útil como bestia de carga, es su extremada frugalidad. En efecto, no sólo se mantiene con muy poca cantidad de pasto ó de granos, sino que puede pasar días enteros sin beber agua. La llama lo mismo que el buey, la oveja, el camello y otros animales que rumian, tiene varios estómagos en que conserva su



alimento; de manera que después de llenado ese depósito, se sirve de él durante los días en que nada puede comer.

La llama es muy dócil y obediente; se deja guiar hasta por un niño y conoce la voz del conductor de la tropa. En las marchas al través de las montañas, manifiesta este animal un instinto é inteligencia notables, evitando los precipicios y marchando siempre con una gran prudencia.

La carga que puede llevar cada uno de estos animales es relativamente pequeña; pero el reducido valor que ellas tienen, y la facilidad y economía con que se les puede mantener, las hacen siempre muy útiles é importantes, y acaso las únicas bestias de que podría el hombre servirse para atravesar los vastos arenales y las elevadas crestas de la cordillera de los Andes, que son los lugares por donde las llamas transitan ordinariamente.



## Lectura XXVI.

## El mejor médico.

Una caritativa señora llamaba á la puerta de la casa donde habitaba la familia de un honrado obrero.

Al entrar, quedó sorprendida viendo la palidez de los niños que habían venido á abrirle.

Un cuarto, húmedo y oscuro, donde ardía un poco de leña durante el día, servía en la noche de dormitorio á los padres é hijos.

La madre estaba enferma en cama, pálida y descarnada; sus ojos parecían próximos á cerrarse para siempre.

La pobre mujer se quejó amargamente, que ella, tan sana y robusta en otro tiempo, estaba desde largo tiempo en un estado enfermizo que le impedía desempeñar sus quehaceres y ayudar á su esposo á ganar el pan cotidiano de sus hijos.

— Buena mujer, dijo la señora, yo conozco un excelente médico; estoy segura que él conseguirá salvarla si usted recurre á él.

La madre miró tristemente á la visitante; pero lágrimas de dolor vinieron á sus ojos, pensando en que su extremada pobreza no le permitía pagar á ese buen médico.

— Tranquilícese, repuso la señora, el médico de que le hablo no pedirá dinero. Cura á sus enfermos gratuitamente.

Dicho esto, abrió de par en par la única ventana que dejaba pasar la luz en aquel lugar de sufrimiento.

— Señora, dijo la pobre enferma, usted es muy

bondadosa trayéndome algún consuelo. Si quisiera indicarme la dirección del médico . . .

— No hay para que ocuparse de eso, mi buena mujer, respondió la señora; en este momento entra en su casa el gran médico: *que es el aire.*

Todos están aquí enfermos, porque viven en un cuarto estrecho, donde no puede renovarse el aire.

Salgan de esta habitación, y si no pueden hacerlo ó se ven obligados á permanecer en ella, introduzcan todo el aire posible, procurando renovarlo con frecuencia. Además, el aseo de la pieza es indispensable, lo mismo que el de la ropa, y el de ustedes mismos y de sus niños.

De esta manera, volverá el buen color al rostro de estos niños, y la salud de usted misma que, esté segura de ello, se está envenenando lentamente con el aire malsano que aquí se respira.

Además, es bueno salir con frecuencia en los momentos de descanso y llevar á los niños á respirar con todos sus pulmones el aire puro del campo, que es el agente benéfico con la ayuda del cual se recobrará usted pronto, y volverá la salud á sus hijos enfermizos.

## Lectura XXVII.

### Las flores en el dormitorio.

Enrique era un niño muy afecto á las flores.

Las cultivaba en su jardín y adornaba con ellas todas las ventanas de la casa. Hasta su dormitorio estaba siempre tapizado de maceteros de flores y plantas raras.

Varias veces, durante la noche, se había sentido Enrique ligeramente indispuerto; pero tomaba un vaso de agua y cesaba el mal estar.

Cierta noche de invierno, que había cerrado bien las puertas de su aposento y aun pegado papel en las ventanas, para impedir la entrada del aire; Enrique despertó súbitamente á media noche, sintiéndose casi ahogado.

Con la cabeza pesada y respirando trabajosamente, se dejó caer de su cama y corrió hacia la puerta; pero cayó antes de poderla abrir.

Acudieron en el acto sus padres despertados con el ruido de la caída, y encontraron al niño tendido en el suelo sin conocimiento.

Lo trasladaron á una pieza vecina, abrieron las ventanas y le rociaron el rostro con agua fresca. Al mismo tiempo, mandaron llamar al doctor, que vivía cerca de allí.

Ya había vuelto en sí Enrique cuando llegó el doctor. Después que éste examinó al enfermo, reconoció el aposento y dijo:

— Su indisposición, amiguito mío, ha sido causado por las exhalaciones de las plantas que hay en su dormitorio.

Debe usted saber que la respiración de las plantas tiene algo de raro: durante el día descomponen el ácido carbónico, es decir, el gas del carbón esparcido en el aire, absorbiendo el carbono y arrojando el oxígeno; pero lo contrario sucede durante la noche, y así es como envenenan el aire con ese ácido que es peligrosísimo, y el veneno más terrible para todos los seres orgánicos.

La proximidad de las plantas, tan saludable durante el día, es malsana en la noche y muy peli-

grosa cuando uno está encerrado con ellas en un aposento.

Si este niño no hubiera despertado, agregó el doctor, dirigiéndose á los padres de Enrique, talvez le hubieran encontrado al amanecer muerto en su cama.

Tened las flores durante la noche fuera de los aposentos, y no olvidéis, hijos míos, los terribles efectos que ellas pueden producir.





# Sección III.

Lectura I.

El agricultor.



David había ido á pasar una temporada de campo á la propiedad de su tío, el Señor Arana.

El niño se encontraba muy contento y feliz en medio de la vida tranquila de los campos, y gozando de todas las bellezas del risueño paisaje que ofrecía aquella localidad.

El señor Arana era uno de los agricultores más inteligentes y acaudalados de la comarca, de manera que su propiedad se encontraba admirablemente trabajada y era señalada como una finca modelo.

David, niño inteligente y dotado de un espíritu observador bastante notable para sus pocos años, admiraba cuanto veía en la propiedad de su tío.

Aun cuando los otros niños que había en la casa lo invitaban constantemente á salir á jugar y correr por los campos, persiguiendo mariposas ó cazando pajaritos, David prefería ir á ver las diversas faenas en que se ocupaban los campesinos, y observaba con atención y entusiasmo todas las operaciones de la cosecha.

Cierto día que su buen tío lo llevó á dar un paseo por los extensos campos de su propiedad, dijo David :

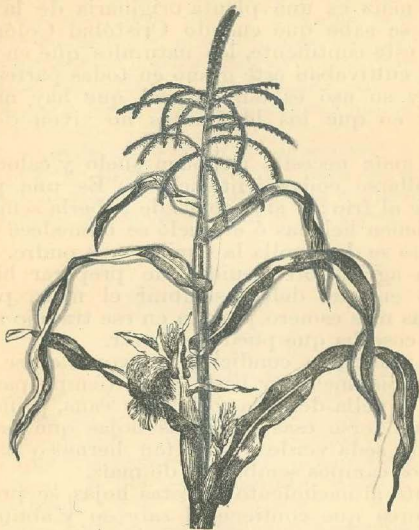
— ¡Cuánto me gustaría, querido tío, ser agricultor !

— No es ese un mal deseo, mi buen David, contestó el tío, porque es una profesión útil y honorable. Pero, quisiera saber que es lo que te llama la atención en la profesión de agricultor.

— ¡ Oh ! tío, se me figura que es un placer muy grande el de vivir y trabajar en el campo, en vez de estar siempre encerrado en un cuarto. Además todas las operaciones de la cosecha, que ahora he estado observando, son tan alegres y tan animadas,

## Lectura III.

## El maíz.



Pocas plantas se encuentran en América que sean más abundantes y conocidas que el maíz.

Pero, aunque puedan ustedes creer que hay muy poco que decir sobre un vegetal tan común, deseo por esto mismo que nos ocupemos hoy de

él. Más de una vez he tenido ocasión de manifestar á ustedes, amigos míos, que nada se encuentra en la creación que no sea interesante y digno de estudio.

El maíz es una planta originaria de la América, y se sabe que cuando Cristóbal Colón descubrió este continente, los naturales que en él encontró, cultivaban este grano en todas partes.

Hoy su uso es tan general, que hay muchos parajes en que los habitantes no viven de otra cosa.

El maíz necesita un buen suelo y calor para desarrollarse convenientemente. Es una planta sensible al frío; y si después de haberla sembrado sobrevienen heladas ó el suelo se humedece demasiado, no se desarrolla la semilla y se pudre.

Los agricultores cuidan de preparar bien el terreno en que deben sembrar el maíz, porque mientras más esmero pongan en ese trabajo mayor será la cosecha que pueden esperar.

La planta, en condiciones favorables, se desarrolla rápidamente, y basta poco tiempo para ver que de aquella delgada y flexible caña, principian á desprenderse esas hermosas hojas que parecen cintas de seda verde y que tan hermoso aspecto dan á los campos sembrados de maíz.

Junto al nacimiento de estas hojas, se produce la mazorca que contiene el sabroso y abundante fruto del maíz.

Ustedes conocen muchos de los usos á que se dedica el maíz en nuestra patria; pero es difícil que sepan la infinidad de aplicaciones que tiene en los diferentes países de América, no sólo en variadas preparaciones para comerlo sino para objetos de

industria. Así, hay lugares en que se extrae azúcar y melaza del tallo de la planta. En otras, además de las diversas clases de harina, se obtiene también del grano, aguardiente y una clase particular de aceite. Por último las hojas, tanto de la mazorca como de la planta misma, se usan en varios puntos de América; las primeras para hacer cigarillos de fumar, y las últimas para diversos tejidos, para hacer cestas, llenar colchones y otros varios objetos.

Finalmente, si el maíz es un vegetal útil para el hombre, no es menos precioso para los animales que, saben ustedes, les gusta tanto comerlo, como los caballos, las vacas y las aves de corral.

## Lectura IV.

### El honor.

El dinero, las joyas y los muebles pueden ser robados por los ladrones; las casas y las mercaderías pueden ser destruidas por los incendios ó por los naufragios; finalmente, pueden ocurrir desgracias que nos hagan perder todos nuestros bienes dejándonos tan pobres y desnudos como el día en que nacimos.

Al que hubiere sido humano y benéfico, le socorrerán aquellos á quienes hizo algún bien, y podrá con una constante aplicación al trabajo recuperar sus bienes; pero, ¡infeliz de aquel que haya perdido *el honor* cometiendo alguna acción vergonzosa! Todo el oro del mundo no bastará jamás para borrar la deshonra . . .



El honor, ó *la opinión de ser hombre de bien* es la cosa más apreciable. Hijos míos, vivan, si es menester, á pan y agua; pero vivan honrados.

El que estime su reputación, reflexione que los demás deben ser igualmente celosos de la suya; y por lo tanto guárdense de mancharla, inventando falsedades ó publicando sin necesidad sus debilidades.

De la misma manera debemos defender el honor de nuestros amigos, principalmente cuando ellos estén ausentes. Esta es la más sagrada obligación que nos impone la lealtad y cariño que debemos tener por nuestros amigos. El que procede de diversa manera, y tolera por consideraciones para con los demás, que se ofenda el honor de un amigo ausente, manifiesta ser un egoísta y un cobarde.

Se ofende el honor con las injurias y calumnias: así pues, con cualquiera que hablen ustedes, aunque sea el hombre más despreciable deben abstenerse de tratarlo con insulto. Y para que no les vengan jamás á los labios esas palabras descomedidas, eviten en lo posible toda cuestión desagradable, procediendo siempre con calma y con dignidad. Si han faltado en algo, confiésenlo, que es el único medio de calmar la irritación y de salir con honor de todo apuro.

Los que no saben refrenar su lengua, y pronuncian palabras descompuestas y picantes, no deberán extrañar que les llamen groseros y mal educados, y que todos rechacen su compañía.

## Lectura V.

## El trigo.



LUIS. — Señor, yo quisiera saber cómo nace el trigo y cómo es que un solo grano puede producir tantos.

EL MAESTRO. — Hijo mío, me preguntas una cosa cuya explicación nadie ha dado ni dará jamás. No necesito repetirte como se prepara la tierra, pues lo has visto otras veces: cuando el arado ha abierto los surcos, y la tierra se encuentra ya bien preparada y expuesta á los rayos del sol y del aire, siembra el labrador el grano de manera que caiga

igualmente en todas partes, y en seguida se remueven los surcos con el rastrillo para que la tierra caiga bien sobre el grano sembrado, cubriéndolo bastante, tanto para sustraerlo á las aves é insectos dañinos, como para que el calor y la humedad lo hagan crecer.

Ese pequeño grano se hincha por la acción de la humedad y del sol: después aparece un pequeño brote apenas visible, sale fuera de la tierra y al mismo tiempo se ven nacer por el otro extremo del grano las raíces que después sostienen la planta.

Este pequeño tallo tan débil y delicado es, sin embargo, bastante fuerte para romper la tierra que lo cubre y salir afuera encontrando su vida en el aire, al mismo tiempo que la raíz halla la suya en el suelo.

Después de haber permanecido así algún tiempo, aparece verde, color que conserva hasta la época de la madurez, en que convertido ya en un fuerte y hermoso tallo cargado de bellas espigas, cambia su color verde en un rubio dorado.

LUIS. — Y bien ¿ por qué tiene el trigo un color verde al principio ?

EL MAESTRO. — Porque evidentemente Dios lo ha dispuesto así.

Según la opinión de los sabios el verde resiste mejor que otro color el frío, y en la naturaleza vemos que las hojas de los árboles y de las plantas son todas verdes como así mismo la yerba: es un color que lejos de fatigar la vista la deleita, siendo así un goce más para el hombre.

El grano se endurece en la espiga cuando tiene ya bastante fuerza, según el mayor calor del sol

que ha recibido. La cubierta únicamente se pone amarilla porque si se parte un grano de trigo se ve su interior completamente blanco.

LUIS. — Pero ¿cómo puede un solo grano producir una espiga que contiene sesenta y hasta cien granos? Comprendo eso en los árboles que tienen ramas; pero la espiga no las tiene.

EL MAESTRO. — Hay muchos otros que como tú no lo comprenden. Los sábios dicen que la naturaleza lo quiere así: yo digo que Dios en su sabiduría lo ha dispuesto así para nuestra mayor utilidad.

LUIS. — Si en lugar de tantos granos pequeños no hubiera sino uno solo en cada espiga y tan grande como mi puño, sería mucho mejor, pues no habría necesidad de trillarlo y se cosecharía como se toman las frutas sin ese trabajo.

EL MAESTRO. — Vamos; es lástima que Dios no haya consultado al señorito Luis porque de ese modo todo habría salido mejor; ¿no es verdad? Desgraciadamente no ha tenido ese trabajo.

— Se puede contestarte, hijo mío, que un grano tan grande como el que dices sobre un tallo débil sería luego derribado por la lluvia y el viento, y así no podría madurar, mientras que muchos granos más pequeños pueden resistir mejor.

Hé aquí, pues, algunas razones y no dudo que Dios haya tenido muchas otras mejores. Conténtate por ahora con las que te he expuesto.

LUIS. — Si las espigas tienen tantos granos ¿cómo es que mi tío Tomás decía el otro día que se alegraría mucho si una fanega de trigo le produjera otras veinte?

EL MAESTRO. — Desde luego, porque las aves é

insectos destruyen una parte de los granos que se han sembrado, y porque otra parte se pudre en la tierra sin poder germinar cuando no es de buena calidad.

También sucede que algunas semillas son más delicadas que las otras y perecen por el rigor del frío. Las heladas del invierno entreabren á veces la tierra, dejando á descubierto algunas pequeñas raíces que el excesivo frío de esa estación destruye en el acto.

Es necesario, mi queridos niños, contentarse con lo que tenemos y creernos muy felices con lo que Dios ha tenido la bondad de darnos; y, ¿no es verdad, hijos míos, que debemos darle las gracias cada día de que atienda á nuestras necesidades, enviando á nuestras mieses la lluvia que las hace crecer, y el sol bajo cuyo influjo únicamente pueden madurar y dar frutos?

## Lectura VI.

### El gato.

¡Mirad ese gato, niños!

¿No es verdad que revela toda la ferocidad de un tigre, al caer sobre su presa?

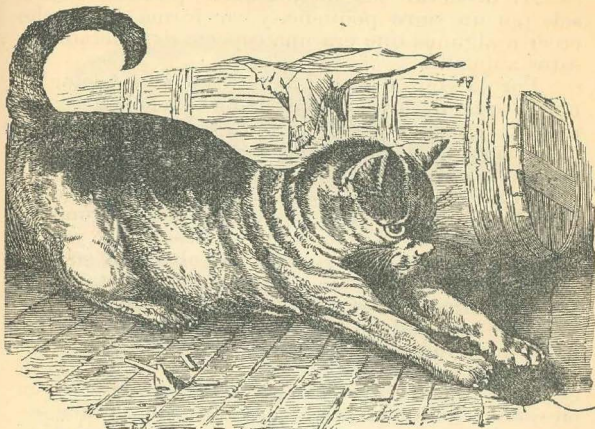
Guardáos de él, hijos míos, y jamás tratéis de irritarlo, porque es un animal receloso y traidor.

Aunque el gato es un animal esencialmente doméstico como el perro, no participa en manera alguna de las nobles cualidades que distinguen á este último.

El gato es el tipo del egoísta; nunca se acerca



al hombre sino por rodeos y rara vez acude cuando lo llaman, á menos que espere recibir alguna cosa.



Cobra más afecto á la casa que al amo, y en el momento de cualquier peligro es el primero en ponerse en salvo; su mirada es p rfida y recelosa aun en los momentos en que manifiesta estar contento con los zumbidos que hace con su garganta.

La ferocidad natural del gato se demuestra cuando est  irritado, y   la verdad que si no fuera por el pequeño tamaño de su cuerpo, sería en esos casos un animal muy temible. Igual cosa se ve cuando pilla alguna rata   un pájaro, porque entonces con sus garras y dientes destroza   la pobre

víctima complaciéndose en hacerla morir lentamente.

Al observar sus inclinaciones, pudiera tomársele por un tigre pequeño, y su forma ha hecho creer á algunos que era una especie degenerada de estos animales.

Por la conformación de sus ojos, ve mejor de noche que de día. Tiene una paciencia extremada; espera la presa sin moverse por espacio de horas enteras, y luego que la tiene á tiro, se echa encima y rara vez se le escapa.

Su mejor cualidad es el aseo y cuida mucho de atusarse el pelo. Á los quince ó dieciocho meses, ya ha adquirido el gato todo su desarrollo, y vive nueve ó diez años. La gata no obstante su proverbial egoísmo, puede decirse que vive tan solo para sus hijos, de los cuales tiene gran cuidado, tratándolos con mucha ternura; y si teme que se los quiten, los toma por el pescuezo, y de uno en uno los traslada á otra parte.

Aun cuando la mayor parte de los gatos viven en estado de domesticidad hay también algunas especies de estos mismos animales que son salvajes. La más general es la del *gato montés* que se encuentra en casi todos los países de América y de otros continentes, viviendo en los bosques. Este gato es como un pequeño tigre, sumamente bravo y montaraz, y vive por lo general trepado en los árboles más altos, acechando á los pajarillos y pequeños animales que persigue con gran paciencia, como el gato doméstico á las ratas.

## Lectura VII.

## La pereza.



Cuando miramos á nuestro alrededor, vemos en todas partes el trabajo y la actividad. El trabajo es el destino del hombre y una ley de su existencia. Todos debemos ganar el pan con el sudor de nuestra frente ó con el trabajo de nuestra inteligencia.

De la misma manera que el labrador fatiga su cuerpo y soporta las inclemencias del tiempo para cultivar la tierra y hacerla producir, el niño que estudia, trabaja con su inteligencia para conservar y retener en su memoria todas las cosas que aprende. Durante la infancia no está aún preparado el cuerpo para las duras faenas que exigen los diversos oficios ó profesiones á que se dedican los hombres; pero en los años que se pasan en la escuela se fortifican y desarrollan sus diversos órganos á fin de prepararlo para el trabajo de la vida, así como se enriquece la inteligencia con el tesoro de conocimientos que proporciona la educación.

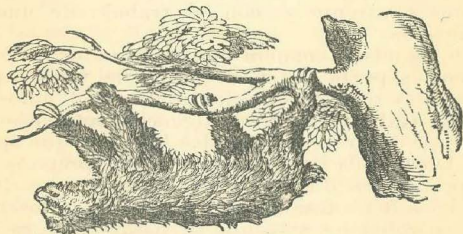
Nada puede permanecer ocioso y sin vida en

el mundo, y si hasta las mismas bestias trabajan ó por lo menos usan de su actividad para la satisfacción de sus necesidades, ¿ con cuánta más razón no debe el hombre, que es un ser racional y dotado del espíritu divino que se llama el alma, consagrar todas sus facultades y sus fuerzas al trabajo ?

Por esto, la pereza es el más feo y degradante de los defectos.

¿ Habéis visto á ese muchacho tendido indolentemente sobre un sofá, con las manos metidas en los bolsillos, la ropa descuidada y en desorden, que no parece ocuparse de otra cosa que de ver volar las moscas . . . ?

Á primera vista, cualquiera se figuraría que es un enfermo ó por lo menos un convaleciente, al verlo descansar su cabeza en una suave almohada. Pero no ; nada de eso es.



— ¡ Es simplemente un niño perezoso !

Es un niño que tiene un cuerpo sano y robusto ; que está dotado de una inteligencia igual, por lo menos, á la de cualquier otro ; pero que en



vez de aprovecharse de ella prefiere hacer una vida parecida á la del animal, que se llama también *perezoso*, del cual se refiere que pasa días enteros sin comer por evitarse el trabajo de bajar del árbol en cuyas ramas se ha colgado.

Ahora decidme: ¿es posible que haya niño alguno que piense ni por un momento siquiera, en parecerse á ese inútil y estúpido animal? No lo creo; y espero que bastará ese ejemplo para que ninguno trate de imitarlo. Recordad siempre que

¡ la pereza  
Es la puerta de la pobreza !

## Lectura VIII.

### La boca.

- Dime, Vicentito, ¿ para qué te sirve tu boca ?
- Mamá, la boca me sirve para comer.
- ¿ De manera que no podrías comer si no tuvieras boca ?
- Ciertamente que no.
- Es verdad ; y esto prueba cuan útil es la boca para nosotros puesto que sin comer no podríamos vivir. Sin embargo, me parece que también la necesitamos para alguna otra cosa. Adivina, ¿ qué será ?
- ¿ Para hablar, mamá ?
- Sí ; también nos es útil para hablar ; pero se puede vivir sin hablar. Hay todavía otro servicio más indispensable para nuestra vida que nos presta la boca : es el de la respiración.



No te habías fijado en esto, porque los niños respiran sin darse cuenta de ello.

Ahora bien, debes saber que la respiración, una de las funciones más importantes de la vida, se hace por la boca y por las narices. Haz la prueba de cerrar la boca y de taparte las narices. ¿Podrías permanecer por algún tiempo así?

— Ciertamente que no, mamá, porque con la boca y las narices cerradas no podría respirar y me sofocaría.

— Así, pues, necesitamos de la boca para respirar, para comer y para hablar.

Voy ahora á darte algunas otras noticias acerca de esto mismo. Nuestra boca está formada por dos labios: el labio superior y el labio inferior.

En el interior se encuentran las mandíbulas. La superior es inmóvil; pero la mandíbula inferior podemos moverla á nuestra voluntad al comer ó al hablar.

Estas mandíbulas están armadas de dientes. Los niños de tu edad, Vicentito, tienen todavía sus primeros dientes, que se llaman generalmente dientes de leche. Estos principian á aparecer desde que el niño ha llegado á los siete meses, y en algunos casos después de cumplido un año.

Los dientes de leche alcanzan al número de veinte. Al frente de la boca se encuentran los ocho dientes *incisivos*, cuatro arriba y cuatro abajo, que son los más pequeños; pero muy afilados y sirven para cortar los alimentos, como lo habrás notado en el acto de morder una manzana ó un pedazo de pan.

Á derecha é izquierda de los incisivos se encuentran, también arriba y abajo, los cuatro dien

tes *caninos*, más generalmente conocidos con el nombre de *colmillos*, que son agudos y nos sirven para despedazar lo que comemos.

En seguida se encuentran las ocho *muelas*, ó dientes *molares*, dos á cada lado, arriba y abajo, y como están destinadas á moler y mascar los alimentos, son más grandes y no afiladas como los otros dientes.

Después que el niño ha pasado la edad de siete años, caen poco á poco estos dientes de leche que son reemplazados por los que nos han de servir para toda la vida.

Estos últimos son treinta y dos ; ocho incisivos, cuatro caninos y veinte molares. Las cuatro últimas muelas aparecen después de los veinte años, y á veces algún tiempo después, y se les da comunemente el nombre de muelas *del juicio*.

En el fondo de nuestra boca, y ocupando toda la parte superior de ella, tenemos el paladar que es donde principalmente reside el sentido del gusto. Un poco más adentro está el velo del paladar en medio del cual se encuentra la campanilla.

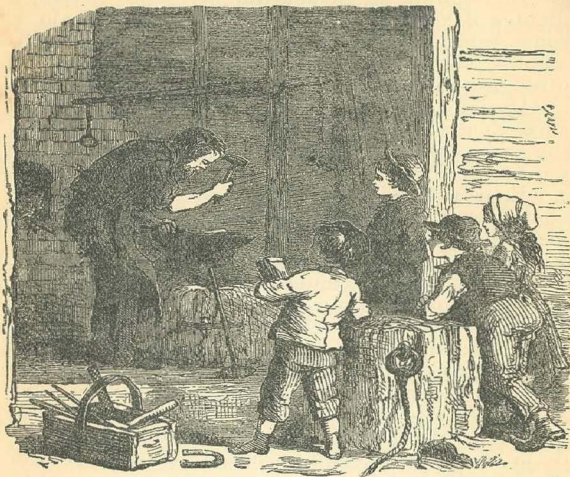
Finalmente la lengua, que está dotada de una admirable elasticidad para recorrer todo el interior de la boca, está unida á un hueso que se encuentra en el fondo de ésta.

Ahora que hemos visto, Vicentito, todo lo relativo á nuestra boca, concluiré por hacerte notar cual es la razón por que no tenemos más que una boca, siendo así que poseemos dos ojos y dos orejas.

Esto quiere decir, hijo mío, que los niños no deben ser habladores, y que es más prudente ver y escuchar, que hablar.

## Lectura IX.

## El herrero.



Confío que ustedes recordarán lo que hemos hablado en otras lecciones sobre la importancia y la utilidad del hierro.

Hoy nos ocuparemos del herrero, que es el obrero que trabaja ese metal. Para esto, tiene que servirse del fuego y calentar el hierro hasta ponerlo completamente rojo, porque sólo de esa manera se ablanda un poco y puede el herrero

darle la forma que desea, á fuerza de repetidos golpes con su martillo.

Ustedes ven esos niños que acaban de salir de la escuela y se detienen delante de una herrería, para observar al herrero que golpea á compás sobre el yunque.

Es en verdad un espectáculo interesante, principalmente en las noches de invierno, el de un taller de herrería, iluminado solo por el vivo resplandor de la fragua, en que se ven á aquellos robustos y esforzados trabajadores, golpeando con pesados martillos el hierro caliente del que saltan miles de chispas en todas direcciones.

El oficio del herrero requiere un trabajo fuerte y constante; pero es al mismo tiempo uno de los más útiles y el que más ayuda á las otras profesiones.

Casi todos los instrumentos de que hace uso el agricultor para labrar y cultivar la tierra son hechos por el herrero; también es él quien hace las herramientas que usan en sus trabajos los carpinteros, los albañiles, los picapedreros, los sastres y muchos otros; porque todas ellas son de hierro ó tienen por lo menos algunas piezas de este metal.

Después de haber sido trabajado el hierro sobre caliente, á fin de darle la forma necesaria, suele el herrero pulir su trabajo en el hierro frío; esta operación se llama cincelar, y se ejecuta en todas las obras más acabadas ó de valor que se hacen con este metal.

La herrería tiene muchos ramos especiales que constituyen otros tantos oficios. Los más importantes son el del cerrajero que se ocupa de todo lo



relativo á cerraduras, candados, cerrojos etc.; el cuchillero que hace los cuchillos, tijeras y demás instrumentos destinados á cortar, y el herrador que es el que hierra los caballos.

## Lectura X.

### La abeja.



Las abejas se dividen, como las hormigas, en tres especies de individuos: machos, hembras, y obreras, que no tienen sexo; siendo los machos menores que las hembras y mayores que las obreras. En una colmena de treinta mil abejas hay quinientos ó mil machos, á los que las obreras matan luego que se ha acabado la postura; pero sólo se encuentra una hembra que tiene el nombre de reina, la cual se reconoce en su mayor tamaño. Sale muy raras veces, y cuando lo verifica todos los habitantes de la colmena se apresuran á seguirla. Basta cogerla y ponerla en una colmena para hacer entrar en ella á todos sus numerosos vasallos. Éstos parece que la obsequian y la sirven: ellos le llevan, le preparan y le presentan el alimento, al paso que ella no tiene otro trabajo que el de con-



## Lectura XI.

No es sino una mosca . . . .



LUIS. — ¡ Oh ! Daniel, no seas cruel ; ¡ no maltrates á ese animal !

DANIEL. — Qué importa, hombre ; ¡ no es sino una mosca . . . !

LUIS. — ¿ Y por que es una mosca, crees tú que no siente ?

DANIEL. — ¡ Vamos ! pero todos nosotros pisamos al andar una multitud de insectos sin cuidarnos de si los matamos ó no. Tú mismo no sabes tal vez cuantos de ellos destruirás cada vez que

sales de tu casa. ¿Qué mal habría entonces en matar una mosca?

LUIS. — Es verdad que sin quererlo puede á veces suceder que quitemos la vida á algunos insectos; pero eso no es una razón que se pueda alegar como excusa para matarlos intencionalmente.

DANIEL. — Sin duda que no; pero que los matemos ahora ó más tarde, no creo sea un asunto de grande importancia.

LUIS. — Parece, Daniel, que tienes un placer en maltratar á los animales. Á la verdad que no comprendo como puedas tener gusto en ver morir poco á poco un débil insecto como ese.

DANIEL. — Estos animalitos no tienen sensibilidad, y estoy seguro que no sufren el menor dolor.

LUIS. — ¿Y por qué te parece que no pueden sufrir lo mismo que cualquier otro animal?

DANIEL. — ¡Oh! Es claro; porque estos insectos no se resisten ni defienden, ni tampoco tienen sangre en su cuerpo como los animales más grandes.

LUIS. — Espera un momento; aquí tengo el microscopio que mi buen tío César me ha regalado, y él me ayudará á sacarte de tu error. Mira pues, al traves del vidrio de aumento, la mosca que acabas de matar.

DANIEL. — ¡Oh! ¿Cómo es eso? ¿Quién lo habría pensado...? ¿Entonces las moscas tienen sangre...?

LUIS. — Ciertamente; y ya ves tú como podemos comprobarlo con el auxilio del microscopio. La mosca tiene un corazón y una clase particular de venas y de arterias que conducen y reparten la

sangre del corazón á su pequeño cuerpo. Alguna parte de esta sangre es roja; pero la mayor cantidad de ella es blanca ó de un color claro como el agua.

DANIEL. — ¡Pero, esto es admirable! Déjame mirar una vez más . . .

LUIS. — Con el mayor gusto; mira por todo el tiempo que quieras.

DANIEL. — Á la verdad que no sé como jamás se me había ocurrido pensar en ésto. Nunca creí que la mosca fuera un animalito tan admirablemente formado; y te aseguro que no las mataré en lo sucesivo. Dime, ¿ todos los demás insectos se ven tan bien como las moscas con el microscopio?

LUIS. — No todos. Pero generalmente aparecen mucho mejor que á la simple vista.

DANIEL. — ¡Qué interesante debe ser observarlos de esta manera!

LUIS. — Seguramente, Daniel; y tengo el mayor placer en poner á tu disposición este microscopio siempre que quieras usarlo. Espero solo que no olvidarás la lección de que no debemos complacernos en destruir ninguna criatura viviente.

DANIEL. — Mil gracias, amigo mío; es verdad que este prodigioso instrumento me ha enseñado que no debo atormentar á ningún animal, aunque sea una mosca . . .

## Lectura XII.

## La hermosa y la fea.



Había una vez dos hermanas, Sofía y Natalia ; la primera de una rara belleza y la segunda fea.

Sofía había crecido en medio de las alabanzas y elogios que todos tributaban á su hermosura y se había hecho por consiguiente muy vanidosa. Creía que á todo le daba derecho su belleza y que siempre debía ser la preferida.

La pobre Natalia, que era la hermana menor, había sufrido en los primeros días de su vida una cruel enfermedad que alteró completamente su fisonomía y la dejó fea para siempre. Pero tenía un carácter dulce y humilde ; y el continuo contraste que á cada momento experimentaba entre la indiferencia con que ella era mirada y las atenciones y elogios prodigados á su hermana mayor á causa de su belleza, la habían hecho más modesta aún. La



pobrecilla estaba ya habituada á considerar que nada merecía por sí misma, que todo lo mejor debía ser para su hermana, y que así le correspondía de derecho porque Sofía era hermosa, y no á ella, porque era fea.

La madre de estas niñas, que era una señora prudente y de recto juicio, había tratado siempre á ambas de la misma manera y sin manifestar preferencia por ninguna de las dos; pero, sintiendo acaso en el fondo de su corazón de madre, mayor compasión por su hija fea.

Sin embargo, como no podía evitar los elogios que en todas partes recibía la hermosa Sofía, quiso aprovechar una oportunidad para darle una lección que no pudiera olvidar. Habiendo llegado el fin del año, ofreció la madre á las dos niñas, que recibirían un premio por su aprovechamiento y buena conducta en la escuela.

Las notas de la hermosa Sofía fueron en esa ocasión un tanto pobres, como que la vanidosa niña, no tomaba mucho interés por sus estudios, preocupándose siempre de su traje y de parecer bonita. Natalia por el contrario había sido en aquel año una de las alumnas más adelantadas de la escuela.

La buena madre nada dijo respecto de la diferencia en las notas que sus hijas le presentaban, y se limitó á mostrarles dos cajitas que había sobre la mesa, diciendo que en ellas se encontraba el premio ofrecido á cada una.

Una de las cajas estaba cubierta con hermosos dibujos y adornos dorados, mientras que la otra era una sencilla, pero elegante caja de madera común.



Sofía que, como hemos dicho, en todo se consideraba la preferida, tomó inmediatamente la caja dorada y Natalia la otra, que consideró muy natural debía ser, por su pobre apariencia, la que le estaba destinada.

Pero grande fue entonces el desengaño de nuestra bella vanidosa que, al abrir su caja, la encontró llena de papeles y de virutas; mientras que la de Natalia lo estaba por el contrario de los más delicados dulces y confites.

Al ver aquello, rompió Sofía á llorar de despecho y de vergüenza, no bastando á consolarla la oferta que su generosa hermana le hacía de cambiar las cajas á fin de que ella pudiera tener la de los dulces. Pero la madre, que esperaba esta ocasión para hacer sentir á Sofía los efectos de su vanidad, habló á las niñas de esta manera:

— En la caja que has elegido, Sofía, tienes una verdadera representación de lo que eres tú misma. Hay en ella muchos dorados y adornos, y su apariencia exterior es seductora; pero en el interior sólo contiene papeles y virutas, es decir cosas que nada valen. Lo mismo es la niña hermosa, que tiene su corazón vacío de virtudes y su cabeza ocupada sólo por la vanidad. Tú eres hermosa, y porque crees que con serlo todo lo mereces, descuidas tus estudios y no te ocupas más que de tu persona. La belleza desaparece con los años ó puede perderse rápidamente por una enfermedad. Piensa que nada hay duradero en la vida, sino la virtud y el saber.

## Lectura XIII.

## Multiplicación y división.



## LA MAESTRA.

—Niños : nuestra buena vecina la señora Miranda ha enviado una cesta

de hermosas naranjas para ustedes. Voy á distribuir las entre todos ; pero es preciso buscar algún medio para que cada uno reciba una parte igual y no haya después descontentos. Ustedes me ayudarán en esta operación ; contemos ante todo las naranjas ; pero no lo haré como hemos contado otras veces.

Pongo un par de naranjas sobre la mesa ; ustedes lo ven, son dos. En seguida, y á alguna distancia coloco otras dos ; después otras dos, y por fin, dejando un espacio igual, otras dos. Hay,

pues, cuatro pares de naranjas; y como las naranjas representan unidades, podemos decir que hay cuatro grupos de 2 unidades, 4 veces 2 unidades.

Para saber ahora cuantas naranjas hay por todo en los cuatro pares, sería necesario juntar el primero con el segundo diciendo: si tengo 2 naranjas y les agrego otras 2, tendré 4 naranjas. Agrego en seguida el otro par y digo: 4 naranjas que tenía, y 2 más, son 6. Finalmente, reuniendo el último par á los anteriores, serán 6 naranjas, y 2 más, 8 naranjas.

Así, para reunir esos cuatro pares un uno sólo, ha sido necesario ir agregando uno después de otro en esta forma: 2 y 2 son 4, y 2 más son 6, y 2 más son 8.

Pero yo supongo que ustedes tendrán ya muchos deseos de comer sus naranjas; por esta razón convendría buscar un medio de hacer nuestras cuentas más rápidamente. Si en vez de ir reuniendo uno después de otro los pares de naranjas, los hubiéramos juntado todos; si en vez de sumar las unidades de á 2 hubiéramos dicho 4 pares, ó 4 veces 2 unidades son 8 unidades, se marcharía más ligero ¿no es verdad?

Pues bien, hijos míos, cuando se reúnen de esta manera, por medio del cálculo, en una sola cantidad y en una sola vez diversos grupos de unidades iguales entre sí, se llama esto multiplicar.

Para hacer una multiplicación, es decir, para reunir en un sola cantidad, expresar con un sólo número diversas unidades de una misma especie, es necesario ante todo saber cuántas unidades hay en cada una de las dos cantidades que deben reunirse. El número que indica las unidades que hay

en cada grupo ó cantidad se llama *multiplicando*, es decir, el que va á ser repetido ó multiplicado; el número que indica las unidades que hay en cada grupo y que van á reunirse en una sola se llama *multiplicador*, ó lo que es lo mismo, el número por el cual se va á multiplicar.

Así, si quisiéramos reunir 5 cantidades de 4 unidades cada una, 4 sería el multiplicando y 5 el multiplicador.

El número total de las unidades reunidas en una sola cantidad se llama producto, es decir: el número producido por la reunión de las unidades. Así, cuando decimos que 3 raciones de 2 naranjas cada una, hacen en todo 6 naranjas; 2 es el multiplicando, 3 es el multiplicador y 6 es el producto.

Como son dos los números llamados multiplicando y multiplicador que sirven para formar el producto, se les da generalmente el nombre de factores, es decir, autores del producto.

Apliquemos ahora estas reglas á la distribución de nuestras naranjas haciendo al mismo tiempo una división y se convencerán ustedes de que no han empleado mal esta lección en aprenderlas. Antonio ha contado las naranjas; hay 27, y como se encuentran en la clase 9 niños recibirá cada uno 3 naranjas.

La maestra volvió en seguida á explicar la operación, que en breve sus alumnos pudieron repetir por sí solos, y la distribución de naranjas se hizo á satisfacción de todos los niños, que nunca olvidaron las lecciones de su buena maestra.



## Lectura XIV.

## El pleito de los colores.

Hay solo tres colores primarios: el rojo el azul y el amarillo; los demás colores provienen de la mezcla de estos tres. Cuando todos los colores se encuentran reunidos, como en un rayo de luz, producen el blanco. El color negro se presenta ante nuestra vista cuando no hay ninguna otra clase de colores.

Lo que más hermosea la naturaleza es la variedad de colores. Imagínense ustedes, por un momento, que todo lo que se presenta á su vista tenga el color blanco, ó el color negro; y estoy seguro que todos me dirán que aquello sería insoportable.

Pero Dios, que así como es grande en todo lo que ha creado, es también bueno, ha embellecido cuanto hay sobre la tierra, dándole la diversidad de colores. Se cuenta á propósito de los colores, una fábula que deseo repetir á ustedes.

“El Rojo, el Azul y el Amarillo se encontraron una vez en una hermosa mañana de verano, y se pusieron á disputar sobre cual de los tres era el más hermoso y de más valor. — Yo, dijo el Amarillo, soy el color favorito del sol. El gran astro del universo se viste con mis tintes dorados y con ellos, tiñe la atmósfera cuando se levanta todas las mañanas y cuando, al caer el día, se oculta en el horizonte. El más precioso de los metales tiene mi color; y yo doro las mieses que valen más que el oro.

— ¡Alto ahí! dijo el Azul, soy yo quien cubre



el manto de los cielos y por esto me han llamado celestial. Y sin embargo no soy orgulloso, porque después de haber dado color al aire que rodea al mundo y al profundo mar, no me desdengo de pintar la delicada campanilla de los campos, la modesta violeta y el dulce no-me-olvides.

— Son ustedes dos, dijo acaloradamente el Rojo, unos vanidosos insoportables. Yo domino en la brillante atmósfera mucho más que el Azul ó el Amarillo. No soy tan común como el Azul y por eso tengo más valor. Ahora, ¿podría una rosa amarilla compararse jamás con una rosa encarnada? ¿No soy yo quien cubre los labios de las niñas, y quién colora sus mejillas, cuando se ruborizan? No; yo soy el más grande de los colores, y los hombres, que son voto en la materia, deben creerlo así, cuando me han elegido para el manto de sus reyes y para el traje de sus guerreros.

— Haya paz, señores, dijo suavemente el Blanco, que llegó en ese momento; y no disputen ustedes. Todos son hermosos estando en su respectivo lugar; pero unidos los tres, valen mucho más. Voy á pedir al sol que dé color con sus rayos á una nube después de la tempestad, con lo cual se convencerán ustedes de la verdad de lo que digo.

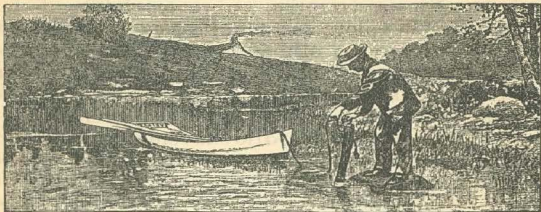
Y el cielo, oyendo sus deseos, envió una nube negra que descargó la lluvia sobre la tierra. La nube pasó, y lanzando el sol uno de sus rayos produjo un hermoso arco iris formado por los tres colores, rojo, azul y amarillo. Los colores, se quedaron sorprendidos al ver aquel magnífico espectáculo; cesaron en su disputa, y se confesaron mutuamente que unidos valían más que separados.”

Que esta fabulita les recuerde, hijos míos, la

importancia de la unión. ¡Cuántas veces las disputas y querellas entre los niños alteran la paz de la familia! Pero cuando son unidos y trabajan por ayudarse mutuamente son felices y presentan un espectáculo tan hermoso como el de los colores reunidos en el arco íris de los cielos!

## Lectura XV.

### El bote de Fernando.



Los niños son por naturaleza inconstantes.

Se entusiasman con facilidad; pero con la misma facilidad olvidan; y lo que les ha preocupado vivamente por un día ó dos, no les llama ya la atención en el tercero.

Sin embargo, ustedes no podrán jamás apreciar lo bastante la grande influencia que tendría en su vida futura, el que desde pequeños procurasen dominar poco á poco esa inconstancia, dedicando más atención á las cosas que deben hacer.

Á este propósito deseo contarles como un buen

ejemplo lo que yo mismo ví en la familia de un excelente caballero amigo mío :

Era este señor, un rico propietario, y tenía un sólo hijo varón cuya educación vigilaba con el mayor esmero.

El niño Fernando, que así se llamaba el hijo de mi amigo, era un muchacho de bellas disposiciones, dócil y afectuoso ; pero desde pequeño había manifestado un carácter inconstante y un espíritu desordenado.

Como que pertenecía á una familia rica y que era hijo único, había recibido siempre gran número de juguetes ; pero estos regalos que excitaban su entusiasmo por algunos momentos, eran bien pronto olvidados ó despedazados con la mayor facilidad.

Así se acostumbró aquel niño al desorden y al desprecio por todas las cosas que creía debía tener un niño rico como él. El padre de Fernando observó estas inclinaciones en su hijo, y siendo un hombre que comprendía la verdadera educación, se propuso corregirlas tan pronto como el niño llegó á una edad en que debía darse cuenta de sus defectos.

Había, en la propiedad en que vivían, un pequeño lago, y Fernando deseaba ardientemente tener un botecito á fin de poder remar y pasearse en el lago.

Por mucho tiempo manifestó el niño á su padre aquel deseo ; y por fin se decidió éste á satisfacerlo ; pero esperando aprovechar esa circunstancia para dar una buena lección á su hijo.

Se pidió en consecuencia aquella deseada embarcación al puerto más cercano, y después de algunos días que Fernando pasó en la más viva impa-

ciencia, recibió por fin un hermoso botecito, fina y delicadamente trabajado, que estaba todo pintado de blanco con una sóla franja negra en el fondo.

Fernando se puso á saltar y á batir las manos de contento al ver el hermoso regalo que su padre le hacía, y corrió impaciente al lago á buscar el mejor lugar para lanzar al agua la embarcación.

Su padre lo acompañó á dirigir esta operación, y cuando se calmaron los transportes de alegría del niño, le habló de esta manera:

— El regalo que hoy te hago, hijo mío, no debes recibirlo como uno de los tantos juguetes que te has acostumbrado á destrozar ó á abandonar á su propia destrucción.

Este hermoso botecito te procurará muchos momentos de placer, en los paseos que puedas dar por el lago con tus amiguitos y á la vez un ejercicio saludable para tu cuerpo, porque el remar es una verdadera gimnástica. Pero ese placer dependerá de tí mismo. Este bote queda desde hoy bajo tu esclusivo cuidado, y ya he dado orden á mis sirvientes de que nadie lo toque, siendo tú el único responsable de él. Así pues, si llegas á abandonarlo, expuesto á los rigores del sol, se secarán sus maderas y tu bote hará agua por todas partes de modo que no podrás hacerlo flotar. El cuidado que prestes á este regalo que hoy te hago con el mayor placer, para satisfacer uno de tus más ardientes deseos, me demostrará si en lo sucesivo mereces que siga prodigándote otros.

La lección de aquel buen padre no fué perdida, hijos míos, porque Fernando cuidó siempre su botecito y aprendió de esa manera á ser más atento y ordenado.



## Lectura XVI.

## Divisiones geográficas.

EL MAESTRO. — Ustedes han visto ú oído hablar del mar. En él navegan constantemente los buques de vela, los vapores y otras clases de naves. El agua tiene varios nombres, según son las diferentes porciones, su forma ó la extensión que ocupan. Así hay *océanos, mares, golfos y estrechos*.

DANIEL. — ¿Qué es *océano*, señor?

EL MAESTRO. — Es una vasta extensión de agua salada. *Mar* se llama regularmente una porción de agua más pequeña que el océano, casi rodeada por la tierra. *Golfo ó bahía*, es una porción de agua que se interna en la tierra. *Estrecho*, es como lo indica el nombre, un pasaje angosto que une diferentes porciones de agua. *Lago*, es una extensión de agua rodeada de tierra por todas partes.

Los ríos se forman de pequeños torrentes nacidos de manantiales en medio de las montañas y cerros. Así casi todos los ríos de la América tienen su nacimiento en las montañas de los Andes.

DANIEL. — ¿Y adónde van á parar los ríos?

EL MAESTRO. — Los ríos desembocan en el mar; pero hay algunos que vacían sus aguas en lagos y en otros ríos.

GUSTAVO. — ¿Para qué sirven los ríos, señor?

EL MAESTRO. — Los ríos dan agua y fertilizan la tierra, que de otro modo no nos daría los frutos de que necesitamos para nuestra vida. También los ríos, como el mar y los lagos, son navegados por vapores y otros buques que conducen los viajeros y los productos de un lugar á otro.



GUSTAVO. — Pero, señor, qué es lo que impide á las aguas del mar salir de su centro é inundar la tierra? Cuando yo estuve en la costa, me parecía á veces que el mar iba á salir, porque creía que estaba más alto que los cerros.

EL MAESTRO. — Tu pregunta es parecida á la de Juan, cuando me dijo que cómo no se venían abajo la luna y el sol que estaban en el aire. Hay ciertas leyes eternas que rigen la naturaleza y que mantienen ese orden admirable del sistema planetario y de todo el universo físico. Ellas son las que mantienen en equilibrio las aguas del mar, é impiden que salgan de su centro. Sin embargo hay perturbaciones temporales que han causado en diversas partes del mundo y en diversos tiempos inundaciones del mar sobre las costas vecinas. Los puertos de Talcahuano, Arica y el Callao, han sufrido en épocas pasadas esas terribles catástrofes . . . . Pero eso lo aprenderán ustedes cuando lleguen á ser mayores y estudien la ciencia de la *geología*, que habla de esos fenómenos.

DANIEL. — ¿Cómo se encuentra formada la tierra en su superficie? Yo he visto llanos y cerros. ¿Así es en todas partes?

EL MAESTRO. — Sí: la tierra está cruzada por montañas y valles, colinas y llanuras.

DANIEL. — ¿Qué es montaña?

EL MAESTRO. — Es una extensión de tierra que se eleva á una grande altura. Hay algunas montañas cien veces más altas que la casa más elevada que hayan ustedes visto, y sus cumbres están siempre coronadas de hielo y nieve, como esas portentosas cordilleras que tenemos hacia el oriente.

GUSTAVO. — Señor, ¿qué es lo que se llama volcán.

EL MAESTRO. — Es una montaña que arroja fuego, humo y lava derretida desde su interior. En las cordilleras de los Andes se encuentran muchos volcanes.

DANIEL. — ¿Qué es un cerro?

EL MAESTRO. — Es una altura de tierra por lo común peñascosa y áspera. *Colina*, es una elevación de tierra como el cerro, casi desprovista de peñascos y árboles, y que no es tan elevada como una montaña.

*Valles*, son los trechos de tierra situados entre las montañas y los cerros.

*Llanura* es una extensión de terreno enteramente plana, sin altos ni bajos. Las *pampas* de la República Argentina son las más extensas llanuras de nuestro continente.

*Desierto* es una llanura cubierta de arena y en la que por lo general no hay agua.

GUSTAVO. — Sírvase señor, explicarnos cómo está dividida la tierra.

EL MAESTRO. — La tierra está dividida en continentes, penínsulas, istmos é islas.

*Continente* es una vasta extensión de tierra, que contiene muchos países. No hay más que dos continentes: el oriental y el occidental. El primero contiene la Europa, el Asia y el Africa. El segundo contiene la América del Norte y la América del Sur. El continente oriental suele llamarse también el viejo mundo y el occidental el nuevo mundo.

GUSTAVO. — ¿Por qué llaman nuevo al mundo occidental? ¿Cuál fué creado primero?

EL MAESTRO. — No : se le ha dado ese nombre por los europeos, porque ellos lo vinieron á conocer, hace más de tres siglos es decir en el año de 1492 cuando fué descubierta la América por Colón.

Ahora seguiré explicándoles las divisiones de la tierra.

*Península*, es una extensión de tierra no enteramente rodeada de agua.

*Istmo* es una estrecha extensión de tierra que sólo une una península con un continente.

*Isla* es una porción de tierra rodeada enteramente de agua.

*Archipiélago* es un mar sembrado de islas que forman uno ó más grupos.

*Cabo* es una punta de tierra que se interna en el mar.

Estas denominaciones se contraponen unas á otras. Así, una isla es lo contrario de un lago ; una península lo es de un mar interior ó de un golfo, y un istmo, que es una angostura de tierra, de un estrecho que es una angostura de agua.

## Lectura XVII.

### Los peces.

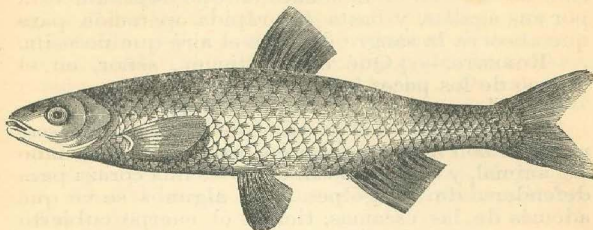
EL MAESTRO. — ¿Quién puede decirme lo que representa ese dibujo ?

LOS NIÑOS. — Un pescado, un pescado, señor !

EL MAESTRO. — El animal que ustedes quieren nombrar se llama *pescado* cuando ha sido tomado y extraído fuera del agua ; pero su verdadero

nombre es *pez* cuando está vivo y en su elemento que es el agua.

Fíjense ahora atentamente en la cabeza, en los ojos y en la boca de ese pez.



¿ Creen ustedes que un pez tiene dientes ?

Los NIÑOS. — Sí, señor.

EL MAESTRO. — En efecto, niños ; pero recuerden que los dientes de los peces no se parecen á los de los otros animales y que son todos iguales. Además es digno de notarse que los peces muy voraces como el tiburón, el sollo y otros tienen gran número de dientes agudos y corvos, mientras que los de los que viven en agua dulce ó en aguas detenidas son tan pequeños que no parecen ser dientes.

Ahora, ¿ cómo creen ustedes que puedan los peces respirar debajo del agua ?

Estos animales no viven naturalmente como los que ocupan la tierra ó los aires. Sin embargo, el pez necesita de aire para respirar, y con este objeto se sirve de las agallas que son esas hojas flexibles y de color rojo, pegadas unas sobre otras, que se



encuentran en la extremidad de la cabeza, cerca del ojo. Estas agallas se abren para dejar pasar el agua que el pez ha tragado; y como el animal respira al tiempo de tragar el agua, hace la aspiración del aire en el momento en que deja salir ésta por sus agallas, y basta tan rápida operación para que absorva la sangre del pez el aire que necesita.

ROBERTO. — ¿Qué objeto tienen, señor, en el cuerpo de los peces las aletas?

EL MAESTRO. — Pronto lo sabremos, hijo mío.

El cuerpo de los peces está cubierto de escamas que son más ó menos gruesas según el tamaño del animal, y que le sirven como de una coraza para defenderse de los golpes. En algunos se ve que además de las escamas, tienen el cuerpo cubierto con una sustancia viscosa transparente que se renueva con frecuencia y que sin duda da al animal más agilidad en sus movimientos y le permite pasar ó deslizarse por las grietas de las rocas. Ustedes habrán notado esto último cuando hayan querido tomar algunos pescados que acababan de ser extraídos del agua.

La sangre de los peces es roja y generalmente fría.

Estos animales, como ustedes habrán notado carecen de manos y de pies; pero tienen en cambio miembros más aparentes para moverse en el agua, que es el elemento en que viven. Estos son las aletas ó nadaderas, especie de abanicos colocados á ambos lados, en la cola, y arriba y abajo del cuerpo, que el animal mueve á voluntad hacia adelante ó hacia atrás, desplegándolos ó recogidos, y con cuya ayuda camina en todas direcciones en medio de las aguas.

Las aletas de los lados les sirven para avanzar como si fueran remos, y la de la cola es un verdadero timón con el cual puede el animal dirigirse del lado que quiera.

Finalmente, para poder elevarse ó bajar en las aguas, además de su peso, está dotado el pez de una doble vejiga que puede hinchar ó recoger á su voluntad. Cuando quiere descender la contrae, y para subir le basta solo hincharla. De esta manera pueden los peces grandes y pequeños habitar en diversas profundidades de las aguas.

Los peces nacen de un huevo y el número de éstos que pone la hembra es prodigioso. Hay algunos como el bacalao al que se han contado millones de huevos.

## Lectura XVIII.

### El buen amigo.

Dos niños llamados Pablo y Juan eran vecinos de un mismo pueblo. El primero vivía en una gran hacienda; tenía caballos, coches, criados y su única ocupación era ir á la escuela y estudiar sus lecciones.

El padre de Juan, por el contrario, era pobre y no tenía más que un pequeño terreno que le producía escasamente para el sostenimiento de su familia. Su hijo le ayudaba, levantándose todos los días muy temprano, tanto para llevar las vacas al campo, como para pastorear unas cuantas ovejas; pero siempre que sus ocupaciones se lo permitían, su padre lo enviaba á la escuela, según se lo había aconsejado el cura del lugar.

La primera vez que Juan se presentó en la escuela, los niños de familias ricas se burlaban de su tosco traje: sólo se le acercaban para mofarse de él, y ninguno de ellos quería tenerlo á su lado.

Juan, comparando su vestido con el de sus condiscípulos, comprendió que era su pobre traje y aspecto la causa de tanto desprecio, y se le saltaron las lágrimas á los ojos.

Pablo, viendo llorar al pobre niño, se movió á compasión, y acercándose á él le dijo: "No te aflijas; yo me sentaré siempre á tu lado." Esta muestra de bondad hizo derramar á Juan lágrimas de alegría por haber al fin hallado quien lo compadeciese.

—No puedo verte llorar así, continuó Pablo; vamos, yo te prometo ser tu amigo: jugaremos siempre juntos, y te defenderé de los compañeros si intentaren maltratarte.

Enjugó Juan sus lágrimas, y tomando la mano del compasivo niño le dijo: yo también seré tu amigo, y ¡ojalá pueda algún día pagarte el bien que hoy me haces!

Poco tiempo después, yendo un día Pablo á su casa, encontró unos ladrones, que viéndolo bien vestido, se propusieron robarle cuanto llevaba encima, y con ese intento lo llevaron á un bosque inmediato, y allí lo dejaron completamente desnudo.

Era ya de noche, y no es de contar el miedo del pobre niño en aquella espantosa soledad, sin saber donde se hallaba, ni qué camino tomar para salir del bosque. Cuando creyó que los ladrones estaban muy lejos, y después de dos horas de terror comenzó á pedir auxilio á grandes voces.

Entretanto su padre alarmado por la ausencia, después de haber aguardado por mucho tiempo la vuelta de su hijo, salió con los criados en su busca, dejando á la pobre madre en la más terrible angustia.

Habiendo preguntado por todas partes y recorrido en vano el pueblo y sus contornos, llegó á temer que su hijo se hubiese ahogado en el río, y volvió á su casa en la más grande aflicción.

Juan, al ir á acostarse aquella noche, rogó á Dios con lágrimas que protegiese á su amiguito: y de tal modo lo preocupaba su suerte que no pudiendo conciliar el sueño, se decidió al fin á salir en busca de su perdido amigo.

Después de haber recorrido todos los lugares que ambos frecuentaban, llegó á las doce al cementerio del pueblo; y apesar del terror que le inspiraba aquel lúgubre recinto, saltó sus tapias y se puso á llamar á voces á su amigo; pero sólo el eco repetía las últimas palabras, como si quisiera burlarse de su angustia.

Salió de este lugar, y se encaminó al bosque gritando á cada paso: Pablo! Pablo! y al mismo tiempo se internaba en la espesura. No había corrido mucho, cuando oyó la desmayada voz del pobre niño que decía: "aquí estoy."

Corrió Juan al punto de donde salía la voz, y se encontró con su amigo tendido en el suelo y en un completo desfallecimiento. Ayudóle á levantarse: quitóse sus vestidos para cubrirlo con ellos, y tomándolo en sus brazos salió precipitadamente del bosque y fué corriendo á poner su preciosa carga á los pies de los afligidos padres.

No hay para que pintar el gozo de éstos, y la



alegría del niño al verse otra vez en el seno de su familia.

Cuando pasaron los primeros transportes, se volvió el padre de Pablo á Juan, y le dijo: mil



pesos había ofrecido al que encontrase á mi perdido hijo: tuyos son, valiente niño, y te doy además el mejor caballo de mi hacienda.

—¿Pero, por qué? preguntó Juan entre triste y ofendido.

— Como prueba de nuestro agradecimiento por haber salvado la vida de mi hijo, y como un recuerdo de éste por tu generosa acción.

— No, señor, dijo Juan, yo no quiero nada: he hecho lo que debía y he pagado una deuda. Pablo es mi único amigo entre mis discípulos, el único que no se avergüenza de serlo, no obstante mi pobreza.

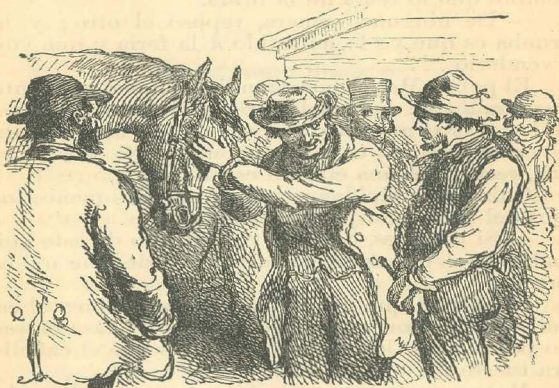
Nada pudo inducir al niño á recibir la más leve muestra de reconocimiento.

Este ejemplo nos prueba que una buena acción

tiene siempre su recompensa. Pablo no hizo otra cosa que tratar con bondad al pobrecillo Juan; pero aunque su conducta no fuera sino el cumplimiento del deber que todos tenemos para con nuestros semejantes, ella fué tan agradable para el niño pobre, que se veía injustamente despreciado por sus camaradas de escuela, que le aseguró la amistad sincera de Juan y á ello debió su vida.

## Lectura XIX.

### El ladrón descubierto.



Un hombre había robado su caballo á un pobre y honrado campesino llamado Matías.

Aquel caballo formaba la principal fortuna del pobre hombre, porque ganaba su vida viajando de un pueblo á otro en desempeño de las comisiones que recibía de los vecinos. Por esta razón, se vió obligado Matías á abandonar sus ocupaciones y dedicarse exclusivamente á buscar su caballo.

Pasaron meses de infructuosas diligencias y cuando ya el pobre Matías se desesperaba por no encontrar su animal, y se proponía regresar á su casa, pasó por un pueblo donde había una feria de caballos, y supónganse ustedes cual sería su alegría al ver el suyo en el medio de la plaza.

— Este caballo es mío, dijo inmediatamente al hombre que lo tenía de la brida.

— De ninguna manera, repuso el otro; y la prueba es que yo lo he traído á la feria y que voy á venderlo . . .

El pobre Matías comprendió en aquel momento que tenía que habérselas con el ladrón de su caballo; pero, notando que se habían aproximado diversas personas cuyo testimonio podía serle muy útil, recurrió á una curiosa estratagemata.

Cubriendo rápidamente con sus dos manos los ojos del caballo, dijo al otro hombre:

— Si usted es, como dice, el dueño de este animal, espero que sabrá seguramente de que ojo es tuerto.

El ladrón, que no había examinado bien el caballo, vaciló por un momento; pero como vió que no podía evitar la respuesta, aseguró que el caballo era tuerto del ojo derecho.

Matías nada le contestó; pero lo miró fijamente como manifestando sorpresa y esto desconcertó de tal manera al ladrón que, creyendo ha

berse equivocado, aseguró que era el ojo izquierdo el que le faltaba al caballo.

Matías separó entónces sus manos de la cabeza del animal y dijo á los circunstantes :

— Ya oyen ustedes, señores, lo que este hombre acaba de decir. Él me ha robado este caballo, que no es tuerto sino por el contrario de muy buena vista, como he tenido yo ocasión de conocerlo en los largos años que me he servido de él.

El ladrón quedó confundido y fué conducido á prisión, obligándole el juez á devolver el caballo que había robado.

## Lectura XX.

### El pequeño maestro.

Benjamín vivía en el campo con sus padres, quienes le enseñaban á leer y escribir porque su casa se encontraba muy distante de la escuela.

Después de haber dado sus lecciones de la mañana, tenía el niño una hora de descanso en que sus padres le permitían jugar y divertirse á su antojo.

Cerca de la casa de Benjamín vivía un pobre campesino, con su mujer y su hijo único ; y tenían que trabajar mucho para hacer producir á su pequeño campo lo suficiente para llenar sus necesidades. Lo que affligía más á aquellas buenas gentes, era que no podían enviar á la escuela al pequeño Marcos, que así se llamaba su hijo, ni tampoco podían ellos enseñarle nada porque no sabían leer ni escribir.



Sucedió que un día que Benjamín había salido á correr por el campo, perdió de vista á su perro,



y se detuvo en la casa de los pobres campesinos para preguntar si alguien lo había visto.

Al entrar en la choza, encontró al pequeño Marcos sentado delante de una mesa en la que trazaba líneas con un pedazo de tiza.

— ¿Qué haces ahí, le preguntó Benjamín; estás dibujando?

— No, estoy tratando de escribir, contestó el pobre niño; pero no sé sino dos palabras que recuerdo haber visto escritas en una pared cuando mi madre me ha llevado á misa al pueblo. ¡ Ah! si yo pudiera aprender á leer, qué feliz sería!

— Pues yo puedo hacerte feliz, dijo Benjamín,

porque aunque no soy más que un niño, ya he aprendido á leer y escribir, y te puedo enseñar lo mismo que mis padres me han hecho estudiar á mí.

La madre del pequeño Marcos, dió infinitas gracias al buen niño por la bondad con que se ofrecía, para enseñar á leer á su hijo que era lo que tanto deseaban los pobres campesinos.

Desde el día siguiente, Benjamín dedicó su hora de recreo á la clase de lectura de Marcos, y éste fué tan aplicado y trabajó con tanto empeño que aprendió rápidamente, principiando al cabo de pocos meses á ejercitarse en la escritura.

Entre tanto Benjamín había sido tan discreto, que nada había dicho á sus padres de la buena obra á que dedicaba el tiempo en que estos le suponían jugando ó corriendo por el campo. Así fué que un día que durante su tiempo de recreo lo llamó su padre, quedó sorprendido de no encontrarlo en los alrededores de la casa, y salió en su busca temeroso de que algo le hubiera sucedido.

Al acercarse á la pobre choza en que vivían los padres de Marcos, á fin de preguntar por su hijo, se detuvo repentinamente ante el sencillo, pero tierno cuadro que se ofrecía á su vista. Benjamín estaba delante de la única mesa que había en la pobre habitación, ocupado en rayar un cuaderno de escritura, y escuchaba, con toda la gravedad de un maestro, la lección que Marcos le leía. En otro extremo de la pieza, la madre de éste miraba á ambos niños con amor y enternecimiento, mientras hacía un tejido.

Benjamín quedó algo confundido cuando vió á su padre porque temió que no le agradase lo que hacía; pero se tranquilizó por completo al ver que

éste lo abrazaba y besaba con el mayor cariño, alabando su buena conducta.

Al día siguiente, el padre de Benjamín, llevó á ambos niños al pueblo, compró á su hijo muchos hermosos libros, que le regaló como premio por la buena obra que había hecho, y al pequeño Marcos una buena provisión de libros de lectura y de cuadernos para escribir.

## Lectura XXI.

### Santiago Watt y el vapor.

Si ustedes creyeran que ese niño, ocupado sólo en observar como hierve el agua en el fuego es un muchacho ocioso, que pierde su tiempo sin el menor provecho, sufrirían el mismo error que experimentó su madre el día en que lo riñó al verlo en la misma postura.

Cuán léjos estaría la buena señora de imaginarse en aquel momento, el resultado extraordinario que habría de producir para el progreso del mundo el pasatiempo de su hijo . . . !

Hace más de cien años, queridos niños, que vivía en un lugar del norte de Escocia un pobre muchacho llamado Santiago Watt, que es el que está representado en el dibujo de esta lectura.

Un día se sentó cerca del fuego, y se puso á observar el vapor del agua hirviendo que salía por el pico de la tetera.

Tenía una cuchara en su mano y habiéndola acercado al punto por donde salía el vapor, notó que la fuerza de éste era tan grande que le

movía la cuchara, arrojándola ya de un lado, ya de otro.

Entónces fué cuando su madre, que estaba muy



distante de imaginarse lo que su hijo pensaba en aquel momento, le dijo:

— Vamos, Santiago, déjate de estar moviendo esa tetera, y ocúpate de algo más útil . . . ¿No es una vergüenza que un niño como tú pierda su tiempo de esa manera?

Sin embargo, Santiago no perdía en aquel momento su tiempo, ni era un perezoso; sino que por



el contrario pensaba en aquella estraña fuerza, que tenía el vapor, y en como era que ella había podido moverle la cuchara.

Así fué que nada contestó á su madre; pero desde aquel día no pudo olvidar por un momento tan estraño fenómeno; y repitiendo muchas veces de diversos modos su primera experiencia, llegó al fin á descubrir la fuerza del vapor.

Santiago Watt creció y se hizo un hombre que por su admirable descubrimiento merece, hijos míos, ser considerado como uno de los más grandes bienhechores de la humanidad.

Para que ustedes puedan comprender la influencia que el uso de la fuerza del vapor ha tenido en el mundo, sería necesario que procurasen imaginárselo en la época en que no había ferrocarriles, ni vapores, ni fábricas y en que todos los trabajos sólo podían ejecutarse por medio de la fuerza del hombre ó de la de algunos animales.

Santiago Watt aplicó más tarde la fuerza del vapor á las máquinas, y de aquí nacieron los ferrocarriles y más tarde los buques de vapor, con cuyo auxilio se hacen ahora los viajes y se transportan las mercaderías rápidamente y barato.

## Lectura XXII.

### El muchacho insolente.

Tomás Hernández era uno de los muchachos más insolentes que podía encontrarse en el pueblo de . . .

No salía de la calle donde perseguía á todo

el mundo, grandes y pequeños, con sus atrevidas burlas. Si pasaba alguna persona bien vestida, encontraba Tomás algún medio de mofarse de ella; y otro tanto sucedía si por el contrario veía á alguien que llevaba vestidos pobres ó rotos.

Una tarde que Tomás volvía de la escuela con algunos compañeros, encontraron á un extranjero que atravesaba una de las calles del pueblo. Su vestido era sencillo, y aunque algo usado, estaba limpio. Llevaba en una mano un bastón y en la otra una pequeña maleta y cubría su cabeza un sombrero de alas anchas.

Tan luego como Tomás vió al extranjero, dijo á sus compañeros: ustedes verán como nos vamos á divertir con ese personaje... Y diciendo ésto, se dirigió por detrás del hombre hasta llegar á derribarle el sombrero, después de lo cual echó á correr.

El extranjero dió la vuelta en el acto para saber quién le atacaba de esa manera; pero sólo vió á Tomás que ya estaba muy lejos, y volviendo á ponerse el sombrero continuó su camino. Por segunda vez volvió Tomás para repetir su travesura; pero el hombre, ya prevenido con la primera, le tomó una mano y lo sujetó fuertemente. Sin embargo, el extranjero se contentó con mirar atentamente á Tomás como tratando de averiguar porqué lo ofendía el niño de aquella manera, y en seguida le rechazó con fastidio.

Pero apenas se vió libre el insolente muchacho, se puso á arrojarle piedras; una de ellas dió por desgracia en la cabeza del pobre extranjero que cayó al suelo herido.

Tomás y sus compañeros echaron á correr asus-

tados al ver el daño que habían hecho y no pararon hasta encontrarse lejos del pueblo, porque temían que el extranjero les hiciera prender por la policía.

Aquel día volvió Tomás mucho más tarde que de costumbre á su casa, á consecuencia de la travesura que ya conocemos, y al acercarse á ella, su hermanita Enriqueta salió á su encuentro saltando de contento, y le refirió rápidamente que acababa de llegar el tío Andrés, que hacía tantos años se encontraba en el extranjero, y que había traído muchos regalos para toda la familia.

—Mira, le dijo la niñita, el hermoso collar que me acaba de regalar mi buen tío. Además ha traído muchos y bonitos libros. Pero, si supieras la desgracia que ha tenido nuestro tío . . . Figúrate que habiéndose bajado en el hotel, quiso atravesar el pueblo á pie para venir á casa y sorprendernos con su llegada; pero, cerca de la escuela, le dieron una pedrada en la cabeza unos malos muchachos, y ahora está mamá ocupada en curarle la herida. Pero . . . ¿por qué te pones tan pálido?

El culpable muchacho no contestó una palabra; pero corrió á la casa y se escondió en su cuarto. Poco después, oyó la voz de su padre que lo llamaba. Temblando de pies á cabeza se decidió por fin á salir; pero sólo llegó hasta la puerta de la sala en que estaba reunida la familia, sin atreverse á entrar.

—¿Por qué no entras, Tomás? le dijo su madre, ven á ver el bonito reloj que te ha traído tu tío.

Ustedes se imaginarán, amigos míos, cual sería

el remordimiento y la vergüenza que Tomás sintió en aquel momento.

La pequeña Enriqueta lo tomó entonces de un brazo y le hizo entrar en la sala; pero Tomás no se atrevía á levantar la cabeza y se cubría la cara con las manos.

El tío Andrés estaba sentado en medio de la familia con la frente cubierta con un vendaje; y creyendo que Tomás no se atrevía á entrar, por cortedad de genio se adelantó á él con los brazos abiertos diciéndole:

— Vamos, Tomasito, ¿por qué no vienes á saludar á tu tío?

Pero habiendo mirado en aquel momento á la cara de Tomás, se detuvo inmediatamente y dijo al padre, en muy diverso tono:

— ¡Cómo, hermano, es éste tu hijo! No, no puede ser. Éste es el mismo muchacho insolente que me ha herido en la calle . . . !

Cuál sería la sorpresa y el pesar de los buenos padres de Tomás al oír estas palabras, y la confusión de este mismo niño.

Al conocer la verdad de todo, expresó el tío Andrés el deseo de perdonarlo y de olvidar la ofensa que había recibido; pero los padres no lo permitieron, y mucho menos que recibiera Tomás el hermoso reloj y los libros que su tío le tenía destinados.

Este suceso hizo una impresión profunda en Tomás; y no fué tanto la pérdida de sus regalos, ni ver á todos sus demás hermanos contentos con los que ellos habían recibido, lo que influyó para que se corrigiera de su feo defecto y dejara de ser insolente, como el remordimiento que le produjo



su fea acción y la generosidad con que su tío lo perdonó, lo que le hizo cambiar de conducta y convencerse de que había obrado mal.

Acordáos, amigos míos, de esta historia; y pensad en los desagradados y pesares que puede ocasionar la falta de respeto y de consideración que debemos guardar á todos, sean grandes ó pequeños, ricos ó pobres!

## Lectura XXIII.

### Los niños perdidos.

En una hermosa mañana del mes de abril, dos niños llamados Eduardo y Emilia salieron de su casa para ir á la escuela. Vivían á la falda de una montaña, como á cosa de una milla del pueblo donde estaba la escuela, y aunque había un espeso bosque entre ambos puntos, no tenían sus padres recelo alguno en dejarles ir solos, porque ellos conocían otro camino más largo sí, pero menos peligroso.

Siempre al bajar la montaña les había llamado la atención una pequeña laguna que se divisaba en lontananza, rodeada por un bosque, que no parecía estar muy distante.

Eduardo había querido varias veces ir á verla, y como el día convidaba con la calma y serenidad de su cielo, se propuso satisfacer entonces su deseo.

Era de opinión Emilia que siguieran el camino de la escuela; pero tan vivas fueron las instancias de su hermano para que lo acompañase, que al fin se decidió á hacerlo.

Desviándose del camino de la escuela y atravesando cercas y matorrales, seguían la dirección



del punto en que se veía la laguna; pero por más que caminaban no veían acortarse la distancia que los separaba de ella. Á pesar de esto no desistían de su propósito, y siguieron caminando hasta que el cansancio les obligó á detenerse para cobrar nuevas fuerzas.

— Más vale, Eduardo, dijo Emilia, que volvamos atrás y tomemos otra vez el camino de la escuela.

— Ya no podemos llegar á tiempo, respondió Eduardo. Vamos á la laguna: volveremos á casa á la hora de costumbre, y ni papá, ni mamá, sabrán lo que hemos hecho.

— No me agrada tu proyecto, dijo Emilia, pues

se trata nada menos que de engañar y desobedecer á nuestros padres, que nos creen á estas horas en la escuela.

— ¡Vaya! qué bobería! dijo Eduardo; les diremos que fuimos al bosque á recoger frutas para el maestro, y que habiéndonos perdido, no pudimos llegar á tiempo á la escuela. No temas; yo lo arreglaré todo.

Emilia siguió á su hermano; pero de muy mala gana, y no estaba tampoco Eduardo del todo satisfecho, porque sabía que obraba mal: sin embargo, se puso á cantar mientras se emboscaba en la selva.

Después de haber caminado mucho, y llegado á una altura desde donde se divisaba la laguna, la vieron todavía tan lejos como la primera vez que les ocurrió la idea de ir. Caminaron dos horas más; pero siempre la veían á igual distancia, y entonces cayeron en la cuenta de lo mal que habían hecho, creyéndola tan cerca.

No era muy fácil hallar otra vez el camino de su casa, porque nada había que los guiase á la vuelta, y el cielo, antes tan sereno, empezaba á encapotarse. Ignorantes del rumbo que debían tomar, siguieron la primera senda que encontraron, y ella les condujo al pie de un gran peñasco donde se detuvieron para reposar un poco y recobrar sus cansadas fuerzas.

Restóse Emilia sobre una piedra, y cubriéndose el rostro con las manos, se puso á sollozar.

— ¿Qué tienes? le dijo Eduardo.

— ¿No ves que nos hemos extraviado, respondió Emilia, y que ya no podemos volver á casa?

— No temas, hermanita, dijo Eduardo, ya encontraremos otra vez nuestro camino.

— Todo esto nos sucede, Eduardo, en castigo de la desobediencia á nuestros padres.

— Lo sé, dijo el niño ; pero soy yo y no tú el culpable, y me duele sobre manera haberte metido en este aprieto ; pero lo que siento más que nada es haber tenido la intención de engañar á nuestros buenos padres ; pero tratemos de salir de esta selva antes que la tempestad nos sorprenda.

Siguieron su camino ; pero después de vagar más de cuatro horas creyendo que seguían la dirección de su casa, volvieron al mismo peñasco, donde se sentaron otra vez á descansar, y como ya estaban rendidos de fatiga no tardaron en quedarse profundamente dormidos.

La media noche sería cuando despertó Emilia, y dirigiendo la vista á su alrededor vió que la rodeaba la más completa oscuridad. Oíase solamente el canto del grillo y el susurro de las hojas movidas por el viento. Llena de terror iba ya á despertar á su hermano, cuando oyó á lo lejos la voz de su padre que gritaba : ¡ Eduardo ! ¡ Eduardo !

Despertó éste al oír su nombre y con toda la fuerza de sus pulmones gritó : aquí estamos, papá.

Al mismo tiempo sintieron un alegre ladrido ; y Pastor, el perro de la casa, saltó de entre los matorrales, y vino á lamer los manos de Emilia haciendo mil demostraciones de regocijo.

Acudió muy pronto el padre, y tomando en brazos á entrambos niños, los sacó corriendo de la selva y los llevó á su casa.

¡ Imagínese el gozo de la madre cuando vió volver á su marido trayendo consigo á sus dos niños !

Eduardo y Emilia confesaron su falta y dijeron



que habían sido justamente castigados de su desobediencia, con los terrores que habían pasado en la selva aquella horrible noche.

## Leitura XXIV.

### El grano de trigo.

Un buen campesino tenía tres hijos, con los cuales habitaba una isla bastante extensa, y cuidaba tanto de sus niños, que jamás habían sufrido ninguna necesidad. Cuando sintió acercarse su fin, los llamó cerca de sí y les dijo: Yo debo dejaros: la hora de mi muerte ha llegado; ahora tendréis que pensar en vosotros como yo lo he hecho hasta aquí. No podéis vivir muy lejos uno de otro; pero sin embargo, es preciso que os separéis; que uno vaya al sur, otro hacia el norte y el tercero al oriente. Tomad este grano que os doy y guardadlo cuidadosamente, y cuando yo no esté ya en medio de vosotros, elija cada uno un pedazo de terreno, y labre la tierra hasta que quede en estado de recibir la lluvia y el calor del sol. Hecho esto, sembrad ahí vuestro grano y cubridlo con tierra, y sacaréis buenos frutos para vuestro alimento y alegría durante vuestra vida. Vigilad también sobre vuestro campo, para que las plantas silvestres no vengán á arraigarse y hacer daño.

Habiendo hablado así, el padre murió y sus hijos lo enterraron.

Después se separaron y se fueron como su padre les había recomendado, llevando consigo cada cual su grano de trigo. Llegado al lugar que

no se siente el rigor del frío. Con las primeras lluvias, que recibe con gusto la tierra, endurecida



y seca por los ardores del verano, son más abundantes los pastos, los árboles parece que renovaron el verde de sus hojas y el campo vuelve á aparecer fresco y lozano.

En esta estación se recogen ricos y abundantes frutos, porque en ella se celebran las vendimias para exprimir el jugo de la uva y convertirlo en vino; así es que no hay estación del año más alegre para los que viven en los campos, siendo tam-

bién muchas y sabrosas las frutas con que el otoño nos regala.

Pero todo va mudando insensiblemente de aspecto á medida que va concluyendo aquella estación; los días son ya demasiado cortos y el sol se muestra menos encendido y brillante; empiezan á caerse las hojas de los árboles y no hay nada más triste que verlas arremolinadas por el viento, ó pisarlas secas cuando recorremos un bosque.

Cuando el otoño está muy adelantado, abandonan las golandrinas y otras avecitas nuestro hermoso suelo, donde se habían refugiado huyendo del excesivo calor de otros países, y vuelven á buscar asilo en los climas templados. Su instinto las traajo, y su propio instinto las lleva: hasta en las cosas más leves hay que admirar la mano de la Providencia.

### El invierno.

El invierno es la estación de los fríos y principia en el punto mismo en que los días son más cortos y las noches larguísimas.

Los árboles pierden sus hojas y se ven los campos sin flores ni verdura; pero en esta estación se labran y se preparan los terrenos, para que den á su tiempo abundantes mieses y frutos. Dios ha dispuesto en su infinita sabiduría, que la tierra descanse algún tanto para producir luego con más vigor, y que el hombre la riegue con el sudor de su frente antes de recoger sus tesoros.

En el invierno son más frecuentes las lluvias que en ninguna otra estación; por lo cual los arroyos suelen venir crecidos, los ríos salir de madre

y correr impetuosos torrentes por los montes y valles que aparecían secos en el verano.

Como los rayos del sol tienen menos fuerza en invierno y el cielo suele estar cubierto de nubes, esta estación es triste y melancólica, aunque no carece de la majestad y grandeza que se ve en todas las obras de Dios. Pocas cosas hay más hermosas que las montañas cubiertas de nieve y pocos espectáculos tan sublimes como una tempestad; porque sobrecogido el hombre por una especie de temor religioso, reconoce su pequeñez y naturalmente eleva su ánimo á Dios, que dispone del rayo y del trueno.

Pero cuando más terrible se ostenta en medio de su gloria y poderío, se descubre su infinita piedad y misericordia, convirtiéndose en provecho del hombre lo que parecía encaminado á su daño. Así, esos grandes depósitos de nieve que el invierno deja en nuestras cordilleras nos suministran el agua para regar nuestros campos en la estación de los calores; los vientos purifican el aire y mueven los buques en el mar; las tormentas limpian y purifican la atmósfera de malos vapores y las lluvias fecundan la tierra conservando la humedad, que se necesita para que crezcan las plantas y los árboles.

En casi todas las Repúblicas de América son muy moderados los fríos del invierno en comparación de los que se sienten en Europa. Sólo en los Estados Unidos de la América del Norte cae abundante nieve y se hielan los lagos y aun los ríos.

Como la mayor parte de ustedes, queridos niños, ignoran lo que son esos inviernos de otros países en que los campos, los árboles, las casas y todo se cubre de una gruesa capa de nieve, y deben





considerar que aquello producirá un frío insopor- table, he querido mostrarles en la ilustración de esta lectura cuán alegremente se divierten los niños de esos países en la estación del invierno. En efecto, como ustedes ven, acostumbran esos niños hacer toscas figuras de nieve que les sirven después de blanco, y que derriban á pelotazos. Además, corren y se deslizan sobre la nieve en trineos, ó bien patinan sobre el hielo de los lagos colocán- dose bajo el calzado una pieza de metal que corta el hielo y permite resbalar suavemente sobre aque- lla superficie.

## Lectura XXVI.

### Reglas de buena crianza.

Puede un niño ser muy estudioso y aprove- chado en la escuela; pero si no sabe conducirse cuando se encuentra en sociedad, no se dirá de él que es un niño bien educado.

Con el fin de que ustedes eviten desde tem- prano incurrir en faltas contra la buena crianza, voy á apuntar en esta lección algunas de las reglas que más conviene que tengan presentes.

Las reglas de buena crianza tienen por prin- cipal objeto evitar todo aquello que en nuestra persona, en nuestras acciones ó en nuestras pala- bras, pueda ser desagradable ó molesto para las demás personas en cuya sociedad nos encontra- mos.

Por esto, la buena crianza exige ante todo el aseo personal. La cara y las manos deben estar limpias, peinados los cabellos, y debe tenerse un

cuidado especial en llevar las uñas cortadas para que no se vean ribeteadas de negro.

De la misma manera es preciso vigilar el orden y aseo del vestido que no debe estar roto, descosido ó manchado, y sobre todo la camisa que ha de mantenerse extremadamente limpia.

Al entrar en casa ajena, no es permitido introducirse en los aposentos sin haberse anunciado antes, ó pedido el competente permiso. Se debe saludar primero al dueño de la casa, y en seguida á los demás circunstantes.

Cuando permanezcas en pie mantendrás recto tu cuerpo, y mientras te encuentras en presencia de tus superiores, no debes apoyarte en la pared, en las mesas, en las sillas, ni en ningún otro mueble. Cuando te sientes, no debes arrellanarte, ni tomar una postura torcida; ni cruzarás las piernas, ni las tendrás tampoco muy extendidas.

Evita también levantarte sin necesidad cuando todos están sentados, ni permanecer sentado cuando los demás se levantan. Si debes moverte para dar lugar á alguna otra persona, procura hacerlo sin ruido y sin arrastrar las sillas.

Tener constantemente los ojos bajos no es natural, ni tampoco indicio de modestia porque este sentimiento no puede ser fingido. Cuando estés en sociedad, responderás con claridad y compostura á todo lo que te pregunten, sin mostrar confusión; pero también sin petulancia ni precipitación. Ante todo, guárdate bien de decir cosa alguna que te haga pasar por necio ó presumido.

Es una grosería hablar bostezando ó mostrar con el dedo á la persona de quien se habla. Cuando no se pueda reprimir un bostezo, debe por lo

menos colocarse la mano ó el pañuelo delante de la boca.

Nunca se debe pasar la mano por delante de personas de respeto para recibir ó entregar alguna cosa; esto debe hacerse más bien por detrás de dichas personas, si se hallan interpuestas.

Tampoco se debe pasar por delante de la gente sin necesidad; y cuando no se pueda evitar esta molestia, se les debe pedir antes permiso para ello.

Si alguno nos pregunta, no debemos contestarle secamente sí ó no, sino acompañado con la palabra *señor*, ó con el tratamiento que tuviere.

Nunca se debe decir á mayores de edad: *Haga usted ésto, digá aquello, venga acá, vaya allá*; sino que se debe añadir: *Le suplico, ruego á Ud., hágame el favor, tenga la bondad, sírvase usted, etc.* Aun con las personas iguales es mejor decir: *Le suplico que haga ésto, tendría mucho gusto, ó desearía que hiciera usted tal cosa*, en vez de decir: *Haga usted ésto, vaya usted allá, etc.*

Es una costumbre de buena crianza dar la derecha al que se encuentra en el camino: si es una persona de respeto, debes hacerlo siempre acompañando esta acción de una cortesía.

Si andas á su lado, debes cederle la senda más cómoda y segura; si el camino es ancho y limpio, no sólo debes ir á su izquierda, sino también mantener un paso igual: si se detiene á hablar con otro, debes retirarte á un lado para no oír su conversación. Debes ser muy exacto en saludar á todos tus conocidos, y aun á los que no lo sean, si ellos han sido los primeros en prestarte aquel acto de política.

El niño que quiera conducirse bien en socie-



dad, debe tener siempre cuidado de no pronunciar palabras que menoscaben la reputación de alguna persona ó que sean contrarias á la decencia.

Si durante la conversación alguno replica ó hace objeciones, no debe el que habla darse por resentido y mucho menos desmentir jamás diciendo: "No es verdad; no es así" sino más bien:

— "Dispense usted, no creo que el hecho haya sido como usted lo refiere, etc.," ú otra frase por el estilo.

La cortesía y atención con las señoras y en general con todas las personas del otro sexo, es uno de los primeros deberes de la buena crianza, y todo cuanto se haga en obsequio ó agrado de las damas, será una muestra de buena educación que siempre recomendará al niño á los ojos de los demás.

Este respeto y cortesía por la mujer, debe el niño practicarlos desde sus primeros años, siendo no sólo bueno y amable con sus hermanas, sino también atento y obsequioso con todas las niñas en cuya sociedad se encuentre, porque esto le enseñará cuando sea grande, á cumplir los deberes que todos estamos obligados á llenar con el bello sexo.

Conservad, queridos niños, la pureza de vuestros corazones; amad y obedeced á vuestros padres y superiores, y no juzguéis con mal espíritu sino con indulgencia y bondad las acciones de los demás, y alcanzaréis la felicidad que es posible tener sobre la tierra!

FIN.

# INDICE.

## Sección I.

Lectura	Página
I El libro segundo . . . . .	1
II Los sentidos . . . . .	3
III Decid siempre la verdad . . . . .	5
IV El agua . . . . .	6
V El plátano . . . . .	8
VI Paciencia, trabajo y tiempo . . . . .	10
VII Los gases del carbón . . . . .	12
VIII Los nidos de pájaros. I . . . . .	14
IX El fin y los medios . . . . .	16
X La lana, el algodón y el lino . . . . .	17
XI Nuestro cuerpo . . . . .	19
XII Los nidos de pájaros. II . . . . .	21
XIII La geografía . . . . .	23
XIV El pobre ciego . . . . .	25
XV El niño egoísta . . . . .	27
XVI El mar . . . . .	29
XVII Cómo refresca el calor del sol . . . . .	31
XVIII Los huesos . . . . .	33
XIX El gavilán y la gallina . . . . .	36
XX El verdadero y el falso valor . . . . .	38
XXI Nuestras manos . . . . .	40
XXII El pato . . . . .	42
XXIII Las hormigas . . . . .	44
XXIV Los mineros y las minas . . . . .	46
XXV El faro . . . . .	49
XXVI El aseo es el mejor adorno . . . . .	50
XXVII Los conejos de Felipe . . . . .	53
XXVIII La vida de las plantas . . . . .	55
XXIX Los niños no deben pelear . . . . .	57
XXX Los ojos . . . . .	59
XXXI La América . . . . .	61

## Sección II.

I Los animales feroces . . . . .	64
II Dios creador . . . . .	67
III La circulación de la sangre . . . . .	70
IV El gusano y la mariposa . . . . .	72
V Las buenas obras . . . . .	74
VI La cabra . . . . .	77
VII El estómago . . . . .	79
VIII Fuera de la escuela . . . . .	80
IX El leñador y su mujer . . . . .	83
X El reloj . . . . .	86







SERIE DE LIBROS  
DE  
El Lector Americano

SILABARIO  
LIBRO PRIMERO  
LIBRO SEGUNDO  
LIBRO TERCERO

PROFUSAMENTE ILUSTRADOS  
REGULADOS PARA EL  
USO DE LAS ESCUELAS  
DE LENGUAJE EN LAS AMERICAS

Publicados por  
D. APPLETON y CÍA.,  
NUEVA YORK



LL  
1905  
NUÑ